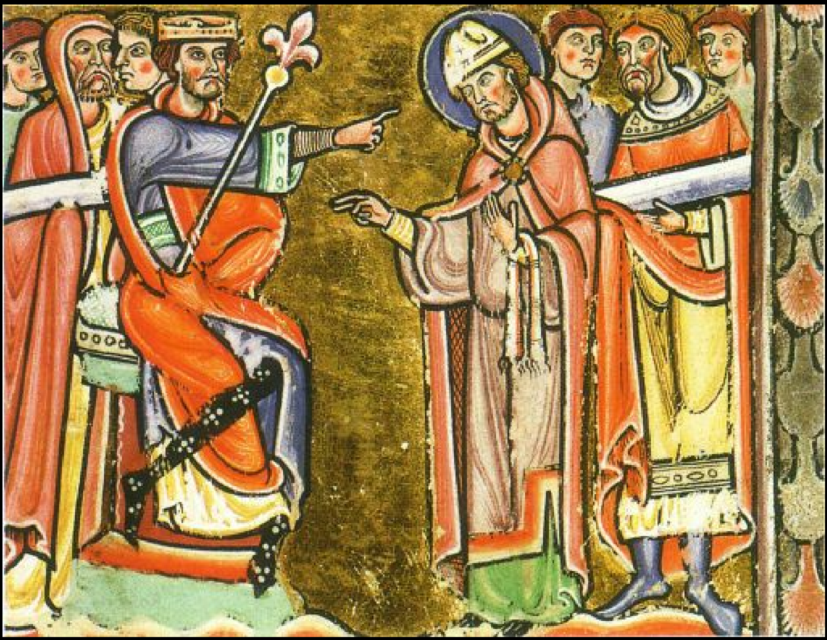
GREGORIO DE TOURS

HISTORIA DE LOS FRANCOS



GREGORIO DE TOURS

HISTORIA DE LOS FRANCOS

[libros 2 y 9]

Traducción de Ana Xochitl Ávila, 2011

Edición digital de FS, 2018

I

PREFACIOS

Prefacio general

Mientras los bárbaros daban rienda suelta a su ferocidad y los reyes a su furor, mientras la fe cristiana aunque ferviente en la mayoría de los corazones, estaba floja y débil en los de otros; mientras gente piadosa enriquecía a las iglesias e infieles las despojaban; no hubo ningún gramático hábil en el arte de la dialéctica que haya acometido la tarea de transcribir esas cosas ni en prosa ni en verso. Así pues es con razón que muchos se lamentan diciendo: Qué época la nuestra tan desgraciada en la que no hay quien ponga por escrito los acontecimientos del presente. Lo cual yo viendo decidí conservar aunque en un lenguaje inculto, la memoria de las cosas pasadas para que lleguen al conocimiento de los hombres futuros. No pude callar ni las querellas de los malos ni la vida de la gente de bien. Me impulsó sobre todo aquello que dicen mis contemporáneos, a saber que pocos entienden a un retor filósofo, pero las palabras de un hombre sencillo y sin arte las comprenden casi todos.

Quise también empezar este libro por el cálculo de los años transcurridos desde el origen del mundo, por lo que agregué los siguientes capítulos.

Prólogo al Libro 3 (fragmento)

Quisiera comparar los triunfos alcanzados por los cristianos que confiesan la Santa Trinidad, a los desastres incurridos por los heréticos que la dividen. No contaré cómo Abraham adoró la Trinidad en el encinar [1], o Jacobo la reconoció [...] ni cómo David la anuncia en sus salmos cuando le pide al Señor que lo renueve por el espíritu de rectitud, que no lo prive del espíritu santo y lo confirme por el espíritu principal. Reconozco en esas palabras el gran misterio de la voz profética que proclama espíritu principal a ese mismo que los heréticos llaman inferior. Pero, según ya dije, omitiré esas cosas para regresar a nuestra época.

Arrio fue el primero y el nefasto inventor de esta secta malsana, quien tras expulsar sus entrañas junto con sus excrementos fue mandado a las llamas del infierno. Hilario [2], por el contrario, bienaventurado defensor de la Trinidad indivisible y por eso condenado al exilio, retornó a su patria y al paraíso. El rey Clodoveo que la confesó [la Santa Trinidad] aplastó a los heréticos con su ayuda extendiendo su reino a todas las Galias. Alarico quien la negó, perdió su reino, su pueblo y, lo que es mucho peor, la vida eterna. Lo que los fieles pierden por los ardides de sus enemigos, Dios se los devuelve al céntuplo. Mientras los heréticos no adquieren nada y aquello que en apariencia poseen se les quita, como quedó comprobado con la muerte de Godegisilo, Gundebaldo y Godemar [3], que perdieron a la vez su patria y el alma. Confesamos pues un solo Dios indivisible, inmenso, inefable, glorioso, siempre el mismo, perpetuo; triple en su unidad que resulta de la igualdad en substancia, divinidad, omnipotencia y perfección, Dios único, soberano que reinará sobre la eternidad de los tiempos.

Prólogo al Libro 5

Me pesa tener que rememorar las vicisitudes de las guerras civiles que agobian a la nación [gentem] y al reino de los francos, y lo que es peor, son estos los tiempos que el Señor predijo como el inicio de las calamidades las cuales vemos. *Se levantará el padre contra el hijo, el hijo contra el padre, el prójimo contra el prójimo, el hermano contra el hermano para hacerlos morir.* No obstante que debieran de estar espantados por el ejemplo de los reyes anteriores que sucumbían a los golpes de sus enemigos tan pronto como se dividían. En efecto, cuántas veces no se vio a la Ciudad, cabeza del mundo entero, caer porque era presa de la guerra civil, para levantarse inmediatamente al cesar la guerra. Pluguiera a Dios y a ustedes ¡oh, reyes! que ejercitaran sus fuerzas en combates similares a los que libraron sus padres con el sudor de su frente, y que las naciones estuvieran aterrorizadas a la sola vista de su unión, para ser luego subyugadas por su valor. Recuerden lo que hizo Clodoveo, él que marchó a la cabeza en todas sus victorias, que dio muerte a los reyes enemigos, aniquilando a las naciones contrarias y subyugando territorios y poblaciones. Merced a lo cual les dejó un reino en toda su fuerza e integridad. Y cuando realizaba esas hazañas no tenía oro ni plata como ahora ustedes en sus tesoros. Pero, ¿qué hacen? ¿qué piden? ¿qué cosas no tienen en abundancia? En sus casas las delicias sobrepasan sus deseos, la cavas rebosan de vino, de trigo, de aceite; y el oro se acumula en sus tesoros. Nada les falta más que una cosa, la gracia de Dios, puesto que son incapaces de mantener la paz entre ustedes. Oigan, les suplico, lo que dijo el apóstol: *Si se muerden y devoran los unos a los otros, cuiden que no vayan a acabarse los unos a los otros.* Examinen también los escritos de los antiguos, y vean lo que engendraron las guerras civiles; repasen lo que escribió Orosio respecto a los cartagineses, cuando dice que su ciudad e imperio duraron setecien-

tos años antes de ser destruidos, y agrega: *¿Quién los conservó por tanto tiempo? La concordia. ¿Quién los destruyó después de un tiempo tan largo? La discordia.* Cuídense de la discordia y de las guerras civiles que los atormentan a ustedes y a sus pueblos. Si te complaces en la guerra civil, ¡oh, rey! ¿qué puede pasar sino es que tras la destrucción de tus ejércitos y ya sin apoyo, los sometan naciones enemigas? Mejor aplícate a los combates a los cuales el apóstol recomienda entregarse uno mismo, puesto que *el espíritu busca vencer a la carne* y que los vicios sean vencidos por las virtudes: Libre entonces, servirás a tu señor que es el Cristo, mientras que encadenado sirves a quien es la fuente de todo mal.

[1] Génesis, 13, 18.

[2] Hilario de Poitiers, llamado el "Atanasio de occidente" por su defensa del símbolo niceno. Fue protector del futuro San Martín de Tours.

[3] Reyes burgundios, ver *supra* nota 4, libro 2, cap. XXXII, XXVIII, XXXII-XXXIV, XXXII, XXXIII, Gregorio de Tours, *Histoire des Francs par Grégoire de Tours*, Paris, J.-L.-L. Brière, 1823, 2 vol. (514, 418 p.), in-8. – (*Collection des mémoires relatifs à l'histoire de France*, publ. por Guizot, 1-2), libro I, cap. XXIX.

II

LIBRO 2

de 397 a 511

Relataremos confusamente y sin otro orden que el cronológico, las virtudes de los santos y las catástrofes de los pueblos; considerando como lo racional el mezclar al relato de las felicidades de los bienaventurados, el de las calamidades de los pecadores; no por facilitarle la labor a quién escribe, sino para conformarse al desarrollo de los acontecimientos. Ya que el lector hallará en las historias de los reyes israelitas que el sacrílego Fineas murió bajo Samuel, el Justo, y el filisteo Goliat bajo David, llamado Mano Fuerte, en tiempos de Elías, el ilustre profeta, que suprimía a su grado las lluvias y a su grado las hacía caer, y con una palabra mudaba en riqueza la indigencia de una viuda pobre. Recordemos también cuántas desolaciones cayeron sobre los pueblos, o el hambre y la sed que atormentaron a la tierra. En efecto, ¿cuántos males no padeció Jerusalén en época de Ezequías, a cuya vida Dios agregó quince años, o en tiempos del profeta Elíseo que restituía la vida a los muertos e hizo entre el pueblo otros tantos milagros? ¿Qué masacres y qué miserias no afligieron al pueblo israelita? Eusebio, Severo, Jerónimo y Orosio mezclaron similarmente en sus crónicas, las guerras de los reyes a las virtudes de los mártires. De esa misma manera y por esa razón, así escribimos la nuestra, a fin de que sea más fácil seguir la serie de los tiempos y el cálculo de los años, inscribiéndonos en la continuidad de las historias de los autores anteriores, contaremos pues con la ayuda de Dios las cosas acaecidas después.

I - Tras la muerte del bienaventurado San Martín, obispo de Tours, hombre eminente e incomparable, cuyas virtudes se nos narran en numerosos volúmenes, Bricio le sucedió en el episcopado. En realidad de joven le había tendido muchas trampas al santo, quizá porque le reprochaba su poca dedicación al trabajo. Un día que un enfermo vino a pedir un remedio a San Martín, se encontró a Bricio que era todavía diácono, y con simplicidad le dijo: *Estoy esperando al santo hombre y no sé dónde está ni qué hace*. Bricio le replicó: *Buscas a ese loco, míralo allá que contempla el cielo según su costumbre, como hombre que ha perdido el juicio.* El pobre fue a hallarlo y obtuvo lo que deseaba, entonces el santo hombre se dirigió a Bricio: *Bricio, ¿acaso te parezco loco?* Y como él avergonzado, negaba haberlo llamado así, el santo hombre le dijo: *¿Mis orejas no habrán estado junto a tu boca cuando pronunciaste esas palabras? Te digo amen, pues obtuve de Dios que después de mí te honrara con el pontificado. Pero sabrás que en el episcopado te esperan muchas penas.* Al escuchar esto Bricio se burló diciendo: *¿No decía yo la verdad, y este hombre ha perdido el juicio?* De sacerdote, siguió hostigando al santo, aunque una vez en sus funciones episcopales, merced al consentimiento de sus conciudadanos, se entregó a la oración. A pesar de ser orgulloso y vano, pasaba por casto. Mas en el trigésimo tercero año de su pontificado, se le acusó de un crimen lamentable. Una mujer a quienes sus sirvientes tenían la costumbre de llevar su ropa a lavar, y que bajo la apariencia de la religión había tomado el hábito, concibió y dio a luz. Esta circunstancia levantó la ira del pueblo entero de Tours. Imputaron unánimemente el crimen al obispo y querían lapidarlo. Decían: *Escondías la lujuria bajo la apariencia piadosa de un santo, pero Dios no permitió que nos siguiéramos mancillando al besar tus manos indignas.* Él, al contrario, lo negaba con fuerza, les dijo: *Tráiganme al infante.* Y cuando le trajeron al niño en-

tonces de treinta días, el obispo Bricio le dijo: *Adjúrote por Jesús Cristo, hijo de Dios omnipotente, que si yo te engendré lo digas a la concurrencia*. Éste contestó: *No eres tú mi padre.* Y como el pueblo rogaba le preguntara quién era el padre, el sacerdote respondió: *No es asunto mío. Me ocupé de lo que me concernía, si algo más les interesa pregúntenlo ustedes mismos.*

Ellos afirmaron que había sido un acto de magia y todos en conjunto se sublevaron contra él, y arrastrándolo fuera de la iglesia le decían: *Ya no nos gobernarás bajo el falso nombre de pastor*. Él intentó todavía convencer al pueblo poniendo en sus vestidos brasas ardientes que apretó contra su pecho hasta el sepulcro de San Martín, al que llegó acompañado por la turba, allí los arrojó humeantes. Su vestimenta apareció intacta, y él prosiguió como sigue: *De la misma manera que ven mi vestimenta ilesa del fuego, de igual forma mi cuerpo está libre de caricia o contacto mujeril.* Aunque nunca logró convencerlos, antes bien lo empujaron, cubrieron de calumnias y expulsaron a fin de que se cumplieran las palabras del santo: *Sabrás que tu episcopado te reserva muchas penas.* Tras echarlo de su sede, elevaron a Justiniano al episcopado. Al final, Bricio fue a la ciudad de Roma en busca del papa, decía lloroso y lamentándose: *Merezco sufrir porque pequé en contra del santo de Dios, al que llamé loco y fuera de juicio, y porque siendo testigo de sus virtudes no lo creí!* Después de su partida, los habitantes dijeron a su obispo: *Ve tras él, termina tu trabajo, ya que si no lo persigues se saldrá con la suya y redundará en deshonor nuestro*. Y Justiniano partió de Tours, mas llegando a Vircellio, murió alcanzado por el juicio de Dios. Los habitantes informados de su muerte y perseverando en su odio, instituyeron en su lugar a Armencio. En cuanto a Bricio procedió, una vez en Roma, a informar al papa de lo padecido. Durante su estancia en la ciudad eterna, celebró varias veces el sacrificio de la misa y

lavó con su llanto las faltas cometidas contra el santo de Dios. Al séptimo año volvió de Roma y se preparó con la autoridad del papa para recuperar Tours. Llegó a un pueblo a seis millas de la ciudad y cuyo nombre es Mont-Louis i, estableciendo allí su morada, al mismo tiempo que atacado por la fiebre, el obispo Armancio, rendía a media noche el espíritu. Esto se le reveló a Bricio en una visión, y dijo a los suyos: *Rápido, levántense, vamos al encuentro de nuestro hermano, el pontífice de Tours que ha muerto y debemos sepultar.* Así mientras ellos entraban por una puerta a la ciudad, sacaban al muerto por la otra. Cuando lo hubieron enterrado, Bricio ocupó finalmente a su sede, pasando allí siete felices años. Tras su muerte acaecida en el séptimo cuadragésimo año del episcopado, le sucedió Eustaquio, un hombre de gran santidad.

II - Los vándalos con su rey Gunderic, abandonaron su país para irrumpir en las Galias [406]. De allí se dirigieron hacia España, no sin sembrar a su paso una horrible desolación. Los suebios, es decir los alemanes, que les iban a la zaga se apoderaron de Galicia. Como ambos pueblos eran vecinos, no tardó mucho en elevarse un altercado entre ambos, por lo que marcharon en armas y ya estaban por combatirse cuando el rey de los alemanes habló así: *¿Hasta cuándo la guerra conmoverá a la totalidad de este pueblo? Los conjuro para que los ejércitos de ambas naciones no se destruyan, sino que dos de los nuestros se avancen en medio del campo de batalla con sus armas y luchen. Y que aquel cuyo guerrero resulte el vencedor obtenga sin contestación la tierra.* El pueblo entero aprobó ese discurso que evitaba poner a tantos contra el filo de las espadas. Para esa época el rey Gunderic ya había muerto [428] y Trasamundo ocupaba el trono ii. Los dos guerreros se enfrentaron, y fue el partido de los alemanes el que resultó vencedor. Trasamundo cuyo guerrero había muerto prometió alejarse de buen grado y en cuanto hubo

preparado lo necesario para el camino, se alejó de los confines de España.

En esos días y por toda España, Trasamundo persiguió a los cristianos obligándolos a convertirse a la secta pérfida de Arrio, mediante tormentos y suplicios. Una joven piadosa, opulenta, honrada según el siglo a causa de su pertenencia a la clase senatorial, y lo que es más noble aún: firme en su fe católica y que servía a Dios omnipotente con celo y sin mancha, fue puesta a prueba. Cuando la condujeron en presencia del rey, éste intentó primero persuadirla con halagos para que se rebautizara. Pero como ella se guarnecía tras el escudo de la fe contra el que nada podían sus saetas envenenadas, el rey ordenó despojar de todos sus bienes a aquella que en espíritu ya poseía los del Paraíso, y luego atormentar, a ésa precisamente que no ponía su esperanza en la vida presente. ¿Qué más puedo agregar? Si no que tras someterla a muchas pruebas y después de que hubiera perdido todos sus tesoros terrestres, como aún no lograban que admitiera la escisión de la Trinidad, la condujeron a su pesar al nuevo bautismo. Pero al sumergirla a fuerzas en ese baño impuro, ella todavía se exclamó: *Creo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola substancia y misma esencia.* E infectó esas aguas con sus excrementos, de cuyo perfume eran muy dignas. Salió de ese baño sólo para ser sometida a la tortura de acuerdo a la ley, por el caballete, las flamas y los ganchos, y condenada por Jesús Cristo, Nuestro Señor a la decapitación. Los alemanes entretiempos se expandían hasta las orillas del mar, los vándalos en cambio habiéndolo cruzado se dispersaron por toda África y Mauritania. iii

III - Fue este el período durante el cual cundió la persecución contra los cristianos. A continuación narraré algunas de las cosas que cometieron contra las iglesias de Dios, y del modo en que al final fueron expulsados del reino. Tras

los crímenes cometidos contra los santos de Dios, murió Trasamundo y, Huneric iv, un hombre aún más feroz a quien los vándalos eligieron, ocupó su lugar. A penas se puede concebir el número prodigioso de cristianos que bajo su reino fueron condenados a muerte por el nombre sagrado de Jesús Cristo. Pero se puede llamar a atestiguar a la tierra de África donde nacieron, y a Jesús Cristo cuya diestra los coronó de gemas de un brillo purísimo. Contaremos los sufrimientos de algunos de estos mártires para cumplir con lo prometido.

Cirola falsamente llamado obispo, pasaba entonces por el más firme apoyo de la herejía. El rey hostigaba a los cristianos de diversas maneras, este perseguidor halló que en un suburbio de su ciudad estaba el obispo Eugenio, hombre de una santidad inefable y gran prudencia, y lo mando raptar con tanta violencia que no le permitió siquiera exhortar a su grey. Así pues viendo que se lo llevaban, escribió a sus conciudadanos, exhortándolos a conservar la fe católica, una carta en estos términos:

El obispo Eugenio a sus muy amados y, en el amor de Dios, hijos e hijas de la Iglesia que Dios me confió. La autoridad real nos proscribió por edicto ir a Cartago a manifestar nuestra fe católica. Y yo con tal de no abandonar, como pastor infiel, en el suspenso de un estado equívoco a las ovejas del Señor sin dirigirles antes la palabra, creí necesario enviar en mi lugar estas cartas para conducirlos a la santidad. No sin lágrimas en los ojos, los exhorto, les recuerdo y suplico, en el nombre de la majestad de Dios, del día del juicio y del resplandor temible de la virtud de Cristo, que se mantengan firmes en la fe católica y confiesen que el Hijo es igual al Padre, y que el Espíritu Santo junto al Padre y al Hijo son una misma divinidad; que conserven la gracia de un único bautismo y la unción del crisma; que ninguno de los que recibió el agua y se regeneró, re-

grese a ella. Ya que con una señal de Dios, la sal se forma del agua, pero si se le diluye en agua pierde su forma. Y no es sin razón que el Señor dijo en el Evangelio. "Si la sal pierde su fuerza con qué se salará." v *Y ¿no será aniquilar su fuerza el desear ser condimentado dos veces? cuando con una basta. Antes oigan esta palabra de Nuestro Señor: Aquel que ha sido lavado, no necesita lavarse una segunda vez.*[1] vi *Por ello, hermanos, mis hijos e hijas en Dios, no se entristezcan de mi ausencia, pues si permanecen en la religión católica, cualquiera que sea la lejanía, no los olvidaré ni la muerte tampoco me separará de ustedes. Sepan que sin importar donde los verdugos puedan dispersar mis miembros, la palma del martirio será mía, y que tengo el ejemplo de San Juan Evangelista: "Si me envían a la muerte: el Cristo es mi vida y la muerte será a mi beneficio."* vii *Quizás sea al exilio al que deba partir, pero si regreso, hermanos, Dios habrá cumplido su deseo. Ahora, me basta con no haberme callado. Los instruí y advertí dentro de mis posibilidades, soy pues inocente de la sangre que correrá. Aunque sé que vendrá el tiempo en que cada uno será juzgado por sus obras, y esta carta será leída y dará testimonio ante el tribunal de Dios contra los verdugos. Si regreso, hermanos, los veré en esta vida; si no, los veré en la porvenir. Ahora les digo adiós. Oren y ayunen por mí, porque el ayuno y la limosna siempre doblegan a misericordia. Recuerden que está escrito en el Evangelio: "No teman a quienes matan el cuerpo y no pueden matar el alma. Antes teman al que puede hacerles perder alma y cuerpo, al infierno."* viii

A San Eugenio se le condujo ante el rey, donde discutió a favor de la fe católica con el obispo de los arrianos. Y cuando lo hubo desconcertado sobre el misterio de la Santísima Trinidad, y el Cristo le hubo permitido realizar numerosos milagros[2], ese mismo obispo, azuzado por la envidia, se enfureció. En efecto, San Eugenio estaba acompañado de los hombres más sabios y santos de ese tiempo, de los obispos

Vindimialis y Longino, iguales en dignidad y no impares en virtud. San Vindimialis pasaba por haber resucitado a un muerto y Longino había curado a muchos enfermos. Mientras Eugenio no sólo destruía la ceguera exterior de los ojos, sino incluso la de la mente. Lo cual visto por el obispo de los arrianos, llamó a un hombre, que vivía en su mismo error, y le dijo: *Ya no puedo tolerar que esos obispos operen en medio del pueblo tantos milagros, y todos me descuiden por seguirlos. Recibe pues estas cincuenta monedas de oro y consiente a lo que te voy a decir. Con la mano sobre tus ojos cerrados, te sentarás en la plaza pública que está sobre nuestro camino, y cuando en compañía de los demás venga yo a pasar, grita con todas tus fuerzas: Te suplico, bienaventurado Cirola, pontífice de nuestra religión, manifiesta a mi respecto tu gloria y potencia y ábreme los ojos a la luz que no veo.* Éste siguió en todo punto lo que le ordenó, fue y se sentó en la plaza pública y al pasar el herético en compañía los santos de Dios, creyendo burlarse de Dios, gritó con toda su fuerza: ¡*Escucha, bienaventurado Cirola! ¡Escucha, santo pontífice de Dios! Mira mi ceguera y cúrame, bríndame el auxilio que otros ciegos obtuvieron de ti, el que recibieron los leprosos y han sentido los mismos muertos. Agobiado como lo estoy por la ceguera, te conjuro por el poder que posees, devuélveme la luz que perdí.* Y sin saberlo decía la verdad, pues la codicia lo había cegado y por dinero se burlaba de la potencia divina. Entonces el obispo de los heréticos se volvió poco a poco, listo a glorificarse de su poder, arrebatado de vanidad y de orgullo, puso su mano sobre los ojos del hombre y dijo: *Por nuestra fe, la única creencia verdadera en Dios, que tus ojos se abran a la luz.* No bien hubo soltado esta blasfema que la burla dio lugar al gemido, haciendo manifiesto el engaño del obispo al público; ya que a los ojos del infeliz los escaldó un dolor tal que sólo el apretarlos con sus yemas impedía que se le vaciaran. El desdichado se puso a chillar: *¡Ay de mí![3] Infeliz*

seducido por el enemigo contra la ley divina. ¡Ay! Que por dinero consentí burlarme de Dios y recibí cincuenta monedas de oro para cometer ese crimen. Entonces dirigiéndose al obispo, agregó: *Ten tu oro, devuélveme la luz que me hizo perder tu dolo. Y ustedes, gloriosos cristianos, no me desprecien, mejor socorran a un infeliz a punto de morir. Pues, en verdad, que reconozco que no se mofa uno de Dios.* Conmovidos, los santos de Dios repusieron: *Cree, nada es imposible a quien cree.*
ix Entonces el hombre se exclamó: *Que aquel que no crea que Jesús Cristo, hijo de Dios, y el Espíritu Santo tienen y comparten con el Padre una misma divinidad, que ése aguante lo que hoy yo sufro.* Luego agregó: *Creo en Dios Padre omnipotente, en Jesús Cristo, hijo de Dios e igual al Padre; creo en el Espíritu Santo, consubstancial y coeterno al Padre y al Hijo.* Al oír esto, los piadosos obispos, lucharon por cederse el honor, levantándose entre ellos una santa discusión para saber quien haría la santa cruz sobre los ojos del miserable. Vindemialis y Longino le suplicaban a Eugenio que hiciera él la imposición de manos al ciego, y éste, por su parte, les rogaba. Al final todos consintieron, pusieron las manos sobre la cabeza del hombre, y San Eugenio hizo la señal de la cruz sobre cada uno de los ojos cerrados del ciego, diciendo: *En nombre del Padre, del Hijo y de Espíritu Santo, que reconocemos por el Dios verdadero en tres personas iguales y omnipotentes, ábranse tus ojos.* El dolor cesó de inmediato y habiendo éste recuperado su salud, con su ceguera quedó de manifiesto como la doctrina del obispo herético velaba los ojos del corazón vedando el acceso a la contemplación de la luz verdadera de la fe. En realidad, el obispo era un infeliz que no habiendo entrado por la puerta, a saber por Cristo, la verdadera puerta, se había convertido en el lobo y no guardián de su grey, aplicándose a extinguir en el corazón de los fieles la llama misma que debía encender. Los santos de Dios hicieron muchos otros milagros[4], de

manera que el pueblo tenía una única voz para decir: *Dios Padre verdadero, Dios Hijo verdadero, Dios Espíritu Santo verdadero, en una sola fe te veneramos, con un solo espanto te tememos, en un solo respeto te honramos.* Mientras que la doctrina de Cirola les resultaba a todos patentemente falsa.

Al ver el rey Honoric que la fe gloriosa de los santos ponía al descubierto la falsedad de sus doctrinas, y que la secta del error se destruía en lugar de establecerse, vaya, que la mentira de su pontífice tras esta acción criminal era evidente, el rey ordenó que los santos de Dios fueran atormentados, y pasaron en efecto por los caballetes, las flamas y los ganchos de hierro antes de ser degollados. En el caso del bienaventurado Eugenio, sólo se hizo finta de decapitarlo de la manera siguiente: se ordenó de que no lo degollaran aunque ya en manos del verdugo y con la espada sobre la nuca se negara todavía a adoptar la secta de los heréticos. Esto a fin de que los cristianos no tuvieran un mártir más que venerar; luego lo condenaron al exilio, lo cual sí se llevo a efecto. Así cuando ante una muerte inminente le preguntaron, si pretendía morir por la fe católica, Eugenio respondió: *Morir por la justicia, esa es la vida eterna*, pero la espada permaneció en vilo y lo deportaron a Albi, ciudad de las Galias, donde terminó su vida sobre la tierra. Hoy sobre su sepulcro se manifiestan numerosos milagros[5]. En cambio, la espada sí tajó el cuello de San Vindimialis, quien concluyó de esa forma esta vida. Octaviano, el archidiácono, y muchos miles de hombres y mujeres fieles a nuestra creencia también fueron mutilados y finalmente ejecutados. Pero por el amor a la gloria, los suplicios no eran nada para estos santos confesores, que atormentados en cosas de poca monta se sabían destinados a los mayores bienes, según las palabras del apóstol: *Los sufrimientos de la vida presente no tienen punto de comparación con la gloria que nos espera.* x

En aquellos años mucha gente renunció a su fe por adquirir riquezas, precipitándose en innumerables sufrimientos, como el infeliz obispo de nombre Revocato que revocó, en efecto, sus promesas a la fe verdadera. Fue durante ese tiempo que el sol se obscureció de tal forma que apenas se veía brillar una tercera parte. Atribuyo la causa a todos esos crímenes, a la efusión de sangre inocente. Consumidos esos delitos, Honoric fue poseído por el demonio y él, que se había abrevado de la sangre de los santos, se destrozaba a mordiscos. Fue en esos sufrimientos que con una justa muerte acabó su indigna vida. Childeric le sucedió en 484, y a su muerte xi el reino recayó sobre Gelesimero, mismo que al ser vencido por la República, perdió la vida al mismo tiempo que su reino. Ese fue el fin del reino de los vándalos. xii

IV - En aquel tiempo un gran número de herejías infestaban las iglesias de Dios y la justicia divina alcanzó a varias. Atanaric, el rey de los godos, acometió una gran persecución, mató con la espada a muchos cristianos después de infligirles diversos tormentos. A los unos los hizo morir en el exilio, mientras a otros de hambre o por la tortura. De donde acaeció que en un espantoso juicio de Dios, él que había invadido las iglesias de Dios se vio a su vez castigado y, por la efusión de tanta sangre, condenado al exilio. Pero regresemos a los acontecimientos que contábamos.

V - El rumor se difundió de que los hunos se preparaban a invadir las Galias. Había en ese tiempo en la ciudad de Tongres un obispo de una santidad eximia, llamado Aravacio xiii, dado a las vigilias y al ayuno el cual suplicaba, bañado en lágrimas, a la misericordia de Dios que no permitiera la irrupción en las Galias de esa nación aún incrédula e indigna de él. Pero advertido por inspiración que a causa de las culpas del pueblo, lo que pedía no le sería concedido, decidió ir a Roma para ver si la protección apostólica junto con

sus ruegos, le otorgaba lo que con humildad tanto pedía. Allegándose pues a la tumba del santo apóstol solicitó el auxilio de su benevolencia, mientras se consumía en la abstinencia y un ayuno continuo; de manera que pasaba dos o tres días sin comer y no había intervalos entre sus oraciones. Cuando hubo permanecido por espacio de muchos días en esa aflicción, se dice que recibió del santo apóstol esta respuesta: *¿Porqué, hombre santísimo, me atormentas? Escucha. Está irrevocablemente establecido por los decretos del Señor que vengan los hunos a las Galias y que la peor de las calamidades despueble ese país. Toma ahora tu resolución, apresúrate, dispón de tu casa, prepara tu sepultura, y guarnécete también de un sudario blanco. Escucha. Es un hecho: migrarás pronto de tu cuerpo y tus ojos no verán los males que los hunos hagan sobre el país.* Así fue dicho por Dios Nuestro Señor. Tras recibir esta respuesta del santo apóstol, el pontífice apresuró su viaje y regresó a las Galias. Ya en la ciudad de Tongres, aprestó lo necesario a su sepultura, y diciéndole adiós a los eclesiásticos así como al resto de los habitantes, les anunció entre lágrimas y lamentaciones que durante mucho tiempo no verían su rostro. Ellos también con lágrimas y gemidos, lo seguían y le rogaban humildemente diciendo: *¡No nos abandones, santo padre! ¡no nos olvides, buen pastor!* Pero como sus llantos no podían retenerlo, se volvieron después de recibir su bendición y besos. Fue en la ciudad de Utrecht, donde atacado por una fiebre ligera abandonó su cuerpo. Lo lavaron sus fieles y se le enterró cerca del muro público. En el Libro de los Milagros xiv, escribimos como el cuerpo de este santo fue transferido después de un largo lapso de tiempo.

VI - Los hunos originarios de la Panonia despoblaron el país hasta la ciudad de Metz, a donde llegaron, según cuentan algunos, el día anterior a la santa Pascua. Ciudad que pusieron a sangre y fuego, pasando a la espada a sus habitantes,

incluidos los sacerdotes muertos frente a los altares consagrados. Nada escapó a las llamas, con excepción del oratorio de San Esteban, su primer mártir y diácono. Sobre este oratorio, les narro enseguida lo que oí. Cuentan que previo a la llegada del enemigo tuvieron una visión en la que les apareció este fiel, el bienaventurado diácono Esteban, en conversación con los santos apóstoles Pedro y Pablo sobre esa destrucción, diciendo: *Les ruego, Señores míos, que impidan mediante su intercesión la quema de la ciudad de Metz, ya que aquí descansan los restos mortales de mi pobre cuerpo, y si los crímenes del pueblo tanto se acumularon que es imposible impedir el incendio, permitan, al menos, que mi oratorio se preserve a fin de que los habitantes conozcan mi poder ante el Señor.* Ellos le respondieron: *Vete en paz, amado hermano: el incendio no respetará más que tu oratorio. En cuanto a la ciudad nada podemos, la voluntad divina pronunció su sentencia, y el cúmulo de los pecados del pueblo junto con el clamor de sus iniquidades alcanzó a Dios: a la ciudad la arrasará el fuego.* Fue, sin lugar a dudas, por su intercesión que en medio de las ruinas de la ciudad, el oratorio permaneció intacto.

Atila, el rey de los hunos, abandonó la ciudad de Metz y tras asolar las ciudades de las Galias, levantó el sitio ante Orleans, intentando tomarla a golpes de ariete. xv En aquel tiempo, esta ciudad tenía como obispo al bienaventurado Aniano, un hombre de una prudencia eximia y santidad loable, cuyas acciones conservamos fielmente. En esas circunstancias, los sitiados preguntaban a gritos a su pontífice: *¿Qué hacer?* y éste les pidió que se prosternaran a orar e imploraran con lágrimas el auxilio del Señor, siempre presente en las calamidades. Ellos imploraron, luego el pontífice les dijo: *Vayan y miren desde los muros de la ciudad, si la misericordia divina no nos socorre.* Pues esperaba con la misericordia de Dios, ver llegar a Aecio xvi quien previendo el futuro había ido a Arlés. Aunque por mucho que miraron

desde lo alto de las murallas, no vieron a nadie. Y él les dijo: *Oren, fieles, porque el Señor hoy los liberará*. Volvieron a orar, y de nuevo les dijo: *Vayan y miren otra vez*. Fueron, pero aún sin ver a nadie que les trajera socorro. Y por tercera vez él les dijo: *Si suplican con firmeza, Dios acudirá prontamente*. Entonces ellos imploraron con lágrimas y lamentaciones, la misericordia divina. La oración terminada fueron por orden del viejo a observar desde lo alto de los muros, por tercera ocasión, y vieron por fin como se levantaba a lo lejos un nubarrón de polvo. Lo anunciaron al pontífice quien se limitó a agregar: *Es el socorro del Señor*. Era Aecio que llegaba y ya era tiempo, porque bajo el choque del ariete las murallas estaban a punto de ceder. Acorrieron también, atropellando y repeliendo al enemigo, Teodorico, el rey de los godos, y su hijo Torismondo, a la cabeza de sus ejércitos. La ciudad fue liberada por intercesión del santo pontífice, y Atila en su fuga se refugió en las llanuras de Mery xvii, desde donde se preparaba a reanudar el combate. Aunque los habitantes en cuanto lo supieron, tomaron también sus disposiciones para resistirle.

VII - Por esos días, llegó a Roma el rumor de que Aecio corría el mayor de los peligros frente a las falanges enemigas. Y su mujer, ansiosa y afligida, acudía asiduamente a la basílica de los santos apóstoles, a suplicar para que regresara a salvo. Como oraba día y noche, cierta noche, un pobre hombre se quedó dormido de lo puro borracho en un ángulo de la basílica de San Pedro. De manera que no salió cuando, según la costumbre, los guardias cierran las puertas, y en medio de la noche lo despertó la iglesia de pronto resplandeciente de luz, despavorido buscó por donde escapar; intentó una primera puerta y al intentar la segunda, entendió que todas estaban cerradas. Entonces se acostó en el suelo, y temblando esperó la hora en que el pueblo se reunía para los himnos matinales para poder salir. Durante su espera vio

dos personas que se saludaban con respeto y se preguntaban mutuamente por su salud. El más viejo tomó la palabra: *Ya no puedo soportar las lágrimas cotidianas de la mujer de Aecio, que me suplica le regrese a salvo su esposo de las Galias, mientras el juicio de Dios ha dictaminado de otra forma. Pero merced a su gran piedad, obtuve la vida de su esposo, y me apura verlo aquí vivo. Mas el testigo que ahora me oye, así como oye los secretos divinos, así los calle al vulgo, si no quiere perecer.* El hombre aunque prevenido, no guardó silencio pues tan pronto como clareó fue a descubrirle cuanto había oído a la mujer de Aecio, mas no bien hubo concluido el relato que sus ojos se cerraron a la luz.

[Batalla de los Campos Cataláunicos]

Aecio pues en conjunción con los godos y los francos, libró batalla a Atila. Pero éste al prever el desastre de sus tropas, ordenó a tiempo la retirada. En el enfrentamiento sucumbió Teodorico, el rey de los godos. Y en verdad que nadie pone en duda que la derrota de los enemigos se debió a la intercesión del santo obispo del que ya hablamos. Cuando acabó la batalla con la destrucción del enemigo y la victoria de Torismodo y del patricio Aecio, éste último le dijo a Torismodo: *Vuelve rápido a tu patria, quizá apresurándote logres todavía impedir que tus hermanos te despojen del reino de tu padre.* Y aquél se apuró a partir, a fin de anticipar a su hermano y tomar posesión del trono de su padre. Con tal ardid se libró Aecio del rey de los godos, y tras su partida, saqueó solo el campo enemigo, regresando a su patria con un botín considerable. Atila se retiró junto con algunos de los suyos, y se apoderó poco después de Aquilea que incendió y devastó para, desperdigándose luego por Italia, asolarla. Torismodo de quien ya hablamos arriba, sometió a los alanes xviii, y tras muchas discrepancias y guerras, sus hermanos lo mataron [pereció en 435 a manos de Teodorico y Federico].

VIII - Después de exponer los acontecimientos cronológicamente, creí sería injusto callar lo que la historia de Renato Frigeridus xix cuenta sobre Aecio. Cuenta, en el doceavo libro de su historia, como a la muerte del emperador Honorio xx Valentiniano, entonces un niño de apenas un lustro de edad, fue creado emperador por su primo hermano Teodosio. Al mismo tiempo que el tirano Juan se erigía en emperador en Roma, bajo el alegato de que sus diputados habían sido despreciados por el César. Renato Frigeridus añade:

Los diputados a su regreso, transmitieron al tirano Juan las más terribles amenazas. Mismas que lo empujaron a mandar a Aecio, entonces el encargado de palacio, con gran cantidad de oro a los hunos. Aecio los conocía del tiempo de cuando estuvo de rehén en su corte y conservaba fuertes lazos de amistad con ellos. Se le transmitieron desde Arlés las siguientes instrucciones: que tan pronto como los enemigos penetraran en Italia, los atacará de frente, mientras ellos los atacarían por la retaguardia. Como hablaremos todavía mucho de este hombre, es conveniente mencionar su nacimiento y carácter. Su padre Gaudencio, era de la principal ciudad de la provincia de Escitia, entró en la milicia en calidad de doméstico para alcanzar el grado de magíster equitum. Su madre Itala, era una mujer noble y rica. El hijo de ambos, Aecio, pretoriano desde la infancia, fue dado como rehén a Alarico y de allí a los hunos. Una vez yerno de Carpilionis se encargó, en calidad de conde de los domésticos, de la administración del palacio de Juan. Era de estatura mediocre, de cuerpo vigoroso, sin debilidad ni pesantez, de exterior elegante y viril, con una mente muy viva; siendo además un caballero particularmente ágil, hábil para lanzar flechas, y muy diestro una vez con la lanza en la mano, propio a la guerra y excelente en la paz y las artes. Exento de avaricia, poseía los dones del espíritu sin que las malas inclinaciones lo apartaran del deber. Paciente ante los ultrajes, amante del trabajo, impávido frente el peligro, tole-

rante al hambre, la sed y los desvelos. Es una certeza que desde su más temprana edad se le predijo el poder al que estaba destinado, y cual sería su renombre en su tiempo y país.

Eso relata el susodicho historiador sobre Aecio. Ya adulto, el emperador Valentiniano, temiendo que Aecio lo tiranizará, lo mató sin causa alguna [454]. Antes de caer él mismo muerto, un año después, atravesado con una espada por Ocyla, el trompeta de Aecio, mientras presidía el tribunal en el campo Marte y hablaba al pueblo [455]. Tal fue el fin de uno y otro.

IX - Muchos ignoran xxi cuál fue el primer rey de los francos. Sulpicio Alejandro xxii, por ejemplo, cuenta muchas cosas, pero nunca menciona a un primer rey, antes dice que tenían duques: sería conveniente narrar lo referente a estos jefes. Primero relata que Máximo había perdido toda esperanza de conservar el imperio, y luego añade: *En ese tiempo [388] Genobaldo, Marcomir y Sunnon, duques de los francos, irrumpieron en Germania* xxiii*, y cruzada la frontera, realizaron múltiples matanzas, arrasando con burgos muy fértiles, llevaron el pavor hasta Colonia [Colonia Agrippina]. Tan pronto como llegó la noticia a Tréveris* xxiv*, Nanneo y Quintino, comandantes de la milicia, a quienes Máximo había confiado su hijo infante y la defensa de las Galias, reunieron un ejército y marcharon a Colonia. Pero, una vez saqueada la riqueza de las provincias, el enemigo cargado de botín volvió a cruzar el Rin, dejando en territorio romano sólo a unos pocos de los suyos en observadores a fin de organizar el próximo pillaje. Los romanos los combatieron con ventaja, matando un gran número de francos cerca del bosque de Ardennes [la Carbonnière]. Cuando deliberaban si debían o no perseguirlos en el interior de su país, Nanneo rehusó, sabía perfectamente que los estarían esperando, y que ya en el interior de sus tierras, los romanos les serían inferiores, mientras aquellos resulta-*

rían los más fuertes. Pero Quintino junto a los otros milicianos no estuvieron de acuerdo, y tras la partida de Nanneo a Maguncia; Quintinino cruzó el Rin a la altura del fuerte de Nuitz xxv, *seguido por el ejército. Al segundo día de marcha después del río, se toparon con casas deshabitadas e importantes burgos en el abandono. Los francos simulaban estar espantados y se habían replegado hacia bosques remotos y talado sus linderos, no sin antes prender fuego a sus casas creyendo, en su cobarde tontería, que atacarse a unos muros era consumir una victoria. La noche la pasaron los soldados bajo el peso de sus armas en la inquietud. Y al alba conducidos por Quintino penetraron en el bosque donde prosiguieron hasta el medio día por caminos errados, perdidos por completo. Al final, fueron a dar contra una muralla que les bloqueó el paso no dejándoles otro pasaje abierto, sino hacia unos campos pantanosos en los linderos del bosque. Fue entonces cuando vieron a los primeros enemigos montados sobre pilas de troncos. Y desde lo alto de esas pilas les lanzaban, como si se tratara de máquinas de guerra, flechas envenenadas con ponzoña de hierbas; de tal suerte que aún a las heridas que no lesionaban las partes vitales, e incluso a las más superficiales, seguía la muerte. El ejército que se vio de pronto rodeado por una muchedumbre de enemigos, se precipitó hacia el único paso libre que los francos les habían dejado, desparramándose en desorden sobre el pantano. Los primeros en hundirse fueron los jinetes, se les vio perecer en el cenagal, hombres y caballos mezclados. Los hombres[6] a quienes no aplastó el peso de sus monturas, se extrajeron a malas penas y mucho trabajo del fango, sólo para correr a ocultarse al bosque de donde recién habían salido. Roto el orden de las legiones, los masacraron. Heraclio, tribuno de los jovinianos* xxvi, *fue muerto al igual que la mayoría de los mandos; sólo unos pocos lograron salvarse merced a la noche y a los meandros del bosque.* Este re-

lato se halla en el tercer libro de la historia de Sulpicio Alejandro.

En el cuarto, tras narrar el homicidio de Víctor, hijo del tirano Máximo, dice: *En ese tiempo [389], Carieto y Siro nombrados en lugar de Nanneo, se opusieron a los francos con un ejército en Germania.* Y poco después agrega en relación al botín que los francos se llevaron de Germania:

Arbogastes no tolerando ninguna tardanza, impulsó al César a castigarlos a menos de que aceptaran restituir lo que antes de la masacre de las legiones habían saqueado y entregaran además a los autores de la guerra, responsables de haber violado la paz con perfidia. Narra también lo acontecido durante el mando de Carieto y Siro, y añade: *Pocos días después, tuvo una breve entrevista con Marcomir y Sunnon, oficiales reales de los francos, y tras recibir a los rehenes, los romanos se retiraron a Tréveris para establecer allí, según es la costumbre, el cuartel de invierno.* Como los llama reales xxvii ignoramos si eran reyes o sólo los representaban. El mismo historiador al relatar la situación crítica del emperador Valentiniano, dice: *Mientras diversos sucesos acontecían en Tracia, al Oriente, los asuntos públicos estaban perturbados en las Galias. El príncipe Valentiniano, encerrado en el recinto de su palacio en Vienne, vivía reducido a una condición menor que la de un simple particular, y había abandonado el cuidado de los asuntos militares a los francos, mientras los asuntos civiles pasaron a manos de la facción de Arbogastes* xxviii. *Entre todos los soldados que pronunciaron el juramento de fidelidad, ninguno se atrevía a obedecer las órdenes o discursos particulares del príncipe.* Luego refiere como: *ese mismo año, Arbogastes quien perseguía con un verdadero odio de bárbaro a Sunnon y Marcomir, reyechuelos francos, llegó a Colonia durante el peor rigor del invierno, pensando así alcanzar más fácilmente los escondrijos de los francos en medio de la aridez*

de los bosques despojados para prenderles fuego, precisamente entonces que no podían disimular emboscadas. Arbogastes reunió el ejército, cruzó el Rin y arrasó el país de los bructeros xxix*, los más próximos a sus orillas, y un burgo ocupado por los chamaves* xxx [7]*, sin que nadie se presentara excepto por algunos ampsivaros y catos* xxxi *conducidos por Marcomir, y visibles en la lejanía sobre la cúspide de las colinas*. Esto dice de los que llama duques y regios, pero más adelante sí especifica que los francos tenían un rey, cuando sin nombrarlo dice: *Tras renovar los antiguos tratados con los reyes de los alemanes y de los francos, el tirano Eugenio emprendió una expedición militar* [393], *acorriendo a los límites del Rin a disuadir con la apariencia de un ejército considerable a las naciones salvajes*. Es todo lo que este historiador dice respecto a los francos.

Renato Profuturus Frigeridus, mencionado anteriormente, al narrar la toma y destrucción de Roma por los godos [409], dice: *En esos tiempos, Goar* xxxiii *se había pasado a los romanos, y Respendial, el rey de los alemanes, retiró su ejército de las orillas del Rin, a causa de la guerra de los vándalos contra los francos. El rey Godegisil sucumbió y con él casi veinte mil hombres murieron a hierro. Los vándalos habrían perecido también sin las fuerzas de los alanos que sobrevinieron a tiempo* [406]. Nos sorprende que este historiador no nombre al rey de los francos, mientras sí llama por su nombre a los de otras naciones. Sin embargo, cuando menciona que Constantino xxxiv ordenó a su hijo Constante abandonar España y unírsele en Arlés, prosigue de esta forma: *Constantino [8] hizo venir a su hijo Constante, también rey, a fin de deliberar sobre los últimos acontecimientos. Y Constante abandonó la corte y a la emperatriz, su mujer, poniendo todos los negocios de España en las manos de Geroncio, para reunirse con su padre. Una vez que llegó y pasaron juntos algunos días, al ver Constantino que Italia nada tenía que temer, se li-*

bró a la gula y al desenfreno, importunando ahora a su hijo para que tornara a España. Las tropas de Constante estaban ya en movimiento y él todavía en el palacio de su padre, cuando llegaron correos de España con la noticia de que Geroncio había ofrecido el imperio a Máximo, uno de sus clientes [410], y como, secundado por naciones bárbaras, se armaba contra él. Constante y el antiguo magister de oficios y hoy prefecto de las Galias, Décimo Rustico xxxv*, enviaron primero a Edobico contra los germanos a las Galias, en cuanto a ellos marcharían inmediatamente después en conjunción con los francos, los alemanes y el conjunto de las tropas. Su plan era estar lo antes posible de vuelta con Constantino*. Similarmente al escribir sobre el sitio a Constantino, dice: *Hacía apenas cuatro meses que sitiaban a Constantino, cuando llegaron repentinamente mensajeros de la Galia ulterior* xxxvi *con el anuncio de que Jovino había revestido los ornamentos reales [411, en Maguncia] y ahora marchaba contra los sitiados en compañía de burgundios, alemanes, francos y alanes. Los sitiadores intensificaron en consecuencia el asedio, y Constantino se vio obligado a abrir las puertas de la ciudad y rendirse. Fue inmediatamente conducido a Italia, en donde unos asesinos enviados ex professo le tajaron la cabeza sobre el río Mincio*. El mismo historiador dice poco después: *En esos días, el prefecto del tirano Décimo Rústico y Agroecio, antiguo jefe de los secretarios de Jovino, junto con otros nobles capturados en Auvernia por los duques de Honorio, fueron cruelmente asesinados. La ciudad de Tréveris fue de nuevo pillada y librada por los francos a las llamas* xxxvii. Cuando a Asterio se le eleva a la dignidad de patricio mediante cartas del emperador, agrega: *En ese tiempo, Castino, conde de los domésticos fue enviado a las Galias en una expedición contra los francos*. Esto es todo lo que cuentan sobre los francos. El historiador Orosio en el séptimo libro de su obra dice xxxviii: *Una vez que Estilicón hubo congregado a las naciones,*

aplastó a los francos, cruzó el Rin, recorrió las Galias y llegó hasta los Pirineos. Esas son las noticias que los historiadores nos dejaron sobre los francos, sin mencionar jamás el nombre de sus reyes. Numerosos son los que cuentan que salieron de la Panonia xxxix para venirse a establecer primero en las riberas del Mein[9] y de allí atravesado este río, llegar a Tongres. En esos pueblos y ciudades fue donde instituyeron reyes melenudos xl a la principal y, por así decirlo, a la más noble de entre todas sus familias, para que los gobernaran. Pero de qué forma las victorias de Clodoveo aseguraron el título para su familia, lo diremos después.

Leemos en los Fastos Consulares xli que Teodomir, rey de los francos, hijo de Ricomer, y su madre Achila fueron pasados a cuchilla [en 421 o 428]. Refieren también que Clogion, poderoso y noble entre su gente, fue rey de los francos. Habitaba el fuerte de Disparg xlii , en la frontera con el país de Tongres, una área que se extendía al sur hasta el Loira, regiones que habitaban conjuntamente con los romanos. Mientras al sur del Loira dominaban los godos. Los burgundios, seguidores también de la secta de los arrianos, vivían sobre la margen opuesta del Ródano, la que corre cerca de la ciudad de Lyon. Clogion envió espiones a la ciudad de Cambrai y en cuanto hubieron explorado la comarca, los siguió con su ejército. Derrotó a los romanos y tomó esta ciudad en la que residió muy poco, extendiendo sus conquistas de allí hasta el río Somme. Algunos pretenden que Meroveo y su hijo Childeric pertenecen a su estirpe.

X - Parece que esta raza siempre fue adicta a los cultos idolatras, y no conoció de ninguna manera a Dios. Hicieron imágenes de los bosques, las aguas, las aves, las bestias y otros elementos, a los que acostumbraban ofrecer sacrificios, sin importarles la cólera divina. ¡Ay! si la voz terrible de Dios hubiera alcanzado la fibra de sus corazones, aquella

que por la boca de Moisés habló al pueblo, diciendo: *No tendrán otros dioses aparte de mí, ni esculpirán ninguna imagen de lo que se mueve en el cielo, sobre la tierra y en las aguas* xliii. Y esto: *Adorarás a Dios tu Señor, a él sólo servirás y no jurarás más que en su nombre* xliv. Si hubieran entendido la venganza que cayó sobre los israelitas, adoradores del becerro de oro fundido, quienes tras un banquete, cantos, lujuria y danzas, y con la boca todavía inmunda de esos abusos se dirigieron a lo que ellos mismos habían esculpido, diciendo: *Estos son tus dioses, oh, Israel, que nos sacaron de Egipto* xlv, con la consecuencia de que perecieron ochenta mil hombres en castigo. O aquella otra venganza que cayó sobre quienes se iniciaron al culto de Belfegor, y se casaron con las mujeres moabitas, unas extranjeras y por ende prostitutas, y perecieron a manos de sus propios parientes azuzados por el sacerdote Fineas, que con la muerte de los adúlteros pensaba así aplacar la furia de Dios, celo que se le alabó con justicia. O si a sus orejas hubieran llegado las palabras que Dios puso en boca de David: *Porque todos los dioses de las naciones son demonios, y sólo Dios hizo el cielo* xlvi. Y: *Los ídolos en oro y plata de las naciones son artefactos hechos por la mano del hombre, semejantes a quienes las labraron y a cada uno de quienes se fía de ellos* xlvii. O esto: *Que confundan a los adoradores de esculturas que se glorifican en sus ídolos* xlviii. O de lo que da testimonio el profeta Habacuc [2, 18-30] cuando dice: *¿Qué cosa puede revelarles una escultura esculpida por ellos mismos? ¿qué les revela esa falsa imagen mientras se funde en un horno? Aunque labrada sigue siendo de oro y plata, sin que ningún espíritu la habite jamás; mientras el Señor sí habita su santo templo: y que la tierra entera tiemble ante él.* Pero ya otro profeta había dicho: *Que los dioses que no crearon ni el cielo ni la tierra, perezcan bajo el cielo y que se les extermine de la superficie de la tierra.* xlix O bien: *Pues he aquí que el Señor creó los cielos, el Dios que creó*

la tierra, la formó y le dio ser. No la creó en vano sino para que estuviera habitada: Yo soy el Señor, ese es mi nombre, y no cederé mi gloria ni prez a los ídolos. [l] Y más adelante: *¿Hay alguno entre los falsos dioses de las naciones que haga llover* [li]*?* Y por boca de Isaías: *Yo soy el primero y el último, fuera de mí, no hay ningún dios. Todos esos labradores de ídolos son nada; las imágenes que más estiman no les sirven; ellos mismos son testigos de su confusión, sus ídolos tienen los ojos pegados, no ven ni oyen nada. ¿Cómo puede un hombre haber perdido el juicio al grado de querer formar un Dios y pretender fundir su imagen en una estatua inútil? Todos los que participan en su elaboración serán confundidos, porque los artífices no son sino hombres. El forjador trabaja con los brazos, configura a golpe de martillo, ejecuta su obra a fuerza de brazo; pasa hambre y se extenúa; no bebe agua y queda agotado. El escultor tallista toma la medida, hace un diseño con el lápiz, trabaja con la gubia, diseña a compás de puntos y le da figura varonil y belleza humana, para ponerlo en un nicho. Tallan un cedro, un roble o una encina que les sirve para hacer fuego, con una parte se calientan, con la otra hacen un dios que adorar, un ídolo para prosternarse ante él, una imagen muerta a la que suplican diciendo : Libéranos porque eres nuestro dios. Con la mitad de esa madera, hice fuego, encendí lumbre para cocer el pan o la carne que me comí; de la madera que me queda formaré un ídolo y me inclinaré ante ese tronco de árbol con la frente en el polvo. Una porción de ese árbol ya es ceniza y, sin embargo, su corazón insensato adora la otra porción, y no piensa siquiera en desengañar su alma diciendo : Ciertamente la obra de mis manos es una mentira.* Al comienzo, la nación de los francos tampoco entendió esto, aunque lo reconocería más tarde, como el resto de nuestra historia lo dará a conocer.

XI - Avito uno de los senadores y según es noto, ciudadano de Auvernia, fue investido con el imperio romano [455]

aunque como se comportó de una manera desordenada, el senado no tardó en despojarlo del imperio y otorgarle el episcopado de Plasencia. Pero al descubrir que el senado en su indignación quería al final privarlo de la vida, partió con una gran cantidad de ofrendas hacia la basílica del mártir San Julián de Auvernia. En el camino, sin embargo, se le acabó la vida. Murió de la fatiga, y fue enterrado en el pueblo de Brioude, al pie del mártir aludido. Le sucedió Marciano [457], mientras el romano Egidio era nombrado magíster militum para las Galias.

XII - El rey de los francos, Childeric vivía dado al libertinaje deshonrando a las hijas de sus hombres, y los francos indignados lo destronaron [457]. Luego partió a Turingia al descubrir que planeaban matarlo dejando, no obstante, a uno de sus hombres lii para que con palabras tranquilizara los ánimos furibundos. Le dio también una señal con la cual le haría saber el momento de regresar a su patria. Una moneda de oro dividida en dos, una de cuyas mitades se llevó Childeric, mientras el amigo que conservaba la otra le decía: *Cuando recibas esta mitad y las dos partes formen una moneda, vuelve con toda seguridad a tu patria.* En Turingia, se refugió en la corte del rey Bysino liii y su mujer Basina. Los francos no tardaron en eligir a la unanimidad a Egidio también como magíster militum, enviado según ya dijimos por la república romana. Corría el octavo año de su reino cuando el fiel amigo de Childeric, habiendo aplacado en secreto a los francos, le mandó un mensajero con la mitad faltante de la moneda. A la vista del indicio cierto de que los francos deseaban y aún le suplicaban que volviera, regresó y recuperó su reino. Tiempo después Basina, de quien antes hablamos, abandonó a su esposo para alcanzar a Childeric. Y como él solícito le preguntara la causa de un viaje tan largo, ella le respondió: *Reconocí tu mérito así como tu gran coraje, y vine para vivir contigo. Aprende también que si hubiera co-*

nocido más allá de los mares a alguien con mayores méritos que tú, habría deseado vivir con él. Y él encantado, la desposó. Ella concibió y parió un hijo llamado Clodoveo, quien fue un gran príncipe y combatiente temible liv.

XIII - Tras las muerte de San Artemio en Auvernia, Venerando, uno de los senadores fue creado obispo. De cómo era este pontífice nos informa Paulino lv quien dice: *Si hoy vieras a los dignos sacerdotes del Señor, a Exuperio de Tolosa, a Simplicio de Vienne, a Amando de Burdeos, a Diogenes de Albi, a Dinamio de Angulema, o a Venerando de Auvernia, a Alith de Cahors, o a Pegaso de Perigord, cualesquiera que hayan sido los vicios del siglo, verías a los más dignos guardianes de la fe y la religión.* Se refiere que Venerando murió en la vigilia misma de la Navidad, y que por la mañana, una procesión solemne siguió sus exequias. Pasados los funerales se dio una vergonzosa querella en relación a su sucesor. Como cada partido quería imponer el suyo, el pueblo se hallaba sumamente dividido. Un domingo que se reunían los obispos, una mujer velada y consagrada a Dios, se avanzó audazmente y les dijo: *¡Escúchenme, sacerdotes del Señor! Sepan que entre los elegidos para el sacerdocio, ninguno place a Dios. El Señor mismo verá de proveerlo hoy. Dejen entonces de coludirse y alebrestar al pueblo, y sean pacientes un rato todavía. Pues el Señor dirige, ahora y hacia aquí, a quien regirá en adelante su iglesia.* Mientras estaban en la estupefacción de esas palabras, llegó Rústico lvi, un sacerdote de la misma diócesis de Auvernia, y el indicado por la visión a la mujer, quién al verlo dijo: *Éste es el elegido del Señor. El pontífice que les destina. Que se le erija pues en obispo.* Dijo, *y el pueblo en su conjunto hizo a un lado sus pretensiones anteriores proclamando que sería un obispo justo y digno.* Una vez en la silla catedralicia, Rústico fue el séptimo en ocuparla a la gran satisfacción del pueblo.

XIV - A la muerte en la ciudad de Tours, del obispo Eustaquio durante el décimo séptimo año de su pontificado, le sucedió Perpetuo [460], el quinto después del bienaventurado San Martín. Testigo de los milagros continuos sobre la tumba del santo, juzgó a la capilla que se le había construido, pobre e indigna de tales prodigios. La mandó tirar y construir en su lugar la gran basílica en pie hasta nuestros días a 550 pasos de la ciudad. Tiene de largo 160 pies y 60 de ancho, y una altura bajo la bóveda de 45. Posee 32 ventanas del lado del altar lvii y 20 en la nave así como 41 columnas. En todo el edificio hay 52 ventanas, 120 columnas y ocho puertas; 3 de las cuales están del lado del altar y 5 en la nave. [10] Esta basílica cuenta con tres solemnes fiestas: la de la dedicación del templo, la del traslado del cuerpo del santo y la del aniversario de su promoción al episcopado. La primera se celebra el 4 de julio, la segunda el 11 de noviembre. Quien celebre fielmente estas fiestas merecerá la protección del santo obispo, en este mundo y en el otro. El sagrario de la capilla anterior era de una estructura elegante que el pontífice creyó necesario conservar, por eso al construir la basílica en honor de San Pedro y San Pablo, mandó se trasladara a su capilla. Muchas otras basílicas edificó que en el nombre de Cristo perduran hasta hoy.

XV - En ese tiempo, el sacerdote Eufronio erigió una basílica al bienaventurado mártir Sinforiano [11]de Autun. Y cuando se le eligió obispo de esta ciudad, fue él quien envió con gran devoción el mármol que se encuentra sobre el sepulcro de San Martín.

XVI - Tras la muerte del obispo Rústico, San Namacio fue, en sus días, el octavo obispo de Auvernia. A su dedicación se debe la iglesia que hoy aquí se eleva, y la mayor dentro de los muros de la ciudad. lviii Tiene 150 pies de largo, 60 de ancho y 50 de alto de la nave hasta la bóveda, al frente bajo

el ábside hay una rotonda, ambas alas de la iglesia son de una construcción elegante y todo el edificio está dispuesto en forma cruz. Tiene 42 ventanas, 70 columnas, 8 puertas. Allí son sensibles: el terror de Dios y una magnifica claridad; y no infrecuentemente un aroma suavísimo como de especies alcanza a los religiosos. Las paredes en mosaico del altar están ornamentadas con muchos tipos de mármol. Al doceavo año cumplido de la edificación por el santo pontífice, mandó sacerdotes a Bolonia, ciudad de Italia, a fin de poder exhibir las reliquias de San Vidal y San Agrícola, quienes fueron crucificados por el nombre de Cristo, nuestro Dios.

XVII - Su conyugue edificó la basílica de San Esteban [San Eutropio, Dom Ruinart][12] en los suburbios de la ciudad. Como era su voluntad decorarla con colores, tenía en el regazo un libro con las historias de las acciones de la antigüedad, y al mismo tiempo que leía, iba indicando las pinturas que debían representarse en sus paredes lix. Pero, un día, que en la basílica estaba sedente y leía, entró un pobre a orar y como la viera vestida de negro y anciana, pensó que se trataba de una indigente, sacó pues un pedazo de pan, se lo colocó sobre las rodillas y salió. Ella no desdeñó el don del pobre que no entendió su rango, sino que lo aceptó y dando gracias lo conservó, y desde entonces lo puso sobre su mesa, y sobre él y hasta que se consumió diría el Benedicite [13].

XVIII - Childeric luchó contra los orleanenses lx, mientras Odoacro y los sajones lxi llegaban a Angers. Fue entonces cuando una gran peste devastó al pueblo, de cuyo flagelo pereció Egidio [octubre 464] dejando un hijo de nombre Afranio Siagrio. Tras la muerte del magíster militum, Odoacro recibió rehenes de Angers y otros lugares. Los bretones fueron expulsados de Bourges por sus godos lxii que hicie-

ron además una carnicería matando a un gran número de ellos cerca del burgo de Dol. Mientras el conde Pablo, en unión con los romanos y los francos, combatía a su vez a los godos y se hacía de un cuantioso botín. Odoacro vino a Angers, seguido un día después [471] por el rey Childeric, quien tras el asesinato del conde Pablo, ocupó esta ciudad. Ese día un terrible incendio destruyó la catedral.

XIX - Entretanto se declaraba la guerra entre los sajones y los romanos. Guerra en que los sajones se darían a la fuga, no sin abandonar a muchos de los suyos al hierro de los romanos que los perseguían. Sus islas fueron capturadas y arrasadas por los francos quienes asesinaron a una multitud. El noveno mes de ese año, tembló la tierra. Childeric y Odoacro trabaron una alianza y subyugaron a los alemanes, invasores de una parte de Italia.

XX - Eoric, rey de los godos, creó duque de Septimania a Víctor, en el catorceavo año de su reino. lxiii Éste vino repentinamente a Auvernia con la intención de incorporar también esta ciudad[14]. Fue el duque Víctor quien construyó las criptas que aún se ven en la basílica de San Julian lxiv, a la par que las columnas situadas en la iglesia. Vio se edificara la basílica de San Lorenzo y San Germán en el burgo de San-Germain-de-Lambron[15]. Estuvo nueve años en Auvernia. Promovió calumnias contra el senador Enquerio lxv, al cual metió a la cárcel sólo para mandarlo sacar cierta noche, atar a un decrépito muro y derribar enseguida el pedazo de muro sobre él. Pero como era lujurioso en su amor de las mujeres, temeroso de que los locales lo fueran a asesinar, huyó a Roma. Allí intentó proseguir con su lascivia y fue lapidado [484]. Después de su muerte, Eoric reinó todavía cuatro años, y falleció en el vigésimo séptimo año de su reino [léase décimo séptimo]. Fue entonces cuando hubo un gran temblor de tierra.

XXI - En Auvernia, al finado obispo Namacio le sucedió Eparco. Hombre prudentísimo y de una gran religiosidad. En ese tiempo la iglesia poseía intramuros una pequeña propiedad, que era la vivienda del sacerdote y hoy se dice sala de recepción[16], durante la noche él iba de allí a la iglesia a dar gracias a Dios. Es un hecho que cierta noche al entrar la halló repleta de demonios, mientras su príncipe, vestido con ropas de mujer, se había sentado en la silla catedralicia. A él se dirigió el pontífice dijo: *Ay, meretriz abominable, no te basta con profanar todos los lugares, ahora te sientas en el trono consagrado a Dios que mancillas con tu contacto fétido. Retírate de la casa de Dios, no la profanes más.* Aquel replicó: *Ya que me llamas mujer, no se podrá decir que no fuiste tú quien eligió la pasión por las mujeres que te ha de atormentar.* Dijo y se desvaneció en humo. Y ciertamente el sacerdote fue tentado con accesos de una violente concupiscencia; aunque merced al signo de la santa cruz, detrás del cual no dejaba de guarnecerse, en nada pudo perjudicarlo el enemigo. Cuentan que hizo construir un monasterio sobre la cima del monte Chantoin, donde todavía está su oratorio y en donde se recluía los días santos de la cuaresma, para regresar el día de la pascua acompañado de clérigos y ciudadanos con grandes cantos a su iglesia catedralicia. Sidonio, antiguo prefecto lxvi, lo remplazó a su muerte [473]. Era un hombre, según la dignidad del siglo, noble y uno de los primeros senadores de las Galias, por lo que se había unido en matrimonio con la hija del emperador Avito lxvii. Le son contemporáneos Víctor, a quien ya mencionamos y entonces todavía en la ciudad de Auvernia [Clermont] y; en el monasterio de San Cirio, un abad de nombre Abraham en quien refulgía la fe y gracia del primer patriarca, según escribimos en el libro de su vida. lxviii

XXII - San Sidonio era de una elocuencia tal como para ser capaz de improvisar sobre el tema que fuera, magníficamen-

te y cuando se le ofreciera. Un día que lo invitaron a las festividades de la basílica del citado monasterio de Chantoin, aconteció que le hurtaron el libro con el cual tenía costumbre de servir las solemnidades sacrosantas, con el tiempo justo, se preparó y recitó el oficio completo de la fiesta ante la admiración de todos los asistentes a quienes no parecía hablara un hombre sino un ángel. Lo mostramos ampliamente en el prefacio del libro que anexamos a las misas de su composición lxix. Como era de una magnífica santidad y, según dijimos, el primero de los senadores, frecuentemente sustrajo vasos de plata de su casa para distribuirlos entre los pobres, sin avisarle, claro está, a su esposa. Y cuando ella se enteraba se escandalizaba, pero entonces él pagaba a los indigentes el precio y restituía el objeto en su casa.

XXIII - Cuando ya se había consagrado al servicio del Señor y llevaba una vida santa en medio del siglo, se sublevaron en su contra dos sacerdotes, arrebatándole todo poder sobre los asuntos de la iglesia, lo redujeron a la más escasa subsistencia y cubrieron con los peores ultrajes. Pero la clemencia divina no permitió que permanecieran mucho tiempo impunes. Y como uno de estos sacerdotes, perverso e indigno, había amenazado la noche anterior con expulsarlo de la iglesia. Al oír el sonido que llamaba a Matines, se levantó con la hiel que le hervía contra el santo de Dios, pensaba en su iniquidad llevar a cabo lo tramado ayer. Sólo que antes entró al retrete y mientras se arqueaba para liberar el vientre, se le fue el alma. Afuera lo esperaba un criado con una vela. El día punteaba y su cómplice le envió un mensajero, diciendo: *Ven, no tardes, para que llevemos a cabo lo acordado ayer.* Como el muerto no podía responder ni tampoco salía, el criado optó por levantar la cortina de la puerta lxx y halló a su amo muy sedente y difunto sobre el excusado. Con lo que queda claro que su crimen no fue menor al de Arrio, a

quien también en un retrete se le salió el alma también por las partes inferiores. Porque no puede ser sino un hereje, el que se rebela en la iglesia contra el sacerdote de Dios, a cuyo cuidado pacen las ovejas, y sólo un hereje se adueña de un poder que ni Dios ni los hombres le confiaron. Al santo pontífice le quedaba todavía un enemigo, pero recuperó sus poderes. Sucedió después que atacado de fiebre enfermó, y suplicó a los suyos que lo llevaran a la iglesia. En cuanto lo trajeron, una multitud de hombres, mujeres y niños hicieron corro a su alrededor diciendo: *¿Porqué nos abandonas, buen pastor? ¿A quién le confías aquellos que dejas huérfanos? ¿Cuál será nuestra vida después de tu muerte? ¿Quién nos aderezará como tú con la sal de la prudencia y nos inspirará el temor del nombre del Señor*? A sus palabras el pueblo entremezclaba lamentos y el pontífice inspirado de pronto por el Espíritu Santo les respondió: *No teman, oh, pueblo, mi hermano Aprunculo será su pontífice.* Ellos no entendieron y se lo atribuyeron al delirio.

Después de su tránsito al otro mundo lxxi, el otro sacerdote, el sobreviviente de entre sus enemigos, se apropió en una demostración de avidez de todos los bienes de la iglesia cual si fuera el obispo y decía: *Dios ha puesto por fin los ojos en mí, ha visto que soy más justo que Sidonio y otorgado el poder.* Y mientras hacía ostentación de su triunfo paseándose por las calles de la ciudad, llegó el día del Señor, cercano también al aniversario luctuoso del santo hombre. Preparó un festín al que invitó a todos los ciudadanos a la casa episcopal, durante el cual sin ningún respeto por los ancianos se reclinó él primero sobre su silla larga. El sumiller le sirvió una copa y dijo: *Señor, tuve un sueño que con su permiso le voy a contar. Vi la noche del domingo una gran estancia en la que había un trono. En ese trono estaba sentado un juez, el cual sobrepasaba al resto por su poder, y lo rodeaban un gran número de sacerdotes en vestimentas blancas y una muche-*

dumbre infinita de pueblo. Mientras yo contemplaba nervioso estas cosas, discerní por encima del gentío al bienaventurado Sidonio que litigaba contra el presbítero ése que murió hace años y que le era a usted querido. Ganó el proceso y se le condenó. Entonces el rey mandó que lo echarán a un calabozo de tinieblas, y en efecto ya se lo llevaban, cuando Sidonio volvió a levantar la voz, esta vez contra usted, acusándolo de complicidad en el crimen por el que acababan de condenar al otro. El juez buscó entonces alguien que pudiera avisarle, y yo me encogí e intenté disimular cuidadosamente detrás de la muchedumbre, dando inclusive la espalda, temeroso de que como lo conocía me fueran a enviar a mí. Fue un instante el que dediqué en silencio a este pensamiento, pero cuando me di cuenta, la multitud se había alejado y estaba solo. El juez me llamó y yo acudí. Me quede estupefacto, y mi temor frente al aspecto de su resplandor y poder, me hizo titubear, pero él me dijo: No temas, joven, antes ve y dile a ese sacerdote que venga a defenderse de la acusación, puesto que Sidonio pide que comparezca. Ve y no te demores, porque el rey me recomendó prevenirte de que: Si callas, morirás de la muerte más cruel. Al oír eso, el sacerdote fue presa del pánico, el cáliz se le escapó de las manos, y rindió el espíritu. Se le levantó de la cama para sepultarlo y fue a tomar posesión, a lado de su cómplice, del infierno. Tal es el juicio de Dios en este mundo sobre los clérigos rebeldes. El uno padeció la muerte de Arrio; mientras al otro se le precipitó como a Simón el Mago desde la cúspide de su soberbia merced a un único ruego al santo apóstol. Ambos, sin ninguna ambigüedad, se encuentran en el Tártaro por haber, los muy malignos, procedido contra su santo obispo.

Entretanto cundía ya en la región la fama del terror a los francos, y todos por amor de ellos deseaban que reinaran. San Aprúnculo, obispo de la ciudad de Langres, comenzó a despertar las sospechas de los burgundios lxxii. El odio cre-

ció de día en día, hasta que se mandó que lo pasaran en secreto a cuchilla. Le avisaron y escapó de la ciudad de Dijon colándose por los intersticios de la muralla y vino a Auvernia. Allí se cumplió la palabra que el Señor puso en boca de San Sidonio. Fue su onceavo obispo.

XXIV - En los tiempos del pontificado de Sidonio, el hambre azotó la Burgundia. La gente se dispersó por las diversas regiones, sin que se le brindara por eso alimentos. Ecdicio, de la orden senatorial y pariente de Sidonio, realizó confiando en Dios una bella acción. Ante la hambruna galopante, envío a sus criados con caballos y carros a las ciudades vecinas para que trajeran a la gente en el desamparo. lxxiii Lo cual ellos hicieron, transportando a su casa a cuantos pudieron, donde los alimentó el tiempo de la sequía, eximiéndolos así de morir de hambre. Y fueron muchos, cuentan que más de cuarenta mil de ambos sexos. Cuando regresó por fin la prosperidad, se organizó el traslado en sentido inverso, devolviendo a cada uno a su localidad. Acababa de irse el último, cuando lo alcanzó una voz que bajaba del cielo y decía: *Ecdicio, Ecdicio, por esto que hiciste, porque obedeciste mis palabras y saciaste mi hambre alimentando al pobre, ni a ti ni a tu descendencia les faltará nunca el pan*. Que este Ecdicio era de una valentía notoria, está en el recuerdo de muchos, porque con apenas diez hombres lxxiv ahuyentó una multitud de godos. Durante esa misma hambruna se le atribuye a San Paciente, obispo de Lyon, un auxilio similar en favor del pueblo. Ha llegado hasta nosotros una carta del bienaventurado Sidonio [Carta 12, libro VI] en la que lo alaba solemnemente al respecto.

XXV - En sus tiempos y en los de Eoric, este rey de los godos saliéndose de los límites de España atrajo sobre los cristianos de las Galias una cruel persecución. Decapitaba por doquier a quien no se sometiera a su herejía perversa. A los

sacerdotes los metía en prisión, pero a los obispos los mandaba al exilio o al degüello. Y con espinas ordenó bloquear las entradas de las iglesias, para que en la ausencia del culto cayera naturalmente la fe en el olvido. La calamidad se abatió, en primer lugar, sobre las ciudades de Gascuña [Novempopulanie] y de las dos Aquitanias lxxv [467]. Del noble Sidonio al obispo Basilio sobrevive una carta que trata del tema y así lo asienta [al obispo de Aix, Basilio]. Aunque el autor de la persecución no tardó en morir, víctima de la venganza divina.

XXVI - Tras cumplir treinta años de pontificado, el bienaventurado Perpetuo descansó en paz. lxxvi En su lugar eligieron a Volusiano, uno de los senadores. Pero los godos sospecharon de él y en el año séptimo de su pontificado se lo llevaron cautivo a España, donde pereció bruscamente; remplazándolo Vero, el séptimo obispo después de San Martín.

XXVII - Muerto Childeric lxxvii, le sucedió su hijo Clodoveo lxxviii. Fue durante el transcurso del quinto año de su reino, que Clodoveo en compañía de Rañacario lxxix, un pariente suyo con un reino propio, marchó contra Siagrio, el rey de los romanos e hijo de Egidio y que residía en la ciudad de Soissons, conquistada por su padre de la manera que se relató. Clodoveo le pidió que eligiera el campo de batalla. Siagrio no temió ni difirió el combate, y la batalla se trabó entre ellos [486]; pero al ver su ejército desbaratado, el rey de los romanos volvió las espaldas y corrió a refugiarse en Tolosa junto al rey Alarico. Clodoveo le exigió a Alarico[17] que se lo entregara, de lo contrario entendería que lo ponía bajo su protección y le haría la guerra. Y éste temeroso de incurrir por ese motivo en la ira de los francos y, acaso también porque los godos son habitualmente timoratos, se lo entregó cargado de cadenas. Lo recibió Clodoveo y puso

bajo custodia, y tan pronto como se adueñó de su reino dio órdenes para que lo asesinaran en secreto. En ese tiempo fueron saqueadas muchas iglesias, porque vivía todavía envuelto en el culto del error. Unos soldados arrebataron un jarrón de una magnitud y belleza admirables, así como numerosos ornamentos de los santos misterios. Entonces el obispo de esta iglesia lxxx mandó mensajeros al rey, requiriéndolo para que si la iglesia no podía recuperar el resto de los jarrones sagrados, le devolvieran al menos ese. El rey le respondió al mensajero: *Síguenos a Soissons, porque allí es donde se dividirá el botín. Y cuando la suerte me haya atribuido el jarrón, cumpliré lo que me pide el pontífice* lxxxi. Llegaron a Soissons y, una vez en medio de la plaza donde se había colocado el cúmulo entero de los despojos, el rey dijo: *Les ruego, oh animosos guerreros, que no me nieguen además de mi parte al menos este jarrón* y se refería a aquel del que se hizo mención. Habló el rey y los más prudentes entre ellos contestaron: *Glorioso rey, todo cuanto vemos es tuyo y nosotros mismos estamos bajo tu dominio. Nadie puede oponerse a tu poder, haz pues tu voluntad.* Cuando hubieron dicho, un guerrero envidioso, colérico y de poco rango, levantó su francisca[18] y golpeó el jarrón mientras gritaba: *Nada recibirás, si no lo que te otorgue verdaderamente la suerte.* El rey reprimió, bajo la apariencia de una paciente lenidad y ante la estupefacción de todos, el sentimiento de la injuria recibida; y cuando hubo recibido el jarrón[19] se lo devolvió al mensajero del obispo, aunque le hervía en el pecho lo que tan bien ocultaba en la cara. Un año después, ordenó a sus hombres venir al Campo de Marte lxxxiii en formaciones de guerra y en armas, a fin de presentarlas relucientes y listas. Circulaba examinado las de cada uno hasta llegar al agresor del jarrón, a quien increpó: *Nadie tiene las armas tan descuidadas como tú. Ni tu lanza ni tu espada ni tu hacha sirven.* Y arrebatándole el hacha de las

manos la aventó al suelo, aquel se inclinó para recogerla y el rey que había alzado los brazos le hundió sin más su hacha en el cráneo. *Así,* dijo, *le hiciste en Soissons al jarro.* Enseguida comandó a los otros que se alejaran, gracias a esta acción se ganó el temor de los demás. Logró numerosas victorias en muchas guerras. Durante el décimo año de su reino combatió a los habitantes de Tongres y los subyugó [491].

XVIII - Los burgundios tenían por rey a Gondioc, de la raza del rey persecutor Atanarico mencionado con anterioridad lxxxiv. Sus hijos fueron cuatro: Gundebaldo, Godegisilo, Chilperic y Godemar. Gundebaldo acuchilló a su hermano Chilperic, y a la esposa la echó al agua con una piedra atada del cuello, mientras a las dos hijas las condenó al exilio. La mayor tras tomar el hábito se llamó Crona[20], el nombre de la menor era Clotildel xxxxv. Tiempo más tarde un embajador de Clodoveo, el cual enviaba legaciones con frecuencia a Borgoña, vio a la joven Clotilde. Y como la viera hermosa y prudente, y se enterara de que era de linaje real, se lo comunicó a su rey. No demoró éste en mandar una delegación para pedirla en matrimonio. Y el otro la entregó a sus representantes, demasiado temeroso para negarla. Tras recibir a la joven se apresuraron a llevarla al rey. Clodoveo la vio y en un arrebato de alegría la convirtió en su esposa. De una concubina ya tenía un hijo llamado Teodorico.

XXIX - A su tiempo tuvo de la reina Clotilde un hijo primogénito [494]. Al cual estaba muy deseosa de bautizar por lo que amonestaba asiduamente a su hombre, diciendo: *Nada son los dioses que adoran los cuales ni se auxilian ni pueden auxiliar a los demás, porque son de piedra, de leño o están esculpidos en algún metal. Los nombres que les pusieron son de hombre no de dioses, como Saturno quien, se afirma, que para que su hijo no lo echara del trono se sustrajo con la fuga, o*

como el mismo Júpiter, perpetrador inmundo de todos los vicios, un incestuoso que no se pudo abstener de vivir en concubinato con su propia hermana, según ella misma se titulaba: Hermana y cónyuge de Júpiter lxxxvi. *¿Qué lograron Marte y Mercurio? Poseedores no del poder divino sino de artificios mágicos. El Dios al que debemos prez es aquel que con su palabra sacó de la nada el cielo, la tierra, el mar y todo cuanto contienen; el que hizo brillar el cielo y lo engalanó con estrellas; llenó las aguas de peces, la tierra de animales, los aires de aves; a cuyo mandamiento la tierra se cubre de plantas, los árboles de frutos y de uvas las viñas; cuya mano creó el género humano; y que atribuyó en fin su labor al hombre, y le dio todas las creaturas para que le obedecieran y sirvieran*. Estos discursos de la reina de ninguna forma inclinaron el rey a la santa fe, antes decía: *Fue por el mandamiento de nuestros dioses que todas las cosas fueron creadas. Está claro que su Dios no puede nada, es más, se ha probado que ni siquiera es de la raza de los dioses*. No obstante, la reina llevó fielmente su hijo al bautizo. Hizo decorar la iglesia con velos y tapices por ver si lo que sus discursos no habían logrado, lo lograba esta pompa. El niño fue bautizado con el nombre de Ingomer, pero murió la misma semana de su bautismo lxxxvii. Y el rey resentido increpaba a la reina diciéndole: *Si al niño se le hubiera consagrado en el nombre de nuestros dioses, aún estaría en vida; pero bautizado en el nombre de tu Dios no podía, está claro, vivir*. La reina le replicó: *Doy gracias al Creador omnipotente de todas las cosas, puesto que no me juzgó indigna de asociar a su reino al niño nacido de mi seno. Esta pérdida no aflige mi alma, porque sé que a los niños que Dios se lleva de este mundo, cuando están en los primeros albores de la vida, Dios mismo los nutre con su mirada*. Engendró luego un segundo hijo, que recibió en la pila bautismal el nombre de Clodomiro. El niño habiendo caído enfermo el rey decía: *Ahora le sucederá igual que a su hermano, que se*

murió después de recibir el bautismo en nombre del Cristo de ustedes. Pero el Señor atendió los ruegos de la madre y le devolvió la salud a la criatura [496].

XXX - La reina no cejaba en sus prédicas al rey a fin de que reconociera al Dios verdadero y abandonara a los ídolos; sin que nada nunca llegara a conmoverlo hasta que en la guerra contra los alemanes, se vio forzado a confesar lo que hasta entonces había negado. Los dos ejércitos se batían con encarnecimiento lxxxviii, pero el de Clodoveo empezaba a ser desbaratado, lo cual percibió claramente por lo que alzó las manos al cielo, y con el corazón compungido y las lágrimas que le arreciaban en los ojos, dijo: *Jesús Cristo, ése que Clotilde afirma ser el Hijo del Dios vivo y que, se asegura, otorgas tu socorro a quienes están en peligro y das la victoria a los que esperan en ti, invoco la gloria de tu auxilio: Concédeme el triunfo sobre mis enemigos, dame la prueba de esa potencia, de la que tu pueblo afirma tener tantas evidencias, y creeré en ti haciéndome bautizar en tu nombre; pues imploré a mis dioses y éstos apartaron de mí su socorro, lo que me da a pensar que no tienen ningún poder, ya que no asisten a quien los sirve. Te invoco y deseo creer en ti: sólo permite que escape a mis enemigos.* No bien hubo pronunciado esas palabras cuando los alemanes volvieron la espalda, su rey había sido muerto y estaban a la desbandada, se rindieron a Clodoveo diciéndole: *Te imploramos que no hagas perecer nuestro pueblo, porque somos tuyos.* Clodoveo suspendió la masacre y tras someter a esa nación, regresó en paz a su reino, donde contó a la reina cómo había obtenido la victoria invocando el nombre de Cristo.

XXXI - Entonces la reina mandó llamar a san Remigio, obispo de Reims, suplicándole que insinuara las palabras de salvación al monarca. Y el obispo en secreto lo incitó a creer en el Dios verdadero, creador del cielo y de la tierra, y a aban-

donar sus ídolos que no eran de ningún auxilio ni para ellos mismos ni para los demás. Y Clodoveo dijo: *Santísimo padre con gusto te escuchó, pero hay que el pueblo que me obedece no quiere renunciar a sus dioses, iré pues a ellos y les hablaré conforme a tus palabras.* Antes de que les hablara, cuando estaba en medio de ellos, merced a la intervención de la potencia divina, todos de una voz se exclamaron: *Rey piadoso, rechazamos los dioses mortales y estamos listos a someternos a la ley del Dios inmortal que predica san Remigio.* Un mensajero llevó la noticia al obispo, y éste arrobado de la alegría dio órdenes para preparar las pilas sagradas. Los pórticos interiores de la iglesia están cubiertos con lienzos pintados y velos blancos; las pilas bautismales están allí, se han esparcido perfumes, los cirios ciegan de claridad, el templo entero desprende el bálsamo del olor divino, al tiempo que sobre la concurrencia Dios hace descender una gracia tan grande que se creían en el paraíso. El rey exigió al pontífice, ser bautizado primero. El nuevo Constantino avanza hacia el baptisterio a curarse de la antigua lepra que lo enfermaba, y lavar en esa agua nueva, las máculas repugnantes de su vida anterior. Mientras avanzaba al bautismo, el santo de Dios dijo con su boca elocuente: *Sicambrio* lxxxix*, agacha la cerviz: adora lo que quemaste, quema lo que adoraste.* Era san Remigio, un obispo de una ciencia egregia y entregado sobre todo al estudio de la retórica; y tan célebre por su santidad como para que sus virtudes se igualaran a las de san Silvestre. Existe un libro de su vida, donde se dice que resucitó a un muerto.

El rey, al reconocer la omnipotencia de Dios en la Trinidad, fue bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y se le ungió del santo crisma con la señal de la cruz. Más de tres mil hombres de su ejército fueron bautizados. Bautizaron también a su hermana Albofledis, que tiempo después fue a unírsele al Señor. El rey estaba muy afligido

por esa pérdida, y San Remigio le envió una epístola que empezaba: *Estoy tan acongojado como se debe por el tránsito de esta vida a la otra de Albofledis, pero debemos consolarnos porque antes merece nuestra envidia que nuestro llanto*. La otra hermana de Clodoveo, llamada Lanteclidis, que había caído en la herejía de los arrianos se convirtió y fue rebautizada tras confesar que el Hijo y el Espíritu Santo son iguales al Padre.

XXXII - Gundebaldo y su hermano Godegisilo reinaban sobre el reino de los burgundios, con localización en al provincia de Marsella y los alrededores de los ríos Ródano y Saona; adherían como sus sujetos a la secta arriana, y por entonces se hacían mutuamente la guerra. Godegisilo sabedor de los triunfos de Clodoveo, le envió en sigilo unos legados con la propuesta de que si le prestaba su auxilio en la guerra [500] contra su hermano y lo lograba matar o derrocar, le pagaría cada año el tributo que exigiera. Clodoveo consintió, bajo la promesa de que Godegisilo le brindaría su ayuda cuando la necesitara, y llegado el momento marchó con su ejército a enfrentar a Gundebaldo. Al anuncio del avance de los francos, Gundebaldo, ignorante del ardid de su hermano, le mandó decir: *Ven a mi socorro, porque los francos marchan contra nosotros, vienen a nuestro país para apropiárselo: unámonos en el rechazo de la nación enemiga de miedo que divisos suframos la suerte de los otros pueblos*. Éste respondió*: Iré con mi ejército a proporcionarte ayuda*. Los tres ejércitos, a saber el de Clodoveo contra los de Gundobaldo y Godegisilo, avanzaron con todo su aparato de guerra encontrándose cerca de un fuerte llamado Dijon. Llegaron a las armas cerca del río Ouche xc, donde Godegiselo se unió a Clodoveo y entre ambos desbarataron a Gundebaldo. El cual al descubrir la hasta entonces insospechada perfidia de su hermano, volvió la espalda y emprendió la huída a lo largo de las riberas del Ródano y de los cenagales que lo rodean para refugiarse

en la ciudad de Aviñon. Godegiselo se quedó con la victoria, cedió parte de sus estados a Clodoveo, y se retiró en paz, entrando a la ciudad de Vienne en triunfo, como si ya fuera él el único detentor del reino. Con fuerzas acrecentadas, Clodoveo se puso a la caza de Gundebaldo, pretendía obligarlo a salir de la ciudad y matarlo. Y Gundebaldo que se enteró, se sobrecogió temiendo la muerte próxima. En su compañía estaba un hombre célebre de nombre Aridio xci, esforzado y prudente, al que hizo venir y dijo: *Hacia donde me vuelva, me veo asediado de estratagemas, y ya no sé qué hacer, porque aquellos bárbaros avanzan, nos matarán y después arrasarán con el país.* Aridio respondió: *Para no perecer hay que aplacar la ferocidad de ese hombre. Ahora, si gusta, fingiré rehuirlo, refugiarme con él y haré de manera que no lo destruya ni a usted ni al país. Esté listo, empero, para concederle cuanto exija por mi consejo, hasta que la clemencia del Señor haga prosperar su causa.* Y Gundebaldo: *Haré todo lo que pides.* Dijo, se despidió y alejó, y cuando llegó ante el rey Clodoveo: *Aquí tienes, rey piadosísimo, a tu humilde esclavo que viene a buscar el abrigo de tu poderío tras abandonar al miserable Gundebaldo. Basta que tu clemencia digne mirarme, y hallarás en mí un servidor íntegro y fiel para ti y tus sucesores.* El rey lo recibió y conservó a su lado porque era jovial en sus relatos, prudente en sus consejos, recto en sus juicios y fiel en lo que se le confiaba. Cuando Clodoveo hubo establecido su campo bajo los muros de la ciudad, Aridio le dijo: *Si la gloria de tu grandeza, oh, rey, se digna escuchar los consejos de mi flaqueza aunque no los necesite, acaso podrían ser útiles a ti y al país que te propones poseer. ¿Para qué utilizar al ejército frente a un enemigo dueño de una plaza tan bien fortificada? Asolas las campañas, arruinas los cultivos, devastas las praderas, tronchas las viñas, derribas los olivos; destruyes los productos de un país y sin embargo no logras llegar hasta sus habitantes. Envía mejor legados e impónles un*

tributo anual, para que esta comarca sea liberada y tú el dueño de los tributarios. Pero en caso de que Gundebaldo se niege, procede entonces a tu gusto. El rey escuchó este consejo y mandó a sus guerreros tornar a sus casas. La diputación enviada a Gundebaldo, le prescribía pagar con exactitud un tributo anual, el que Gundebaldo pagó incontinente con la promesa de satisfacer su cumplimiento posterior.

XXXIII - Hacia tiempo que Gundebaldo había retomado fuerzas y, no obstante sus promesas, dejado de pagar su tributo a Clodoveo, cuando salió con su ejército en contra de su hermano Godegiselo, a quien sitió en la ciudad de Vienne. Los víveres ya empezaban a faltar entre el bajo pueblo, y Godegiselo temeroso de que la hambruna lo pudiera alcanzar expulsó a los pobres de la ciudad. Entre ellos había un obrero encargado del cuidado de los acueductos, el cual furioso de verse expelido junto con los demás, fue a ver a Gundebaldo y le indicó un emplazamiento por donde podría invadir la ciudad y vengarse así de su hermano. A la cabeza del ejército, el obrero guió a las tropas por el acueducto, a las tropas las precedía una gran cantidad de hombres armados con palancas de fierro con qué despejar un respiradero bloqueado con una piedra enorme. La piedra la volcaron bajo la dirección del obrero y penetraron en la ciudad sorprendiendo a los defensores por la espalda mientras aquellos lanzaban flechas desde lo alto de las murallas. Los sitiadores sonaron las trompetas en medio de la plaza, luego corrieron a las puertas que abrieron, precipitándose los de afuera en su interior, y durante el enfrentamiento a lo largo y ancho de las calles entre ambos ejércitos se masacró de un lado y otro al pueblo. Godegiselo buscó refugio en la iglesia de los heréticos en donde igual que al obispo arriano, se le mató. Los francos entonces presentes en la ciudad se recogieron en una sola torre, Gundebaldo ordenó que se les respetara, y tras hacerlos prisioneros, los envió al exilio a Tolo-

sa a la corte del rey Alarico; pero a los burgundios y senadores del partido de Godegiselo sí los mandó pasar a cuchilla. Así estableció su dominio sobre todo el país que hoy se llama Borgoña, sobre el que después instituiría leyes menos opresoras para los romanos. xcii

XXXIV - Porque reconoció que las aserciones de los heréticos no eran nada, y confesó también que el Cristo, hijo de Dios, y el Espíritu Santo son iguales al Padre, Gundebaldo le pidió en secreto a San Avito ser rebautizado. xciii El pontífice dijo: *A aquel que me confiese y reconozca entre los hombres, yo lo reconoceré frente a mi padre que está en los cielos; pero aquel que me deserte entre los hombres, yo lo desertaré frente a mi padre que está en los cielos.* xciv *Así hablaba el Señor a sus santos y bienaventurados apóstoles al anunciarles las pruebas de la persecución futura: Los pondrán bajo una guardia de hombres para hacerlos comparecer en la asamblea y los azotarán en sus sinagogas; luego a causa mía se les llevará ante los gobernadores y los reyes para servir de testimonio a ellos y a las naciones.* xcv *Pero tú que eres rey, no temes la prisión, sino la rebelión del pueblo y por eso callas, en presencia de todos, al Creador. Abandona ese necio error y cuanto en el secreto del corazón dices creer, que lo confiese en medio del pueblo tu boca. Un santo apóstol dijo que: Para estar justificado hay que creer de corazón y confesar con palabras la fe, entonces se merecerá la salvación.* xcvi *También dijo el profeta: En medio de la asamblea clamaré las alabanzas del Señor; lo alabaré entre la muchedumbre.* xcvii *Y así mismo: Cantaré y su gloria resonará en los instrumentos.* xcviii *Temes el pueblo, oh, rey, ignoras acaso que seguirá tu fe y que no debes favorecer sus flaquezas, puesto que eres el jefe mientras el pueblo no es tu jefe. Caminas en la guerra a la cabeza de tus guerreros los cuales te siguen a donde los lleves. Más vale que siguiendo tus pasos conozcan la verdad a que, después de tu muerte, permanezcan en el error pues con Dios no se juega, ni*

ama tampoco a quien por un reino terrestre lo calla en el mundo. Aunque desconcertado por la fuerza de ese razonamiento, Gundebaldo persistió hasta el final de su vida en su necia conducta sin confesar jamás públicamente la igualdad de la Trinidad. El bienaventurado Avito era un hombre de gran elocuencia, y como por entonces en la ciudad de Constantinopla se propagaban las herejías de Eutiques y de Sabelio xcix, refutadores de toda divinidad en Nuestro Señor Jesús Cristo; Avito a la demanda del rey Gundobaldo escribió contra ellos. Han llegado hasta nosotros cartas admirables que actualmente edifican a la iglesia de Dios como antes confundieron a la herejía. Compuso un libro de homilías sobre el origen del mundo, seis libros en verso sobre diferentes sujetos, y nueve libros de cartas incluyendo aquellas de que hablamos. c En una homilía sobre las Rogaciones, cuenta como las Rogaciones que celebramos antes del triunfo de la Ascensión del Señor fueron instituidas por Mamerto, el obispo de la ciudad de Vienne de la que Avito era pontífice, con motivo de un número impresionante de prodigios que espantaron a sus habitantes. La tierra temblaba y los lobos junto a otras fieras bajaron a deambular hasta las calles de la ciudad. Esto duraba ya un tiempo, y antes de la llegada de la Pascua, el pueblo fiel tuvo la esperanza de que la misericordia de Dios pondría fin a su espanto precisamente ese día de gran solemnidad. Pero de pronto la víspera de esa noche gloriosa, el palacio real se abrasó en llamas divinas, y la gente salió despavorida de la iglesia temiendo que el fuego consumiera toda la ciudad y la tierra resentida se la fuera a tragar. El santo obispo se prosternó ante el altar y, entre lamentaciones y lágrimas, solicitó la misericordia de Dios. ¿Qué más puedo agregar? La oración del ínclito pontífice llegó hasta los cielos, y fue con su río de lágrimas que se apagó el incendio del palacio. Esto sucedía mientras se aproximaba el día de la Ascensión del Señor, así que prescribió

ayuno a los pueblos y estableció la forma de las oraciones además del orden a seguir en las lecturas piadosas, cuyo conjunto constituye la celebración de las Rogaciones. Como las causas de espanto se disiparon y la noticia se difundió por todas las provincias, los obispos decidieron imitar aquello que su fe profunda inspiró a Mamerto. Hoy, en el nombre de Jesús Cristo y con el corazón compungido y el alma contrita, aún se llevan a cabo esas ceremonias en las iglesias.

XXXV - Alarico, el rey de los godos, testigo de la continuas conquistas de Clodoveo, le dirigió unos legados diciendo: *Si mi hermano quiere y Dios nos es también propicio, es mi deseo que nos veamos* cii. Clodoveo consintió y fue hacia él. Se encontraron en una isla del Loira, cercana al burgo de Ambroise en el territorio de la ciudad de Tours. Discurrieron, comieron y bebieron juntos, y tras prometerse mutua amistad, se retiraron en paz.

XXXVI - Muchos en las Galias deseaban pasar bajo el dominio de los francos. A Quinciano, el obispo de Rodez, se le odiaba por esta razón y se le expulsó de la ciudad. Le dijeron: *Ya que tu deseo es que la dominación franca se extienda hasta estas tierras.* Días después de la gresca entre él y los ciudadanos, como éstos insistían en que quería someterlos a los francos, los godos con morada en esta ciudad sospecharon a su vez de él y tras reunirse a deliberar decidieron matarlo. Al hombre de Dios, empero, lo previnieron y en medio de la noche se levantó para, en compañía de sus más fieles ministros, abandonar la ciudad de Rodez. Se retiró a Auvernia en donde el obispo San Eufrasio que había sucedido a Aprunculo de Dijon, lo recibió con bondad y el regalo de varias casas y campos con viñas, y lo conservó a su lado diciendo: *La renta de esta iglesia es lo suficientemente considerable para sostenernos a los dos y se ejerza, entre los pontífices de Dios al menos, la caridad que pide el santo apóstol*. El obis-

po de Lyon le cedió también algunas propiedades de su iglesia ubicadas en Auvernia. En lo que respecta a San Quinciano y a los males que padeció, así como sobre las cosas que por su medio realizó Dios, está escrito en el libro de su vida. ciii

XXXVII - Fue por entonces que el rey dijo a los suyos [507]: *Me pesa que esos arrianos tengan parte de las Galias. Marchemos pues y con la ayuda de Dios, venzámoslos y pongamos la tierra bajo nuestro dominio*. Como este discurso fue del gusto de todos, el ejército se dirigió hacia Poitiers donde se encontraba a la sazón Alarico. Y aunque una porción vino a pasar por Tours, el rey en reverencia a San Martín, dio la orden de no abastecerse allí más que de verduras y agua. Un soldado, sin embargo, le tomó una bota de heno a un pobre hombre argumentando: *¿Acaso no nos permitió el rey avituallarnos de hierbas? Y, puesto que es hierba, en nada transgredimos si la tomamos*. Violentó entonces al pobre hombre al que acabó por arrancarle el pienso a fuerzas. Todo lo cual se reportó al rey que abatió al soldado con su espada diciendo: *¿Dónde pondremos nuestra esperanza de victoria, si ofendemos así a San Martín?* Ejemplo que bastó para evitar que el ejército se proveyera en el país. Luego envió mensajeros a la basílica del santo con estas palabras: *Vayan y busquen un presagio de victoria en el santo templo*. Les dio también regalos para adornar el lugar santo y agregó: *Señor, si me eres propicio y has decidido entregarme a esa nación incrédula y todavía enemiga de tu nombre, dígnate hacerme una señal en la entrada de la basílica de San Martín, que sepa que favoreces a tu servidor*. Los mensajeros se apresuraron a llegar a la santa basílica, de acuerdo a las órdenes del rey, y en el momento en que entraban el primer chantre entonó de repente esta antífona: *Señor, tú que me has revestido con la fuerza para la guerra, y has derribado a quienes se levantaron en mi contra, y haz hecho volver las espaldas a mis enemigos y ex-*

terminado a los que me odiaban. cv Tan pronto como oyeron este salmo, dieron gracias a Dios, presentaron los dones al santo confesor y tornaron felices al rey. El ejército había alcanzado los bordes del río Vienne, desbordado y henchido por las grandes lluvias, y no sabían por qué lugar cruzarlo. En la noche, el rey pidió a Dios que se dignara señalarles un vado, y en la mañana siguiente una cierva enorme cruzó el río, ante la vista del ejército y por orden de Dios, mostrando el sitio por dónde se podía pasar. Ya en el territorio de Poitiers, el rey había sentado su tienda sobre una elevación, y desde allí vio a lo lejos un fuego proveniente de la basílica de San Hilario que parecía subir y venir hacia él, como para indicarle que con el auxilio del santo confesor Hilario triunfaría más fácilmente de aquellas tropas heréticas contra las que ese sacerdote también luchó por su fe. Al ejército, le prohibió Clodoveo despojar a nadie de sus pertenencias, ni en la ciudad ni sobre el camino.

Había en ese tiempo, un hombre de una santidad admirable, el abad Maxencio, recluso en su temor de Dios en su monasterio ubicado en el interior del territorio de Poitiers. Monasterio cuyo nombre no damos, porque el lugar se llama hoy todavía la capilla de San Maxencio. Cuando los monjes vieron que las tropas se aproximaban al monasterio, rogaron a su abad que saliera de su célula a exhortar a los intrusos para que se alejaran. Pero espantados de ver que se tomaba su tiempo, abrieron la puerta de su célula y lo sacaron. Maxencio avanzó lleno de valor al encuentro de la milicia, como para pedirles la paz. Un soldado había sacado su espada para tajarle la cabeza, pero la mano que levantó y tenía a la altura de la oreja de Maxencio, se le entumeció y la espada se le fue de las manos, enseguida cayó sin movimiento a los pies del santo hombre. Lo cual muy bien visto por los demás, la banda suelta de los soldados se volvió hacia el grueso del ejército, temerosa de incurrir la misma suerte. El san-

to confesor tocó entonces con agua bendita el brazo del soldado, le impuso la señal de la cruz y le restituyó así la salud. Fue por su intervención que no se ultrajó el monasterio. Realizó además muchos milagros, y el lector que esté interesado los encontrará todos en el libro de su vida. Esto sucedió durante el vigésimo quinto año del reino de Clodoveo.

El rey Clodoveo y Alarico, el rey de los godos, se enfrentaron en el campo de Vouillé, a tres leguas de la ciudad de Poitiers. cvi Lucharon de lejos, los godos negándose al cuerpo a cuerpo, y Clodoveo obtuvo la victoria cuando éstos huyeron a su costumbre. Tuvo también como aliado al hijo de Sigeberto Claudio, de nombre Cloderic. Este Sigeberto estaba cojo de una herida recibida en la batalla de Tolbiac contra los alemanes. Más adelante cuando acababan de matar al rey Alarico y los godos emprendían la huída, dos soldados atacaron a Clodoveo con lanzas por la espalda y por ambos costados. Aunque merced a la buena calidad de su loriga y a su caballo veloz, se salvó de perecer. Sucumbieron en esta batalla un gran número de ciudadanos de Auvernia que habían venido con Apolinario cviii, y muchos senadores. Amalaric, el hijo de Alarico, se retiró a España donde gobernó con prudencia el reino de su padre. Clodoveo envió a su hijo Teodorico hacia Auvernia por el camino de Albi y Rodez, y a su paso fue sometiendo todas las ciudades al dominio de su padre, desde la frontera con los godos hasta la de los burgundios cix. Alarico reinó veintidós años. Clodoveo pasó el invierno en la ciudad de Burdeos y trajo de Toulouse los tesoros de Alarico, después marchó contra la ciudad de Angulema. Dios le tributó tanta gracia que a su vista los muros se desmoronaban por sí solos. Tras echar a los godos puso bajo su poder a esta ciudad, y tras completar su victoria regresó a Tours y ofreció a la santa basílica del bienaventurado Martín muchos presentes [508].

XXXVIII - Clodoveo recibiría las cartas de cónsul cx del emperador Anastasio; y fue en la basílica de San Martín en donde se le revistió de la túnica púrpura y de la clámide, y colocó la corona sobre su cabeza. Después montó a caballo y, en una manifestación de extrema benevolencia, distribuyó él mismo oro y plata al pueblo aglutinado sobre el camino que va de la puerta del vestíbulo de la basílica de San Martín, a la iglesia de la ciudad. A partir de ese día se le dio el título de cónsul o Augusto. Posteriormente partió de Tours y fue a París, ciudad que eligió para sede de su imperio. Aquí vino Teodorico a su encuentro.

XXXIX - A la muerte del obispo de Tours, Eustaquio; Licinio fue creado octavo obispo después de San Martín. Durante su pontificado vino Clodoveo a Tours y tuvo lugar la guerra sobre la que recién escribimos. Se cuenta que este obispo viajó a oriente, que visitó los lugares santos y llegó hasta Jerusalén, donde contempló el escenario de la pasión y resurrección del Señor, según leemos en los Evangelios.

XL - Durante su estancia en París [508], Clodoveo dirigió en secreto mensajeros al hijo de Sigeberto quienes le dijeron: *Tu padre está viejo y cojea de su pie enfermo, si viniera a morir el reino por derecho y mediante nuestra amistad te pertenecería.* Presa de la ambición, Cloderic planeó matar a su padre. Sigeberto había salido de la ciudad de Colonia y cruzado el Rin para adentrarse en el bosque de Buconia. Su hijo con la esperanza de apoderarse de su reino envió homicidas que lo asesinaron a medio día mientras dormía en su tienda. Pero merced al juicio de Dios cayó el mismo en la fosa que había cavado para su padre. Porque no bien aconteció esto, mandó mensajeros al rey Clodoveo para anunciarle la muerte de su padre: *Mi padre*, dijo, *está muerto, tengo en mi poder sus tesoros y su reino. Envíame ahora algunos de tus hombres, y de buena voluntad les entregaré los tesoros que elijan.* Clo-

doveo le respondió: *Te rindo gracias por tu buena voluntad, y te pido que primero muestres los tesoros a mis legados, antes de que todos pasen a tu propiedad.* Y Cloderic les fue mostrando a los legados los tesoros de su padre. Mientras los examinaban el príncipe dijo: *En este cofre solía guardar mi padre sus monedas de oro.* Le dijeron: *Mete la mano al fondo a fin de sacar todo.* Y como éste así lo hizo, y estaba inclinado, uno de los legados levantó su francisca y se la soltó sobre el cráneo. De esta manera el hijo indigno sufrió la misma muerte que dio a su padre. Cuando llegó a los oídos de Clodoveo que Sigeberto y su hijo habían sido muertos, fue en persona a la ciudad y tras convocar al pueblo entero dijo: *Escuchen lo que pasó. Mientras navegaba sobre el Escault, supe que Cloderic, el hijo de mi pariente, atormentaba a su padre con la mentira de que yo lo quería matar. Y mientras Sigeberto espantado quiso huir y se adentró en el bosque de Buconia, Cloderic envió asesinos que le dieron muerte. A Cloderic también alguien, ignoro quién, lo asesinó cuando abría los tesoros de su padre. En cuanto a mí, yo no soy ni puedo ser cómplice de esos crímenes. ¿Cómo podría derramar la sangre de mis parientes, cuando sé que está prohibido? Pero puesto que los crímenes sucedieron, les quiero dar un consejo, si les agrada acéptenlo. Recurran a mí, pónganse bajo mi protección.* El pueblo respondió a estas palabras con aplausos de mano y boca, enseguida lo izaron sobre un escudo y crearon rey. Clodoveo recibió pues los tesoros de Sigeberto y su reino que agregó a su dominio. Y así a diario, Dios hacía caer a sus enemigos bajo su brazo y acrecentaba su reino, porque caminaba con el corazón recto cxii y realizaba las cosas que son agradables a sus ojos.

XLI - Después dirigió su ejército contra el rey Cararic cxiii. En la guerra contra Siagrio, Clodoveo le había pedido su ayuda, pero Cararic no acorrió en su auxilio ni tomó tampoco ningún partido, limitándose a esperar el fin de la batalla

para aliarse con el triunfador. Indignado por este proceder, Clodoveo avanzó contra él, lo rodeó de trampas e hizo prisionero junto con su hijo. Luego vio que los raparan a ambos y ordenaran al uno sacerdote, y al hijo diácono. Un día en que Cararic se afligía de su humillación y lloraba, su hijo le dijo: *Estas ramas las cortaron a un árbol vivo y verde que no se secará y echará rápidamente nuevas. Plugiera al cielo que quien lo hizo muera con la misma rapidez*. Estas palabras se reportaron a Clodoveo, que creyó lo amenazaban con dejarse crecer el cabello y matarlo, por lo que mandó degollarlos a los dos. A su muerte se apropió de su reino, de sus tesoros y sujetos.

XLII - Había por entonces en Cambrai un rey llamado Rañacario tan disoluto en su orgías que es si apenas respetaba a sus parientes. Tenía un consejero de nombre Farron que bañaba también en los mismos excesos. Se cuenta que cuando llevaban al rey un platillo o presente, se tratara del objeto que fuera, tenía la costumbre de decir que era para él y Farron, lo que ponía a los francos en una cólera negra, Y Clodoveo para incitarlos todavía más contra su rey, mandó fabricar unos brazaletes y tahalíes en oro falso (en cobre dolosamente recubierto de oro) y se los dio a los leudes cxiv de Rañacario. Luego procedió a mover su ejército contra él. Rañacario que contaba con espías para mantenerse informado, les preguntó cuando volvieron sobre la fuerza de ese ejército y ellos le respondieron: *Es un refuerzo importante para ti y tu Farron*. Clodoveo, no obstante, combatió y venció a su ejército, y Rañacario se preparaba a huir cuando lo detuvieron unos soldados y lo condujeron, a la par que a su hermano Ricario, con las manos atadas en la espalda en presencia de Clodoveo. Éste le dijo: *¿Porqué cubres de vergüenza a tu familia dejándote atar? Más te valdría morir*, y después de alzar el hacha la abatió sobre su cabeza. Luego se voltio hacia el hermano y le dijo: *Si lo hubieras socorrido no lo ha-*

brían atado, y le dio igual con el hacha. Tras la muerte de ambos, aquellos que los habían traicionado vieron que el oro de Clodoveo era falso, y se dirigieron a él. Se asegura que les respondió: *Aquel que de su propia voluntad, lleva a su señor a la muerte sólo merece este oro*, complementando el discurso con el aviso de que debían contentarse con estar en vida, a menos de que prefirieran expiar su traición en los tormentos. Al oír esto, ellos deseosos de ganar su favor, le certificaron que se daban por muy satisfechos si les dejaba la vida. Los reyes de los que hablamos eran todos parientes de Clodoveo. A Renomir lo asesinaron por orden suya en la ciudad de Mans. Y siempre después de las muertes, Clodoveo recuperaba los reinos y los tesoros. Mató a muchos otros reyes, sus parientes, y aún a los más cercanos, de miedo que le quitaran su reino, logrando extender su dominio sobre toda la Galia. Se comenta, sin embargo, como en cierta ocasión en que había reunido a sus hombres, llegó a comentar respecto al mundo de parientes que había hecho perecer: *¡Ay de mí! Que me quede como un peregrino en país extranjero, sin parientes para socorrerme cuando venga la adversidad!* Si bien no hablaba así porque estuviera acongojado, sino para ver si alguien le revelaba la existencia de algún pariente que pudiera aún matar.

XLIII - Las cosas sucedieron así y Clodoveo murió en París donde se le enterró en la basílica de los Santos Apóstoles cxv que él mismo había hecho construir junto con la reina Clotilde. Murió cxvi cinco años después de la batalla de Vouillé. Su reino tuvo una duración de treinta años y, de cuarenta y cinco, su vida. Se cuentan ciento doce años de la muerte de San Martín a la suya, acaecida en el onceavo año del pontificado de Licinio, el obispo de Tours. Tras la muerte de su marido, la reina Clotilde vino a Tours, y estableció su residencia en la basílica de San Martín, aquí vivió hasta el fi-

nal de sus días, llena de virtudes y de bondad, y visitando muy poco París.

NOTAS

i Llamado así por una corrupción moderna. Gregorio escribe *Laudiacus* o *Mons Laudacius.*

ii Fue Gensérico, y no Trasamundo, quien sucedió a su hermano Gunderico y lidereó a los vándalos a Africa en 428. Trasamundo reinó en Africa de 496 a 523.

iii Los vándalos pasaron a África conducidos por Gerseric en 438. Los alemanes los habían perseguido hasta Tarifa, Gregorio dice *Traducta*: pero la ciudad de Tarifa en el estrecho de Gibraltar se llamaba *Julia Traducta.*

iv Honeric sucedió a su padre Genserico y tuvo como sucesor a Guntamundo y, a éste le sucedió Trasamundo.

v Mateo, 5,13.

[1] Guizot traduce: Celui qui a déjà été lavé n'a plus besoin que de se laver les pieds. En el texto: *Qui semel lotus est, non habet necessitatem iterum lavandi?*

vi Celui qui a déjà été lavé n'a plus besoin que de se laver les pieds. Juan, 13, 10.

vii Filipenses, 1, 21.

viii Mateo, 10, 28.

[2] En el texto latino: insuper multas per eum virtutes Christus ostenderit: reveló con la virtud de Cristo

[3] En el texto latino interjución: Vae mihi!

ix Marcos, 9, 23.

[4] En el texto latino: signa, señales, indicios.

[5] En el texto latíno: *ad cuius nunc sepulchrum multae virtutis et creberriame ostenduntur.*

x Epístolas a los Romanos, 8, 18.

xi No muerte sino expulsión.

xii Childeric [Hilderic] no sucedió inmediatamente a su padre Humeric. Tras la muerte de éste, Guntamundo, el mayor de los príncipes de sangre, fue rey de los vándalos. A Guntamundo lo remplazó Trasamundo, Childeric sólo ascendió al trono tras su deceso en 523. Childeric muere en 530, y es su sucesor Gelimer, Gelesimer o Childimer quien fue vencido y destronado por Belisario el mismo año de su elevación al trono.

xiii Se trata de San Servacio, obispo de Tongres hacia 384.

xiv Gloria de los confesores, 72.

xv En relación al sitio de Orleans, consultar las Cartas de Sidonio Apolinar,, 8, 15.

xvi General romano [magíster militum] encargado de la defensa de esa parte de las Galias.

xvii Méry-sur-Seine, *Mauriacum.*

xviii En esa época, los alanes se habían establecido al sur del río Loira.

xix Historiador conocido únicamente por esta cita de Gregorio.

xx En el texto latín: divino.

xxi Gregorio lo ignoraba y omité decir que nadie sabía, acaso por tratarse de un punto sensible.

xii Historiador conocido, al igual que Renato Frigeridius, únicamente por la cita de Gregorio.

xxiii Provincia romana en el margen izquierdo del Rin. [Probablemente Germania segunda cuya capital era Colonia]

xxiv Ciudad capital de la provincia de Bélgica primera.

xxv Cerca de Colonia.

[6] Se trata de los jinetes desmontados, no de los infantes.

xxvi Cada legión romana tenía un nombre. Este provenía del emperador Diocleciano, cuyo nombre era también *Jovius.*

xxvii En el texto: *Francorum regalibus.* Pero es de creerse que Sulpicio Alejandro lo entendía como *regibus.*

xxviii Arbogastes era él mismo un franco al servicio de los romanos.

xxix Vivían en las márgenes del Ruhr y del Lippe, afluentes del Rin.

xxx Al noroeste de los brúcteros, a lo largo del Yssel. [Los brúcteros se instalarán en la región de Colonia y Coblenz, serán los francos ripuarios]

[7] *Chamavi* en el texto latín, traducido al francés como Chamamiens, corresponde a Chamaves quienes se instalarán en la región de Tournai y Cambrai, serán los francos salianos.

xxxi Los amsívaros y los catos formaban parte, como los brúcteros, de la confederación de los francos. Los primeros ocupaban las orillas del Ems (Amps), mientras los catos se extendían desde Sieg hasta Fulde.

xxxiii Rey o jefe de una tribu de los alanes.

xxxiv Simple soldado de la legión romana acuartelada en Gran Bretaña que se declaró emperador en 407.

[8] Tanto Constantino III como su hijo Constante reciben el título de tíranos en el texto latino. El traslado de la legión de la Bretaña al continente se considera que contribuyó a la pérdida de la isla por Roma.

xxxv Es el Rústico del que habla Sidonio Apolinar en el libro V, epístola 9.

xxxvi La Galia ulterior o citerior, no señala una división geográfica, sino que refiere a la ubicación del que habla: la región de Galia o alejada o próxima a él.

xxxvii Primero en 398 y una segunda vez en 399.

xxxviii En el capítulo XXVIII, Orosio no habla de Estilicón sino de los vándalos y de otros bárbaros.

xxxix Opinión que no se halla más que en nuestro autor.

[9] El Rin en la lectura latina.

xl La cabellera larga sobre los hombros, fue hasta la extinción de su dinastía, la seña distintiva de los príncipes merovingios.

xli Un tipo de almanaque que contenía la lista de los cónsules de Roma con la indicación de los años de sus cargos. Sus poseedores apuntaban a veces en sus márgenes los acontecimientos importantes de cada año. Al terminarse la autoridad romana, el libreto se compusó únicamente del número de año y de informaciones cronológicas. Se les llamó entonces Crónicas.

xlii *Dispargum castrum* de ubicación incierta. Ya Duisburg sobre el Rin, ya Duysborch entre Louvain y Bruselas, o bien Dietz o Diestheim.

xliii Éxodo, 20, 3-4. Para éste y los extractos siguientes, Gregorio parece citar de memoria, da el sentido y no el texto de los libros hébreos.

xliv Deuteronomio, 6, 13.

xlv Éxodo, 32,4.

xlvi Salmo, 95, 5.

xlvii Salmo, 113, 12-16.

xlviii Salmo, 96, 7.

xlix Jeremías, 10, 11.

l Isaías, 14, 22.

li Jeremías, 14, 22.

lii Aimoin en el siglo X, lo llama Viomade (II,7).

liii La mayoría de los manuscritos lo llaman Basyno, y otras Bassin.

liv Este capítulo más teñido de poesía que de historia parece sacado de algún canto nacional franco.

lv De esta carta no se conoce más que esta cita. Algunos identifican a su autor con Paulino, obispo de Nole, para lo que no hay confirmación.

lvi Vulgarmente San Rotiri o Rústico, el 24 de septiembre es el día de su fiesta.

lvii Respecto a esta iglesia famosa por los anales, véase también Gregorio de Tours, *Milagros de San Martín*, libro I; Sidonio Apolinar, libro IV, epístola 18, así como el trabajo de M. Lenormant en adición a la edición de Gregorio dada por Guadet y Taranne en 1836.

[10] Quicherat, Jules, *Restitution de la basilique de Saint-Martin de Tours, d'après Grégoire de Tours et les autres textes anciens* [extrait de la "Revue archéologique"], Paris : Didier, 1869. – In-8°.

[11] Considerado santo nacional durante el período merovingio al igual que los santos Dionisio y Privado. Su fiesta es el 22 de agosto.

lviii Se trata de la catedral actual muchas veces reconstruida. [Dom Ruinart]

[12] Se trata aparentemente del *Acta sincera* de Dom Ruinart, 1883.

lix Gregorio habla en varias ocasiones de pinturas de las iglesias. Ver libros 6 y 10.

[13] Primera palabra de la oración antes de la comida, que empieza por: *Bendice, Señor, estos alimentos…*

lx Esta parte del texto parece construida a partir de frases recopiadas por Gregorio de las crónicas, y carecen de claridad.

lxi Piratas acantonados en las islas del Loira

lxii por los visigodos en el año 469 o 470. [Dom Bouquet]

lxiii La primera provincia Narbonense incluía las ciudades de Tolosa, Beziers, Agde, Nimes, Maguelonne y Lodeve.

[14] En la traducción de Guizot se explícita que se trata de Clermont.

lxiv No se trata de la basílica de Vieille-Brioude como lo creyó Fredegario, sino de la basílica consagrada a San Julian en la ciudad de Clermont. [Dom Ruinart]

[15] Ubicación ausente del texto latín que sí específica la traducción francesa.

lxv Se cree que es él el destinatario de la carta 8 del libro III de Sidonio Apolinar.

[16] *Salutarium* en el texto latino, Guizot da: sagrario.

lxvi Sidonio Apolinar, el escritor, fue prefecto de Roma en 467 bajo el emperador Procopio Antemio. Se le nombró obispo en 471.

lxvii Papianila. Sidonio la desposó antes de que el padre de ella fuera emperador.

lxviii Vida de los padres, cap. III.

lxix Obra perdida de Gregorio, conocida únicamente por este pasaje.

lxx Colgaduras baratas servían de puertas en el interior de las casas.

lxxi El 21 de agosto de 498 o 499, Histoire Littéraire de la France, t. 2, 557.

lxxi Los francos eran los únicos conquistadores no arrianos de las Galias, el clero católico auspició con frencuencia sus invasiones.

lxxiii Ecdicio, hijo del emperador Avito y hermano de Papianila, mujer de Sidonio. Ver las Cartas de Sidonio, libro III, 3; V, 16.

lxxiv Sidonio dice 18.

lxxv El texto dice las *dos Germanias*, se trata evidentemente de un error. Según lo pone de manifiesto la carta de Sidonio a Basilio, libro X. Cap. XXXI.

lxxvi En 490 o 491, *Histoire littéraire de la France*, II, 662. Sobre Perpetuo, Volusiano y Vero, ver el libro diez.

lxxvii En Tournai. Su tumba se descubrió en 1953, la mayoría de los objetos se encuentran en el Cabinet des Antiques de la Grande Bibliothèque de París y en el Museo del Louvre.

lxxviii En 481.

lxxix Rey de los francos de Cambrai.

[17] En la traducción francesa aparece como *roi Marie*, rey María, no obstante el texto latín dé Alarico.

lxxx Se trata de San Remigio, según lo afirman Fredegario, Hincmar, Frodoardo, etc.

lxxxi Gregorio pone papa en boca de Clodoveo.

[18] Grande hacha de dos filos.

[19] Existe una discusión respecto a si se trata del mismo jarrón, o del que durante el reparto le cupo en suerte a Clodoveo. El material del jarrón determina la posibilidad de que se hubiera o no roto.

lxxxiii En la revista que el rey pasaba cada 1° de marzo a sus tropas.

lxxxiv Todos los autores acusan a Gregorio de equivocarse haciendo descender a Gondioc de Atanaric, cuando el autor sólo dice que era de la raza de los perseguidores: *Gundeuchus ex genere Athanarici regis persecutories.*

[20] Antes portaba el nombre de Sedeleuba.

lxxxxv La mayoría de los manúscritos los llaman *Chrotechildis.*

lxxxvi Virgilio, *La Eneida*, I, 46.

lxxxvii Por lo general se adminstraba el bautismo en la víspera de la Pascua. Los catecúmenos llegaban vestidos de blanco y conservaban estas ropas hasta el domingo después de Pascua, que se llamaba por eso *dominica in albis.*

lxxxviii En 496 en Tolbiac, hoy Zülpich, cerca de Colonia.

lxxxix Los sicambrios era una tribu importante de la nación de los francos. Su nombre proviene del río Sieg que atravesaba uno de sus países de origen.

xc Mario dice que esta batalla tuvo lugar bajo el consulado de Patricio e Hipacio, ésto es en 500. [Dom Ruinart]

xci Seguramente el mismo del que se habla en los relatos sobre las controversias en presencia de Gundebaldo, entre obispos católicos y arrianos que menciona Fredegario en su continuación de la Historia de los Francos.

xcii La ley de los burgundios es el más antiguo de los códigos bárbaros, su redacción es anterior a la conquista del reino borgoñón por los francos [534]. Lo que no se puede afirmar con seguridad es que la forma actual en que se le conoce daté de Gundebaldo, a pesar de que haya tomado su nombre (ley Gombetta) [...] Al parecer el prefacio está divido en 2 partes distintas, y es sólo en la segunda que se hace mención del reino de Gundebaldo. Pero debe de considerarse que varios manuscritos dan Segismundo (el

nombre de su hijo) en lugar de Gundebaldo y que, el segundo año del reino de Segismundo [517], coincide con la fecha más antigua hallada para la recopilación de la ley Gombetta. Es pues probable que Gundebaldo mandara redactar una primera recopilación [...] y que Segismundo la hiciera acompletar en 517. [M. De Savigny, Historia del derecho romano en el medioevo, t.2, p.1-4, en alemán.]

xciii Hubo una conferencia entre obispos católicos y arrianos en presencia de Gundebaldo, sin que se hablara nunca de la conversión de Gundebaldo. Ver la carta 2 de Avito a Gundebaldo.

xciv Mateo, 10, 32-33.

xcv *Ibid.,* 17-18.

xcvi Romanos, 10, 10.

xcvii Psalmos, 34, 18.

xcviii *Ibid.*, 56,7.

ic Heresiarcas de oriente. Sabelio del siglo III, Eutiques siglo V.

c Una parte de sus obras se conserva, en particular sus homelías.

cii Hay desacuerdo en relación a la fecha de esta entrevista que habría tenido lugar en 504, 506 o 498.

ciii Gregorio de Tours, *Vida de los santos padres*, cap. IV.

cv Salmos, 17, 39-40.

cvi En 507. En Vivonne según el abad Lebeuf.

cviii Hijo de Sidonio Apolinar y nacido antes del ascenso al episcopado de su padre.

cix El rey de los francos parece haber sido dirigido en esta guerra por el obispo de Reims Remigio. Este obispo le dio instrucciones precisas sobre lo que debía hacer y evitar, y Clodoveo lo mantenía informado de la forma como se desarrollaba la guerra. Dom Ruinart consigna dos cartas con los consejos del obispo, al final de su edición de las obras de Gregorio de Tours.

cx Clodoveo no fue nombrado cónsul, sino que únicamente se le revistió de los honores consulares, honor concedido con cierta frecuencia por la corte de Constantinopla. A los cónsules se les inscribía siempre en los Fastos y sus nombres servían a designar el año, el nombre de Clodoveo no aparece. (Historia de los Francos, por M. Sismondi, t.1, p. 228.)

cxii Literalmente en el texto: porque caminaba con el corazón recto en el camino del Señor *eo quad ambularet*. Pero esta expresión en medio de los crímenes narrados aquí denotaría en Gregorio una perversión de la que hay lugar de sorprenderse, y respecto a la cual los historiadores se han con razón indignado. Nos parece más natural [creer] que el latín algo deficiente del santo obispo lo desvió del camino que seguían sus pensamientos. [Guizot]

cxiii Hacia el año 509. Se trata de un jefe franco establecido en Terouanne.

cxiv Los leudes o fieles eran los compañeros de los jefes bárbaros al que juraban fidelidad, formaban un grupo alrededor de su persona que lo acompañaba a la guerra. A cambio recibían de él presentes que, en tiempos de Tacito y según lo que él dice, eran caballos y armas. Cuando empezaron a recibir tierras los leudes se convierten en vasallos. (Ver Ensayos sobre la Historia de Francia, por M. Guizot, Ensayo 4º, cap. I y II.)

cxv De san Pedro y San Pablo. En el siglo X, está iglesia tomó el nombre de Santa Genoveva que había sido sepultada allí.

cxvi El 27 de noviembre de 511.

III

LIBRO 9

de 587 a 589

XIX - Muerte violenta de Sicario, vecino de Tours.

XX - De cómo fuimos enviados en embajada ante el rey Gontrán para conservar la paz. [Pacto de Andelot]

XXI - Sobre las limosnas y bondad de ese rey.

XXII - La peste en la ciudad de Marsella.

XXIII - Fallecimiento del obispo Ageric. Su sucesor.

XXIV - Pontificado de Frónimo.

XXV - De cómo el ejército de Childeberto partió a Italia.

XXVI - Deceso de la reina Ingobergis.

XXVII - Deceso de Amalon.

XXVIII - Respecto a los objetos de valor que mandó la reina Brunegilda.

XXIX - De cómo los lombardos pidieron la paz al rey Childeberto.

XXX - Sobre los oficiales del fisco que vinieron a las ciudades de Poitiers y Tours.

XXXI - De cómo el rey Gontrán envió un ejército a Septimania.

XXXII - Desavenencia de los reyes.

XXXIII - De cómo Ingeltrudis fue ante el rey Childeberto a quejarse en contra de su hija.

XXXIV - Enemistad de Fredegonda y de su hija.

XXXV - Muerte violenta de Vadon.

XXXVI - Cómo el rey Childeberto envió a Soissons a su hijo Teodoberto.

XXXVII - El obispo Doctigisilo.

XXXVIII - Sobre el complot que algunos tramaron en contra de la reina Brunegilda.

XXXIX - El escándalo promovido por Clotilde y Basina en el monasterio de Poitiers.

I - Tras la muerte el rey de España Leovigildo, su hijo Recaredo se alió con su viuda Gosuinda i, tratándola como su madre. Era la madre de la reina Brunegilda, madre a su vez de Childeberto. El joven Recaredo, hijo de otra mujer de Leovigildo, tras consultar con su madrastra, envió mensajeros a los reyes Gontrán y Childeberto para decirles: *Hagan la paz con nosotros y concluyamos una alianza a fin de que, cuando la necesidad lo exija, nos ayudemos los unos a los otros en condiciones similares, impulsados por una mutua benignidad.* Los enviados al rey Gontrán recibieron la orden de permanecer en la ciudad de Macon, dando desde allí a conocer al rey el objeto de su misión. Pero no los quiso escuchar, resultando en una enemistad tal que posteriormente los godos no permitirían a nadie del reino de Gontrán el paso por las ciudades de Septimania. En cambio aquellos enviados al rey Childeberto fueron recibidos con bondad, presentaron regalos, obtuvieron la paz y se les despidió con otros regalos.

II - En este año abandonó este mundo la bienaventurada Radegunda, dejando en el dolor el monasterio que había instituido [en 587]. Estuve presente en su funeral. Falleció el treceavo día del sexto mes [el 13 de agosto], y su sepelio se llevó a cabo dos o tres días después ii. En el Libro de los Milagros, ya me ocupé de escribir sobre todos aquellos que se

manifestaron ese día sobre su tumba, así como respecto al orden de los funerales.

III -A la fiesta de San Marcelo que se celebra en la ciudad de Chalon en el séptimo mes [septiembre], asistió el rey Gontrán y cuando, tras la santas solemnidades, se dirigía al altar sagrado para recibir la comunión iii, un hombre fue hacia él aparentando tener algo que decirle, y mientras se aproximaba dejó caer un cuchillo. De inmediato, se le aprehendió y le hallaron en la mano un segundo cuchillo ya desenvainado. Enseguida se le sacó de la santa basílica librándolo a los tormentos. Confesó haber sido enviado para matar al rey, diciendo: *Así lo quiso quien me manda*. El rey no ignorando a cuantos reunía un mismo odio contra él y receloso de un golpe, ordenó a los suyos que lo rodearan. Ningún hombre con un espada accedía hasta él, a menos de que fuera dentro de la iglesia, donde pensaba no tener qué temer. Aquellos de los que hablo fueron capturados y muchos librados a la muerte, aunque no al primero, porque no se creía que estuviera permitido ejecutar a quien se saca de una iglesia.

IV - En este año le nació otro hijo al rey Childeberto iv. Veran, el obispo de Chalon, lo bautizó con el nombre de Teodorico. Varias veces con la ayuda de Dios, este pontífice de una virtud milagrosa, curó a los enfermos imponiéndoles la señal de la cruz.

V - Muchos prodigios se dieron entonces. En varias casas, aparecieron signos en los jarrones, caracteres que nunca se lograron borrar. Este prodigio se manifestó primero en el territorio de Chartres, para atravesando Orleans, alcanzar el territorio de Burdeos, sin omitir a su paso ninguna ciudad intermedia. En el octavo mes [octubre], pasada la vendimia, se vieron las vides con nuevos sarmientos cargados de racimos, mientras otros árboles mostraban hojas y frutos también nuevos. Se vieron rayos del lado norte, y algunos ase-

guraban haber visto caer serpientes del cielo. Otros afirman que un pueblo, con sus casas y habitantes, desapareció de repente; propiciándose la multitud de señales que suelen anunciar la muerte de un rey o calamidades al país. Ese año las vendimias fueron escasas, las aguas fuertes, las lluvias torrenciales, y los ríos crecieron enormemente.

VI - Hubo en ese tiempo, en la ciudad de Tours, un llamado Desiderio que se consideraba un gran personaje y afirmaba realizar muchos prodigios. Se vanagloriaba de comunicarse con los apóstoles Pedro y Pablo por medio de mensajeros, y como yo estaba ausente, el pueblo tosco afluía, llevándole ciegos y cojos, que aquel intentaba sanar no por su santidad sino merced a los artificios de la necromancia. Cuando se trataba de paralíticos o entumidos por alguna enfermedad, los hacía extender a la fuerza, a fin de aliviar con su industria a quienes no lograba curar con el don de la potencia divina. Sus sirvientes tomaban pues a los enfermos, unos de los brazos y otros de los pies, jalando cada cual por su lado, de tal forma que los nervios estaban a punto de romperse, y así los devolvían, sanos o muertos, y no pocos rindieron el alma en ese tormento. El miserable estaba tan henchido de vanidad que, aunque se reconocía inferior a San Martín, se igualaba en cambio a los apóstoles. Sin que haya de qué maravillarse, ya que al final de los tiempos, el autor de todos los males se hará pasar por el Cristo. De allí que, según dijimos se le acusará de estar imbuido de los errores del arte de la necromancia; habiendo testigos que afirmaron que cuando hablaban mal de él, a sus espaldas y escondidas, se los recriminaba después públicamente, en presencia del pueblo. A ésos que hablaban, les decía *¿Por qué dijeron de mí tales y tales cosas, indignas todas de mi santidad?* ¿Cómo habría podido saberlo, si antes no lo hubiera instruido el demonio? Llevaba una túnica y una capucha de piel de cabra, y frente a la gente se abstenía absolutamente de comer y beber, pero du-

rante sus visitas secretas a la hostelería se hartaba al punto que un solo mozo no era suficiente para llevar todo lo que pedía. Los nuestros lo sorprendieron, y habiendo puesto de manifiesto sus engaños, se le echó del territorio de la ciudad. Ignoramos a dónde fue. Se decía vecino de la ciudad de Burdeos.

Siete años antes había aparecido otro gran impostor que con sus engaños había embaucado a mucha gente. Iba vestido de una túnica sin mangas y llevaba por encima un sudario con el que se cubría. Cargaba una cruz de la cual colgaban frascos que decía contener el santo óleo. Pretendía venir de España y exhibir reliquias de los bienaventurados mártires Vicente y Félix. Habiendo llegado al crepúsculo a la basílica de San Martín de Tours, en el momento en que cenábamos, nos mandó un mensajero diciendo: *Que se acorra frente a las reliquias.* Como ya era tarde respondimos *que las santas reliquias podían reposar sobre el altar hasta el día de mañana en que iríamos a recibirlas.* Pero él se levantó al alba, y vino con su cruz hasta nuestra celda. Estupefacto ante un tal atrevimiento, le pregunté qué quería decir eso. Me respondió alzando la voz, con un tono soberbio: *Debiste recibirnos mejor. El asunto llegará a oídos del rey Chilperic para que vengue el menosprecio que se me hace.* Sin ocuparse más de mí, entró enseguida a mi oratorio, dijo un versículo, luego un segundo y un tercero, en fin prosiguió con su oración, la terminó, y levantando de nuevo su cruz, salió. En su lenguaje era burdo y aun obsceno. Ningún discurso razonable salía de su boca. Cuando fue a París, se celebraban las Rogaciones, según la costumbre de solemnizarlas antes del día santo de la Ascensión del Señor. Mientras el obispo Ragnemode junto con el pueblo hacía la procesión de los lugares santos, llegó con su cruz. El pueblo sorprendido por su vestimenta extraña, se le unió en la persona de las mujeres públicas y las rústicas. Él se conformó con este cortejo y quiso, seguido por esta mu-

chedumbre, hacer la procesión de los lugares santos. Lo cual percibido por el obispo, despachó a su archidiácono quien le dijo: *Si portas reliquias de santos, depositalos un tiempo en la basílica y celebra con nosotros los días santos. Y pasada la solemnidad prosigue tu camino*. Pero él desatendió las palabras del archidiácono y antes cubrió al obispo de insultos y maldiciones. Dando a entender con esto de que se trataba de un impostor, el obispo mandó se le encerrara en una celda. Examinaron entonces lo que traía. Traía un saco pleno de raíces, de dientes de topos, huesos de ratón, de garras y grasa de oso. Por tratarse de instrumentos de maleficio se ordenó botar todo al río. Se le quitó la cruz con la orden de abandonar el territorio de París. Mas éste se hizo tallar otra cruz y volvió a sus prácticas ordinarias. Arrestado por el archidiácono, se le cargó de cadenas y puso bajo vigilancia. Por aquellos días vine a París, estableciendo mi alojamiento cerca de la basílica de San Julián Mártir. Precisamente la noche anterior, el miserable se había escapado y arrastrando sus cadenas vino hasta la basílica de San Julián, echándose en el lugar exacto donde era mi costumbre ponerme. Allí agobiado por el sueño y el vino se durmió. Ignorante del suceso, me levanté en medio de la noche a dar gracias al Señor y lo hallé allí durmiendo. Expandía un hedor mayor al de todas las cloacas y al de todos los privados. Este tufo me impidió entrar en la santa basílica. Uno de los clérigos intentó, tapándose las narices, despertarlo; sin éxito, tan repleto de vino estaba el miserable. Entonces acudieron cuatro clérigos quienes lo levantaron a pura fuerza de brazo, y fueron a arrumbar a un rincón de la basílica. Después trajeron agua para lavar el adoquinado y yo entré a decir mis plegarias ordinarias, sólo después de que derramaran hierbas odoríferas encima. Nuestros cantos, sin embargo, tampoco lo despertaron; y se lo devolví al obispo bajo la promesa de que no le haría daño. Como los obispos estaban reuni-

dos en París, hablamos del asunto en la mesa, ordenándose que se le trajera para recibir su castigo. Cuando hubo llegado, Amelio, obispo de la ciudad de Bigorre alzó los ojos y lo reconoció por uno de sus servidores, uno que se le había fugado. Lo recuperó bajo la promesa de no hacerle daño, enviándolo de vuelta a su país. Y así son muchos los seductores que inducen a la gente rústica al error, y no desisten. Es por ellos, opino, que el Señor dijo en su Evangelio: *Se levantarán pseudo Cristos y pseudo profetas que realizarán prodigios y maravillas, y aun a los elegidos los seducirán* {Mateo, 24, 24]. Pero con esto basta y volvamos a nuestro tema.

VII - Enodio, quien administraba los ducados de Tours y de Poitiers, recibió también el gobierno de Aire y de las ciudades del Bearn. Mas los condes de Tours y de Poitiers acudieron al rey Childeberto y obtuvieron su traslado. Al enterarse de que se le desposeía fue a las susodichas ciudades, donde recibió la orden de abandonarlas. Vuelto al ocio, regresó a su villa para administrar sus asuntos privados.

Los vascones descendieron de las montañas al valle a devastar las ciudades y los campos vi; incendiaron las casas y se llevaron a no pocos habitantes cautivos así como a sus rebaños. Contra ellos marchó varias veces el duque Austrobaldo vii sin lograr vengarse. Los godos a causa de los destrozos del año anterior por el ejército del rey Gontrán en Septimania, irrumpieron en la ciudad de Arles llevándose un gran botín y de cautivos, hasta diez mil vecinos de la ciudad. Tomaron también el castillo llamado Beaucaire, trayendo la desolación al país y a sus habitantes, que no pudieron oponerles ninguna resistencia.

VIII - Como Gontrán Boso era odioso a la reina, empezó a dirigirse a los obispos y a los principales del reino. El desgraciado solicitaba el perdón que hasta entonces había despreciado, ya que desde que reinaba Childeberto, el Joven,

había cubierto de insultos y comentarios ultrajantes a la reina Brunegilda, sosteniendo también a los enemigos de ella en cuantas injurias le asestaron. El rey para vengarse de esa ofensa, exigió que se le persiguiera y matara. Viéndose pues en peligro se resguardó en la catedral de Verdun bien seguro de obtener su perdón por medio de Ageric, el obispo de esta ciudad y el mismo que bautizó al rey. El pontífice se presentó ante el rey a pedirle por Gontrán y el rey no pudiendo rehusarle le dijo: *Que concurra y tras abonar un gaje, que comparezca ante mi padre. Se hará lo que él decida.*[1] Despojado de sus armas lo condujeron con las manos atadas a la residencia del rey, el obispo lo presentó. Y él tirándose a los pies del rey le dijo: *He pecado contra ti y tu madre, desobedeciendo sus órdenes, obrando contra ustedes y el bien público. Les ruego ahora me perdonen las ofensas que cometí.* El rey le mandó levantarse y puso en manos del obispo diciendo: *Queda en tu poder, santo obispo, hasta que se presente al rey Gontrán.* Y les ordenó que se retiraran.

IX - Rauchingo[2] se reunió con los principales del reino de Clotario, hijo de Chilperic, fingiendo que trataban de paz y de la manera de evitar entre ambos reinos las disensiones y los estragos en las fronteras. Aunque en realidad el consejo meditó matar al rey Childeberto. El plan era que tras el regicidio, Rauchingo reinaría en Champaña a lado de Teodeberto, el primogénito del rey. Así pues Urso y Bertefrido debían apoderarse en primer lugar del recién nacido de Childeberto, llamado Teodorico y el menor de sus hijos. Al rey Gontrán verían luego la forma de despojarlo también de su reino. Estaban llenos de cólera contra la reina Brunegilda y proyectaban reducirla al nivel de humillación en que estuvo al inicio de su viudez viii. Rauchingo, en particular se pavoneaba de su poder, jactancioso de la gloria del cetro futuro, y ya se preparaba a ir a ver a Childeberto para ejecutar lo proyectado. Mas la bondad divina hizo que el rey Gontrán

se enterara, y habiendo enviado mensajeros en secreto al rey Childeberto, le dio aviso de todo lo se tramaba contra él, le mandó decir: *Apresura nuestra entrevista, pues hay cosas qué hacer*. Y Childeberto informándose con cuidado de las maquinaciones descubiertas y reconociendo los hechos como verdaderos, le ordenó a Rauchingo venir. Cuando llegó antes de pedirle que se presentara, dio sus órdenes por escrito y envió servidores a preparar los transportes ix con el encargo de apoderarse de sus bienes en donde quiera que estuvieran. Entonces mandó lo introdujeran a su cámara, y tras discurrir sobre esto y lo otro, terminó despidiéndolo. Al salir, dos guardias lo atraparon por los pies y cayó sobre el escalón al umbral de la puerta. De manera que la mitad de su cuerpo estaba adentro y la otra fuera. Allí se lanzaron sobre él, las espadas desenvainadas en la mano, quienes lo esperaban en cumplimiento de las órdenes, y lo trituraron de tal forma como para que lo que quedó de su cabeza, cráneo incluido, no se diferenciara de los blandos sesos. Murió ipso facto. Después lo desnudaron, arrojó por la ventana y dio sepultura. Era un hombre arrogante, sobrepasando los límites humanos de la codicia y del gusto por los bienes ajenos; fatuo de sus riquezas y, hacia el tiempo de su asesinato, presentábase como nada menos que hijo del rey Clotario. Traía sobre su persona mucho oro. En cuanto murió, uno de sus sirvientes corrió a avisarle a la esposa. Alardeaba a caballo en las calles de la ciudad de Soissons, cubierta de joyas y piedras preciosas, resplandeciente con el brillo del oro. Iba, precedida y seguida por una hilera de servidores, a la basílica de San Crispín y Crispiniano para escuchar la misa, pues era el día de estos mártires bienaventurados x. Aunque tras escuchar al mensajero, dio media vuelta tomando por otras calles, y arrojó sus joyas al suelo antes de buscar refugio en la basílica del santo obispo Medard, donde se creyó segura bajo la protección del santo confesor. Los enviados del rey

con la misión de hacerse de los bienes de Rauchingo, hallaron más en sus cofres de lo que había en el erario público, todo lo cual fueron mostrando al rey. El día de su homicidio estaban con el rey varios habitantes de Tours y de Poitiers. Y no cabe duda que si hubieran cometido el crimen proyectado, los habrían torturado diciendo: *Uno de ustedes mató al rey*. De suerte que luego de rematarlos por varios tormentos, se habrían auto proclamado vengadores del rey. Mas Dios omnipotente desvaneció sus proyectos inicuos para cumplir con las palabras de la escritura: *Aquel que cava una fosa cae en ella* [Eclesiástico, XXVII, 29]. Magnobaldo fue nombrado duque en su lugar. Ya Urso y Bertafredo, ciertos que Rauchingo había ejecutado lo convenido, avanzaban con un ejército, cuando llegaron hasta sus oídos los detalles de su asesinato. Pasaron pues a engrosar su contingente con una multitud de hombres y se encerraron junto con sus bienes en el castillo de Vaivres xi, vecino a la villa de Urso, habiendo deliberado que si el rey quería actuar en contra de ellos, se defenderían allí con la fuerza de su ejército. El autor y causa de todo el mal era Urso. La reina Brunegilda le despachó un enviado a Bertafredo diciendo: *Sepárate de ese hombre que es mi enemigo y tendrás la vida salva, de lo contrario perecerás con él*. En efecto, la reina había tenido a su hijo en la pila bautismal y deseaba ser clemente. Pero él: *A menos de que la muerte me separe, no lo abandonaré*.

X Mientras esto acontecía, el rey Gontrán mando correos a su sobrino Childeberto diciendo: *Es absolutamente necesario, tanto por el bienestar de nuestras vidas como por la utilidad pública, que nos veamos*. Lo que obligó a Childeberto a tomar consigo a su madre, a su hermana y a su esposa para acorrer al llamado de su padre [a Andelot]. Lo acompañó también Magneric, obispo de la ciudad de Tréveris, y Gontrán-Boso, cuyo fiador era Ageric, obispo de Verdun. Este pontífice quien había dado su fe de representarlo, no creyó

conveniente estar presente, para que si se le condenaba a muerte no se mutara la pena en consideración de su sacerdocio y si se le daba la vida, se fuera libre. Reunidos los reyes, lo juzgaron culpable de varias trasgresiones y ordenaron su muerte. Él se enteró y huyó a la morada del obispo Magneric, donde cerró las puertas y llamando ante sí al obispo y también a los clérigos y sirvientes, dijo: *Sé, muy santo obispo, el gran honor en que te tienen los reyes. Por eso me refugio a tu lado. Quienes deben ajusticiarme están casi en la puerta. Pero quiero que sepas que si no me ayudas, comenzaré por matarte a ti y después marcharé a la muerte. Y no te quede duda que ambos pereceremos de una misma muerte o defenderemos juntos nuestra vida. ¡Ay, santo obispo! Tú que eres el confesor del hijo del rey, puedes obtener cuanto pidas, a ti nada te negarán. Pide pues mi perdón o muramos juntos.* Y esgrimía la espada en la mano mientras pronunciaba estas palabras. El obispo espantado le dijo: *¿Qué puedo hacer yo aquí? Déjame ir a implorar la misericordia de los reyes, quizá se compadezcan de ti. – No*, respondió Gontrán-Boso, mejor envía a tus vicarios y hombres de confianza a dar cuenta de mi dicho. El estado de las cosas no se reportó con todas sus circunstancias a los reyes, y como sólo se les dijera que el obispo defendía a Gontrán Boso, el rey montó en cólera y dijo: *Si el obispo no quiere salir de su casa, no hay más, que perezca al mismo tiempo que el pérfido*. Esas palabras se las comunicaron al obispo, quien de inmediato envió mensajeros al rey narrándole lo que realmente pasaba, y el rey dijo: *Prendan fuego a la casa, si el obispo no sale, arderán los dos.* Los clérigos encerrados con el obispo, rompieron las puertas de la casa cuando lo supieron, sacando al obispo. Mientras el infortunado Gontrán-Boso que ya se veía rodeado de llamas, ceñía su espada y salía por la puerta. cuando hollaba el umbral, la lanza de uno de los de la muchedumbre lo alcanzó en la frente. Entonces atarantado por el choque y

con el sentido casi perdido, intentó todavía sacar su espada, pero fue el blanco de las lanzas. Las puntas se le hundieron en los flancos, pero el palo de las lanzas lo sostuvieron de manera que detenido por ellas no pudo caer. Mataron igualmente a la poca gente en su compañía, exhibiéndose sus cuerpos a lado del suyo en los campos. A duras penas se logró la autorización de los príncipes para recubrirlos de tierra. Era petulante, un hombre de una codicia que iba hasta la ansiedad y, respecto a los bienes ajenos, voraz fuera de toda mesura, daba a todos su palabra sin cumplirla jamás. Se mandó al exilio a su mujer e hijos, y sus tesoros los recuperó el fisco. Hallaron oro, plata y joyas diversas en cantidad, además de las que había enterrado, probablemente impulsado por la conciencia de sus iniquidades, tesoros que también se descubrieron. Siempre deseoso de conocer el futuro, solía visitar a los adivinos e intérpretes de agüeros, y murió en su engaño.

XI El rey Gontrán confirmó su alianza con su sobrino y la reina, intercambiaron regalos, y después de tratar los asuntos públicos, se libraron a los festines. Gontrán alababa al Señor diciendo: *Te doy gracias infinitas, Dios omnipotente, porque me permitiste ver a los hijos de mi hijo Childeberto. Ni me creo abandonado de tu majestad cuando me ha dado ver a los hijos de mi hijo.* El rey Childeberto recuperó a Dynamio y al duque Lobo; el rey Gontrán devolvió también el feudo de Cahors a la reina Brunegilda. Una vez firmado el pacto en la paz y la alegría, cada uno regresó a su ciudad tras intercambiar regalos y abrazos, y daban gracias a Dios.

XII - El rey Childeberto habiendo reunido un ejército, le ordenó marchar hacia el lugar donde se habían encerrado Urso y Bertafredo. Había en el país de Vaivres un pueblo bajo una montaña que caía a pico, con en su cima se una basílica en honor al santo y bienaventurado Martín xii. Se de-

cía que antes hubo allí una fortaleza, aunque la plaza estaba fortificada no tanto por el cuidado de los hombres sino por el de la naturaleza. Urso y Bertafredo se encerraron en la basílica junto con sus mujeres y servidores. El ejército, según dijimos, se había puesto en marcha por orden de Childeberto en esa dirección, pero antes de alcanzarlos, las tropas libraron al fuego y saqueo las estancias y bienes de su pertenencia. Cuando por fin llegaron al lugar el ejército ascendió armas en mano la montaña para tomar la basílica. Estas tropas tenían por jefe a Godegesilo [xiii], yerno del duque Lobo, pero como no lograban ni tomar ni sacarlos de la basílica, probaron prenderle fuego. Entonces Urso ciñó su espada e hizo en una salida, una matanza como para no dejar con vida a ninguno de los que se le ponían enfrente. Mató a Trudolfo, conde del palacio del rey, y a muchos otros. Nadie, en efecto, se le podía escapar a Urso hasta que cayó herido en un muslo, entonces los enemigos se precipitaron sobre él y pereció. Al ver esto Godegesilo empezó a gritar: *¡Ha muerto el mayor enemigo de nuestro amo! Hágase la paz y deje la vida salva a Bertafredo.* Pero mientras decía esto, su gente se abandonaba al pillaje de los tesoros reunidos en la basílica, permitiéndole a Bertafredo montar a caballo y emprender la huída con rumbo a la ciudad de Verdun. Allí se refugió en un oratorio construido en la residencia episcopal, creyéndose tanto más seguro que el obispo Ageric habitaba esa casa. Cuando anunciaron a Childeberto la fuga de Bertafredo, el rey con el corazón atosigado, dijo: *Si éste escapa a la muerte, Godegesilo no me escapará*. El rey no sabía que se había refugiado en la casa episcopal y lo creía fugitivo en otra región. Espantado, Godegesilo movió sus tropas para rodear la casa del obispo. Pero el pontífice se rehusaba a entregarlo y aún intentaba defenderlo. Los hombres de Godegesilo se treparon al oratorio, arrancaron las tejas, la cubierta del techo, y luego mataron a Bertafredo. Murió

junto a tres servidores. El obispo estaba muy dolido no sólo por no haber podido defenderlo sino de ver profanado con sangre el lugar donde tenía costumbre de orar y donde también reposaban las reliquias de los santos. A fin de calmarlo, el rey Childeberto le envió una serie de regalos, mas no tuvo consuelo. Muchos, en esos días, huyeron del país por el temor que les inspiraban los reyes. Otros fueron despojados de su rango de duques, y substituidos.

XIII Gontrán ordenó que Vadon, a quien mencionamos arriba [libro VIII], se presentará cargado de cadenas por el crimen de lesa majestad ante él, y lo hizo venir hasta París diciendo: *Si por el testimonio de hombres honrados enviados por Fredegunda, logra la descarga del crimen que se le imputa, que se le dé la libertad y vaya a donde quiera.* Pero una vez en París nadie se presentó a afirmar la inocencia de Vadon de parte de esa mujer*[3]*. Se le volvió a Chalons, estrujado bajo el peso de cadenas y bajo una vigilancia severa; posteriormente fueron y vinieron mensajeros, y gracias principalmente al obispo Leudobaldo de Bayeux pudo volver a su casa.

La disentería desolaba la ciudad de Metz. En aquellos días al ir al encuentro del rey, nos encontramos sobre el camino, esto es en Reims, a Guillolfo, vecino de Poitiers, que estaba ya calenturiento presa de la enfermedad. Iba a París con el hijo de su mujer y proseguía su viaje no obstante su postración. Falleció en el pueblo de Ruel tras hacer su testamento. El niño atacado por el mismo mal murió también. Ambos fueron recogidos para ser enterrados juntos en el territorio de Poitiers. Y la mujer de Guillolfo se casó en terceras nupcias con el hijo del duque Bepolen, el cual era de conocimiento público, que tenía dos mujeres todavía vivas a quienes había abandonado. Era un libertino entregado al ardor de la fornicación, y que en su horror por el lecho conyugal,

dejaba a su esposa dormir en el cuarto con los sirvientes, mientras él se acostaba con otras. Así se había comportado con su segunda esposa, y así se comportó con la tercera, ignorante sin duda de que la *putrefacción no deshará lo corrompido* xiv.

XIV - A Egidio, el obispo de la ciudad de Reims, se le presumió culpable de lesa majestad, crimen por el que habían sido muertos todos aquellos de los que se habló antes, por lo que cargado de regalos fue a presentarse al rey Childeberto. No sin exigir antes que se prestara juramento en la basílica de San Remigio de no atacarlo en ruta. El rey lo recibió y despidió ya reconciliado con él. Se reconcilió también con el duque Lobo, pues no hay que olvidar que fue a su instigación que lo despojaron del ducado de Champaña; componenda que amargó sobremanera al rey Gontrán porque el duque Lobo le había prometido no hacer nunca la paz con el obispo, reconocido enemigo de este rey.

XV - En ese tiempo el rey Recaredo de España, inspirado por la misericordia divina, reunió a los obispos de su religión[4], y les dijo: *¿Por qué entre ustedes y los sacerdotes que se llaman católicos hay siempre escándalo? Y ¿por qué manifiestan ellos su fe mediante tantos milagros, y ustedes no? Conviene pues que se reúnan a discutir las creencias de cada partido a fin de descubrir cuáles son las verdaderas. Entonces ellos aceptarán sus razones y creerán lo que les dicen, o bien ustedes reconocerán la verdad y creerán cuanto predican*. Y así fue. Los obispos de ambos partidos se juntaron xv y los heréticos expusieron las propuestas contenidas en algunos de los discursos que referimos antes. Por otro lado, los obispos de nuestra religión les opusieron las razones que, según narramos en los libros precedentes, habían ya vencido a los heréticos varias veces. El rey no dejó de constatar que los obispos de los heréticos no realizaban ninguna cura en los

enfermos, y recordó como en tiempos de su padre, uno de esos obispos vanagloriándose de devolverle la luz a un ciego, lo había al contrario condenado a una ceguera perpetúa; cosas que expusimos en el Libro de los Milagros xvi. Al final, volvió a llamar a los sacerdotes del Señor y tras examinar la creencia de éstos, reconoció a un solo Dios que adorar bajo la distinción de tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Donde el Hijo no es menor al Padre ni al Espíritu Santo; o el Espíritu Santo al Padre e Hijo, sino que es un Dios verdadero compuesto de una trinidad igualmente omnipotente. Recién iluminado, Recaredo acabó la discusión y sometiéndose a la ley católica, recibió la señal de la cruz, la unción del santo crisma y creyó que nuestro Señor Jesús Cristo es igual a su Padre y al Espíritu Santo, y que reina por los siglos de los siglos. Amén. Luego envió mensajeros a la provincia Narbonense para ponerlo en conocimiento del pueblo con el que se reunía en una misma fe.

Por esa época había un obispo de la secta arriana de nombre Ataloco quien revolvía con proposiciones e interpretaciones engañosas la Iglesia de Dios, al punto que parecía tratarse de Arrio mismo, el cual refiere el historiógrafo Eusebio xvii que había devuelto los intestinos por el excusado. Acaso porque Atalaco prohibía a los de su secta creer en esa historia, o porque ahora sólo un puñado de aduladores constituía su partido, cierto día entró muerto de rabia en su célula y rindió el alma xviii. Esa fue la manera en que los pueblo heréticos, habitantes de aquellas provincias, abandonaron sus errores para confesar la Trinidad indivisible.

XVI - Posteriormente Recaredo envió una embajada a Gontrán y Childeberto para hacer la paz ofreciendo, después de haberse unidos con ellos en la religión, unírseles también en la caridad. Mas el rey Gontrán los rechazó diciendo: *¿Qué fe pueden prometerme y cómo puedo creerles si redujeron al cau-*

tiverio a mi sobrina Ingonda[5], y con sus maquinaciones mataron a su marido, mientras ella pereció cuando les huía[6]? Hasta que Dios no me permita vengarme de sus enemigos, tampoco recibiré la embajada de Recaredo. Los legados recibieron la susodicha respuesta y fueron a presentarse al rey Childeberto quien los recibió con sentimientos de paz, le dijeron: *Tu hermano Recaredo[7], nuestro amo, para lavarse del crimen que se le imputa de haber sido cómplice en la muerte de su hermana, se purgará si así lo requieres por juramento o de cualquier otra manera que pidas; luego entregará a su Gracia diez mil soles ya que desea granjearse su amistad a fin de recurrir a su ayuda como usted a la suya, lo cual redundará necesariamente en el beneficio de ambos*. Dicho esto, el rey Childeberto y su madre le prometieron a Recaredo una paz y amistad constantes, y tras dar y recibir regalos, los legados agregaron: *Nuestro amo nos ordenó también hacer llegar hasta sus oídos algunas palabras respecto a su hija y hermana Clodosinda, a quien pide en un matrimonio que reafirmará la paz entre ustedes.* El rey y la reina contestaron: *Sobre ese punto reciban nuestra promesa, aunque no nos atrevemos a concluirla sin el consentimiento de nuestro tío el rey Gontrán, habiénseñoros comprometido a no tratar ningún asunto de importancia sin su asentimiento*. Y ellos se retiraron tras recibir esta respuesta.

XVII Hubo, ese año en la primavera, muy fuertes lluvias. Los árboles y las viñas empezaban precisamente a reverdecer cuando cayó la nieve que lo cubrió todo; una helada le siguió quemando los retoños de los viñedos cuyos frutos habían salido. La inclemencia de la estación llegó al grado de matar de frío a las golondrinas y demás pájaros migrantes. Es de maravillarse que la helada destruyera todo en los lugares donde no solía hacer daño, mientras en aquellos donde acostumbraba perjudicar no lo hizo.

XVIII Los bretones se arrojaron sobre el territorio de Nantes, pillaron, invadieron las estancias y prendieron cautivos. Una vez estos sucesos anunciados al rey Gontrán, ordenó marchar a un ejército, no sin enviar primero a los bretones un legado pidiéndoles reparar el daño so pena de ser pasados a cuchillo por su ejército. Temerosos prometieron reparar los daños. Y el rey les dirigió varios legados, a saber, Namacio, el obispo de Orleans; Bertrán, el obispo de Mans; junto con condes y otros personajes del primer rango. Participaron también hombres principalísimos del reino de Clotario, hijo del rey Chilperic, los cuales acudieron al territorio de Nantes para comunicar a Varoco y a Vidlimaco las órdenes del rey. Aquellos repusieron: *Sabemos que estas ciudades pertenecen a los hijos del rey Clotario a quien nosotros debemos obediencia, así que repararemos los estragos que lesionan sus derechos.* Luego dejaron paga y seña, suscribieron los compromisos de entregar a los reyes Gontrán y Clotario, mil a cada uno por composición, y prometieron también no volver a irrumpir en el territorio de las ciudades de su pertenencia. El asunto arreglado, los legados del rey regresaron a trasmitirle lo dispuesto. Pero mientras el obispo Namacio permanecía en unas granjas situadas en el territorio de Nantes, propiedades confiscadas a sus padres y que le habían devuelto, le salieron en la cabeza tres úlceras perniciosas. Ya muy enfermo quiso regresar a la ciudad, mas a la altura del país de Angers exhaló el alma. Su cuerpo fue llevado a su ciudad donde se le inhumó en la basílica de San Aniano confesor. Para la sede espiscopal se nombró a Austrin cuyo padre había sido pastor. Waroco echó al olvido promesas y compromisos, no cumpliendo nada de lo especulado y apoderándose al contrario de las ciudades del país de Nantes, realizó a su provecho la vendimia, el vino de la cual se llevó a Vannes. Al tiempo que el rey Gontrán furioso, ordenaba

ponerse en marcha de nuevo a un ejército, aunque luego se tranquilizó.

XIX - La guerra entre los habitantes de Tours, que como narramos anteriormente[8], se había calmado retomó con nuevos bríos. Sicario tras matar a los padres de Cramnisindo se ligó de amistad con él, ambos se querían con una afección igual, comiendo juntos y compartiendo la cama. Cierta tarde, Cramnisindo preparó la cena e invitó a Sicario a su festín. Cuando hubo venido y estaban en la mesa, Sicario ebrio molestó a Cramnisindo con multitud de despropósitos, decía según cuentan: *Al final, querido hermano, debieras de agradecerme que matara a tus padres, pues merced a la composición que de mí recibiste, corren el oro y la plata en tu casa; sin eso andarías desnudo y miserable.* Estas palabras llenaron hasta el alma de amargura a Cramnisindo, quien se dijo a sí mismo: *Si no vengo la muerte de mis padres no soy hombre y bien se me podrá llamar mujer débil.* Así que apagó las luces y le fundió el cráneo a Sicario con su daga. Sicario en ese último instante de vida no pudo lanzar más que un grito y cayó muerto. Los servidores que lo acompañaban huyeron. Cramnisindo despojó el cadáver de su ropa y lo colgó de las ramas de un matorral, yéndose a continuación a caballo en busca del rey. Estaba en la iglesia y él se echó a sus pies diciéndole: *Te pido la vida, oh, rey muy glorioso, porque maté gentes que no satisfechas con asesinar en secreto a mis padres, les hurtaron también todos sus bienes.* Le expuso en detalle la cuestión, le reina Brunegilda, fiadora de Sicario, sumamente descontenta de que se le hubiera matado de esa forma, empezó a encolerizarse. Y Cramnisindo viendo que le era del todo contraria, se retiró a Besages xix en el país de Bourges donde habitaban sus parientes, retirándose así hacia el reino de Gontrán. La mujer de Sicario, dejó hijos y riquezas en Tours y Poitiers para tornar tranquilamente donde sus padres al burgo de Merobes xx a casarse. Sicario que falleció a

la edad aproximada de los cuarenta, fue en vida un desconsiderado, inclinado al homicidio y también un ebrio que causó muchos males en ese estado de ebriedad. Cramnisindo recurrió de nuevo al rey, habiéndose dictaminado que debía probar la culpabilidad de Sicario, lo cual hizo. Pero como la reina Brunegilda era la fiadora del muerto, se mandó confiscar los bienes de Cramnisindo. Bienes que le devolvería luego el doméstico Flavian, quien sabiendo además que se dirigía a Agen le dio cartas para franquearle el paso: en efecto, la reina le había otorgado esos bienes.

XX Ese año, el décimo tercero del rey Childeberto [588], íbamos camino a la ciudad de Metz al encuentro del rey, cuando recibimos orden de partir en embajada ante el rey Gontrán. Lo hallamos en las ciudad de Chalons y le dijimos: *Tu gloriosísimo sobrino te rinde gracias infinitas, oh, rey ínclito, por la bondad que has tenido y sigues teniendo de brindarle consejos a fin de cumplir lo que place a Dios, a ti es agradable y conviene a los pueblos. Promete realizar todas las cosas de que hablaron juntos, sin violar ninguno de los compromisos contraídos entre ustedes.* Entonces dijo el rey: *Yo en cambio no puedo rendirle gracias, cuando viola a ese punto lo convenido y no devuelve la parte que me corresponde de la ciudad de Senlis. También impidió el paso a varios opositores míos, los cuales me convenía alejar hacia otros sitios. ¿Cómo pueden afirmar entonces mi dulcísimo sobrino que no desea transgredir el tratado establecido y firmado por ambos?* Le respondimos: *No quiere ejecutar nada contrario a sus promesas, las cuales cumplirá en su totalidad. Ahora mismo puedes enviar para que se proceda a la partición de la ciudad de Senlis, recibirás de inmediato lo que te corresponde. Da también por escrito el nombre de los hombres que dices y se hará como convenido.* Entonces el rey dio orden de leer ante todos los presentes el tratado. He aquí el texto:

[Pacto de Andelot]

En el nombre del Cristo, los excelentísimos señoes, los reyes Gontrán y Childeberto, y la gloriosísima dama, la reina Brunegilda, se reunieron en Andelot xxi *por amor a la caridad a fin de terminar, tras madura deliberación, con cualquier motivo susceptible de generar pleitos entre ellos; y por la mediación de los sacerdotes y de los grandes, Dios mediante y con su intervención, por amor a la caridad se dispuso, quiso y convino que por tanto tiempo como Dios quiera mantenerlos en esta vida, se guarden mutuamente fidelidad y una caridad pura y sincera; y también que igual que en el tratado anterior entre el señor Gontrán y el señor Sigeberto, de feliz memoria, se estipulaba el derecho de Gontrán a conservar íntegra la herencia del reino de Cariberto no obstante que los beneficiarios en el reino de Childeberto hayan manifestado el deseo de recuperar todo lo perteneciente a su padre. Tras dictaminar se establece que lo que obtuvo del reino de Cariberto el señor Sigeberto mediante un tratado, a saber: un tercio de la ciudad de París con su territorio y la población que contiene; así como Chateaudun, Vendome, además de posesiones en el país de Etampes y de Chartres, sus territorios y la población que contienen permanecerán a perpetuidad bajo el poder y dominio del señor Gontrán junto con lo que ya poseía del dicho rey Cariberto mientras el rey Sigeberto estaba todavía en vida. Por otra parte y a partir de hoy, el señor Childeberto conserva en su poder las ciudades de Melun; dos porciones de la de Senlis; Tours; Poitiers; Avranches; Couserans, Aire; Bayona; Albi; todas con sus territorios. Se establece también que el rey que por la voluntad divina sobreviva al otro, heredara el reino de aquel que abandone la luz del día sin progenitura masculina. Con la condición específica de respetar inviolablemente todo lo que el señor rey Gontrán ha dado y, con el permiso de Dios, aún dará a su hija Clotilde* xxii*, en bienes, cosas y en hombres, ciudades, campos y rentas, las cuales permanecerán en*

su propiedad y posesión; y si ella desea disponer a su voluntad de algunos de los campos del fisco otorgados a ella, o de sus efectos y fondos, o quiere dárselos a alguien, que se le conserven a perpetuidad y, con la ayuda de Dios, no se le recojan, sino que los posea en todo honor, seguridad y dignidad, bajo la tutela y defensa del señor Childeberto, exactamente como los poseía a la muerte de su padre. Por su parte, el señor Gontrán promete que si por efecto de la fragilidad de las cosas humanas, mas no lo permita la misericordia divina ni es tampoco el deseo de Gontrán, el rey Childeberto llega a abandonar la luz de este mundo y él está todavía en vida, tomará como buen padre bajo su tutela y defensa a sus hijos, los reyes Teodoberto y Teodorico, junto a cuantos hijos Dios le quiera otorgar, de manera que poseen en toda seguridad el reino de su padre; tomará también bajo su defensa y protección a la madre del señor Childeberto, la reina doña Brunegilda y a su hija Clodosinda, hermana del rey Childeberto, todo el tiempo que permanezcan en el reino de los francos, y a la reina Faileuba; viéndolas como a una buena hermana y a buenas hijas, las mantendrá en honor y dignidad con todos sus bienes, ciudades, campos, rentas y demás títulos, lo que actualmente poseen y, con la ayuda de Cristo, puedan todavía adquirir para que lo disfruten en absoluto reposo y seguridad; y si quisieran disponer de los campos recibidos del fisco, de sus efectos y fondos, o transmitirlo a alguno, se les otorgarán a perpetuidad y nadie ni nunca las vaya a despojar. En cuanto a las ciudades de Burdeos, Limoges, Cahors, Bearn y Bigorre que Galesvinta[9], hermana de doña Brunegilda, adquirió al venir a Francia, tanto en calidad de dote como de don del día siguiente xxiii *y que, a juicio del gloriosísimo señor rey Gontrán y de los francos, en el tiempo en que los reyes Chilperic y Sigeberto gozaban aún de vida, reconoció recaían en doña Brunegilda. se dictaminó que a partir de este día doña Brunegilda recibirá en plena propiedad la ciudad de Cahors, con su territorio y a los*

habitantes que encierra. El resto de las ciudades recién mencionadas pasarán al señor Gontrán mientras él esté vivo, para después de su muerte tornar a doña Brunegilda y a sus herederos, que entrarán entonces en su posesión; pero mientras con el auxilio de Dios él esté vivo, no pueden ser reivindicadas en ningún momento y bajo el pretexto que sea ni por doña Brunegilda ni por el rey Childeberto o los hijos de éste. Se acuerda asimismo que el señor Childeberto tendrá la posesión de la ciudad entera de Senlis, no obstante la tercera parte corresponda a señor Gontrán, compensándolo en cambio con la tercera parte de la ciudad de Rosson xxiv*, perteneciente al señor Childeberto. Se estipula además que, de acuerdo al pacto establecido entre el señor Gontrán y el señor Sigeberto de feliz memoria, los leudes[10] que a la muerte de señor Clotario, prestaron juramento al rey Gontrán y se demostró que pasaron después a otro partido, serán expulsados de los lugares a donde se fueron a establecer; exactamente como los que tras la muerte del rey Clotario juraron fidelidad al señor Sigeberto y lo desertaron a favor de otro partido, serán expelidos de la misma manera. Se respetarán las donaciones realizadas por estos reyes a favor de la Iglesia y de sus fieles, así como aquello que con la ayuda de Dios y a buen recaudo puedan aún conferir. Ninguno de los fieles sufrirá perjuicio en lo que legal y legítimamente le corresponde en uno u otro reino, sino que les será permitido recuperar y disfrutar sus pertenencias; y si durante el interregno[11] alguno de ellos resultó despojado, tras prestársele oído, obtendrá la restitución para que cada cual disfrute en toda seguridad de lo recibido de la munificencia de los reyes anteriores, y de lo que estaba en su posesión a la muerte del rey Clotario, de gloriosa memoria. Lo confiscado a los fieles desde aquel entonces les será presentemente restituido. Y puesto que ambos reyes se unieron en un lazo puro y sincero: queda establecido, para cada uno de los fieles de ambos reinos, que cuando quiera viajar del uno al otro reino, ya sea por*

asuntos públicos ya particulares, el paso les será siempre franqueado. Se acuerda también que ninguno de los dichos reyes atraerá los leudes del otro ni los recibirá tampoco, a menos de que un leude busque acaso amparo en el otro reino por alguna sinrazón. Lo entregarán a su rey sólo después de recibir garantías de su seguridad proporcionales a la falta. Se creyó necesario agregar al presente tratado que, si bajo cualesquiera pretexto y en la época que fuera, una de las partes lo transgrede perderá los beneficios actuales y porvenir, que tornarían al que permaneció inviolablemente fiel a las susodichas condiciones, quien queda libre en todos puntos de las obligaciones de su juramento. Las cosas así dispuestas, las partes juran en el nombre de Dios omnipotente, de la Trinidad indivisible, y de todas las cosas sacras, así como sobre el día ominoso del juicio final, observar inviolablemente todo lo escrito aquí encima, sin engaño o artificio fraudulento. Dispuesto el cuarto día de las calendas de diciembre del año vigésimo sexto del de señor rey Gontrán y del doceavo del del señor rey Childeberto [28 de noviembre de 587].

Tan pronto como se hubo leído el pacto le dije al rey: *Que me hiera el juicio de Dios si se infringió en algo su contenido.* Él volviéndose hacia Félix en misión con nosotros le dijo:, *¡Ay, Félix! Dime, tú que fuiste el artífice de la amistad entre mi hermana Brunegilda y Fredegunda, esa enemiga de Dios y de los hombres.* Éste lo negó replicando: *No dude el rey que conservan entre ellas una amistad de largos años[12], y ciertamente tampoco ignora que el odio de ambas en nada disminuye y sí se fortalece. Antes pluguiera a Dios, rey gloriosísimo que le mostrarás menos bondad a Fredegunda, pues sabemos que recibes sus embajadas mejor que las nuestras.* Y él: *Sacerdote de Dios quiero*, dijo, *que sepas que si recibo a sus legados es para no faltarle en caridad a mi sobrino Childeberto, siéndome imposible ligarme de amistad con aquella de cuya parte vienen continuamente gentes a procurar atentar*

contra mi vida esta de este mundo. Cuando hubo hablado, Félix dijo: *Habrá llegado hasta la Gloria de usted, que Recaredo envió una embajada a su sobrino pidiendo en matrimonio a Clodosinda, su sobrina, hija de su hermano. Childeberto, sin embargo, no ha querido comprometerse sin contar antes con su acuerdo.* El rey dijo: *Ni es lo más conveniente que mi sobrina vaya al país donde asesinaron a su hermana, ni razonable que la muerte de mi sobrina Ingonda permanezca sin venganza.* Félix respondió: *Mucho desean justificarse por juramentos o por cualquier otra condición que se les imponga. Tan sólo piden su consentimiento para que Clodosinda se despose con Recaredo, según lo solicitan.* El rey dijo: *Si mi sobrino cumple con todas las condiciones del pacto que firmó, me conformaré al respecto a su voluntad.* Prometimos cumplir con todo, y Félix agregó: *A su caridad le súplica que le preste auxilio contra los lombardos para echarlos de Italia a fin de recuperar lo que poseía en vida su padre y poder entregar, con su asistencia el resto al dominio del emperador.* El rey respondió: *No puedo enviar mi ejército a Italia y librarla así yo mismo a la muerte. Italia está actualmente devastada por el contagio.* Y yo le dije: *Pidió a su sobrino que reuniera a todos los obispos de su reino porque hay muchos asuntos que examinar; mas su sobrino desearía que, siguiendo la costumbre canónica, cada metropolitano reúna a sus sufragantes para remediar merced a la autoridad de los decretos sacerdotales los desordenes de cada región. ¿Con qué motivo se reuniría a esa multitud de obispos? Ningún peligro amenaza la Fe, ni ha surgido tampoco una nueva herejía. ¿Cuál puede pues ser la necesidad de reunir a tanto sacerdotes del Señor.* El rey dijo: *Deben juzgar un sinnúmero de acciones inicuas, como fornicaciones y otras que trataremos luego entre nosotros. No obstante, siempre vendrán antes los asuntos de Dios, y deben primero de averiguar porqué al obispo Pretextat se le asesinó con la espada en su iglesia [libro 8, cap. XXXI]. Deben también discutir la acu-*

sación de lujuria que se maneja contra varios de ellos, y si se confirma sometérseles a la corrección de los decretos sacerdotales, y si se les declara inocentes hacer pública la falsedad de la acusación. Enseguida ordenó que ese sínodo tuviera lugar al inicio del cuarto mes xxv [principios de junio de 588]. Tras la entrevista fuimos a la iglesia. Era el día de la fiesta de la resurrección del Señor y después de la misa nos invitó a su mesa, cargada de manjares y abundante a placer. El rey volvía siempre a los temas de Dios, de la construcción de iglesias y de la defensa de los pobres. Reía de las invenciones y juegos de espíritu que disfrutaba mucho, contribuyendo a su vez con cosas que daban gusto, pues decía: *Basta que mi sobrino se atenga a sus promesas y todo lo mío será suyo. Y si se escandaliza de verme recibir a los legados de mi sobrino Clotario, ¿estoy pues tan fuera de mí como para no entreponerme de manera a evitar las discordias entre ellos? Sé que más vale tajar y no darle largas al asunto. Le daré dos o tres ciudades a Clotario, si lo reconozco como sobrino, para no parecer desheredarlo y evitarle así los problemas a quien yo instituya mi heredero.* Luego de hablarnos de esas y otras cosas, nos despidió cargados de presentes y con caricias de afecto, recomendándonos de insinuarle siempre cosas a su ventaja al rey Childeberto.

XXI - Este rey era, según ya dijimos, liberal en sus limosnas, asiduo a las velas y los ayunos. Se decía por entonces que Marsella estaba bajo el azote de la peste inguinal xxvi, enfermedad[13] que se había extendido repentinamente hasta un burgo del país de Lyon, llamado Octave[14]. Y el rey, cual correspondería a un buen obispo, vio se aplicaran los remedios necesarios a la cura de las llagas con origen en el pecado de los pueblos. Mandó a todos asistir a la iglesia donde se celebraron las rogaciones en la mayor devoción, y

que nadie comiera nada fuera de pan de cebada y agua clara, además de participar constantemente en las vigilias. Y durante tres días se hizo como mandó. Sus limosnas de por sí abundantes lo fueron aún más que de costumbre; estaba tan temeroso por su pueblo que parecía no sólo su rey sino sacerdote del Señor; con todas sus esperanzas puestas en la misericordia divina, tornó cada uno de sus pensamientos hacia aquel sobre quien, en la pureza de su fe, depositaba el cuidado de volverlos eficaces. Se cuenta el hecho notable de una mujer cuyo hijo yacía en cama con una fiebre cuarta, y de ella que extirpándose de entre el gentío se fue a colocar detrás del rey y muy diestramente le arrancó a la vestimenta real unos flecos; los puso en un agua que dio a beber a su hijo quien luego sanó[15]. De lo cual no tengo la menor duda, mencionándose con harta frecuencia, el caso de poseídos que bastaba que durante el ataque invocaran su nombre, para verlos auto acusarse de sus culpas xxvii.

XXII - Así pues y como el contagio se recrudecía en la ciudad de Marsella, conviene enumerar en detalle sus sufrimientos. Por esos días, el obispo Teodoro se había puesto en camino para hablar al rey en contra del patricio Niceto, pero el rey Childeberto no quiso saber nada y el obispo regresó. Fue por ese tiempo que un navío venido de España para el comercio habitual trajo consigo el germen de la plaga, y habiendo negociado con numerosos ciudadanos, no transcurrió mucho tiempo sin que en una casa donde vivían ocho, perecieran todos del contagio dejándola vacía. El fuego de la infección se propagó a todos los hogares pero de manera latente, antes de ser un tizón en la paja que abrasó con furia a la ciudad. El obispo ya había vuelto, pero se mantuvo encerrado en la basílica de San Víctor junto al corto número de sus acompañantes. Desde allí apelaba con vigilias y oraciones a la misericordia de Dios por las calamidades de la ciudad, para la atenuación de sus males y por un respiro para la

castigada población. La peste cesó dos meses y los habitantes empezaban a regresar a la ciudad cuando retomó para matar a quienes volvieron. Muchos burgos aledaños sufrieron a su vez de esta plaga.

XXIII - Ageric el obispo de Verdun estaba enfermo por el pesar de la muerte de Gotran Boso no obstante él se hubiera portado su garante, además de la pena secreta que lo devoraba por el ajusticiamiento de Bertafredo en el oratorio mismo de la casa episcopal. Y a diario llorando decía a los hijos de Gontran-Boso a quienes había recogido: *Es por el odio que me tienen que están hoy huérfanos.* Consumido según dijimos por ese recuerdo, el cruel disgusto y las privaciones, falleció y se le depositó en la tumbaxxviii. Su vicario Bucio-baldo concurrió en pos del obispado sin obtenerlo. La autoridad real en concordancia con la elección de los ciudadanos se inclinó por el sacerdote Carimer, dejando de lado a Bucio-baldo que se decía era un orgulloso, tildado por ese motivo de *Bucccus validus* [trompeta sonora(hablador)]. El obispo de Arles murió también y fue merced a la protección del obispo Siagrio de Autun que Virgilio su vicario lo sustituyó xxix.

XXIV - Falleció también Deuterio el obispo de Vannes, en cuyo lugar nombraron a Fronimo. Este Fronimo era nativo de la ciudad de Bourges, si bien ignoro cómo llegó a Septimania. El caso es que tras la muerte de Atanagildo, lo recibió allí magníficamente Liuva, su sucesor, y fue consagrado obispo de la ciudad de Agde. Pero tras el deceso de Liuva, Leovigildo siguió las vías inicuas de la herejía. De manera que cuando Igonda, la hija de Sigeberto, se casó en España lo acusaron abiertamente ante Leovigildo de brindar consejos a la princesa para defenderse contra el veneno infecto de la herejía. Con la finalidad de destituirlo, el rey le tendería luego peligrosas asechanzas, pero él nunca cayó en la cela-

da, y Leovigildo terminó por enviar quien lo matara a hierro. Como unos mensajeros le avisaron, abandonó la ciudad de Agde para venir a las Galias, donde fueron muchos los obispos que lo recibieron con regalos, de allí pasó a ver al rey Childeberto. Y cuando la sede de Verdun xxx estuvo vacante, el rey lo revistió del poder pontifical, nueve años después de haber sido expelido de su primer obispado.

Ese año los bretones pillaron los territorios de Nantes y de Rennes, vendimiaron las viñas, devastaron las siembras, se llevaron cautivos a los habitantes de los pueblos, violaron en todo sus promesas, vaya no sólo las quebrantaron sino que aún hurtaron lo perteneciente al rey.

XXV - El rey Childeberto había prometido, a la demanda de los lombardos que lo obsequiaron con regalos, dar su hermana como esposa a su rey xxxi. Pero luego vinieron los legados de los godos y como supo que se habían convertido a la fe católica se la prometió también, enseguida envió una embajada xxxii al emperador para informarlo de que mandaba tropas contra los lombardos, lo cual todavía no había hecho[16], para expulsarlos entre ambos de Italia [588]. El ejército se puso en marcha para apoderarse de aquel país, con los jefes al frente, y trabaron combate, pero los nuestros fueron totalmente derrotados. Sobre el terreno fueron innumerables los que cayeron muertos, otros fueron hechos prisioneros, otros en fin lograron escapar aunque no volvieron a su patria sino tras penosos trabajos. Tal fue la masacre entre las filas del ejército de los francos, que no se tiene memoria de que haya habido otra igual.

XXVI - En el décimo cuarto año del reino de Childeberto [589], transitó de este mundo al otro la reina Ingobergis, la viuda de Cariberto, mujer de gran prudencia, dedicada a la vida religiosa y muy activa en vigilias, oraciones y limosnas. Creo que la providencia divina la previno, porque envió

mensajeros a buscarme para que, según lo había proyectado en pos de la salvación de su alma, le ayudara a asentar su testamento por escrito, en cuanto me hubiera consultado sobre sus planes. Vine, y afirmo que vi a una persona temerosa de Dios. Me recibió con bondad y habiendo hecho llamar un notario, y tras consultar como ya dije conmigo, legó ciertas cosas a la iglesia de Tours y a la basílica de San Martín; otras a la iglesia de Mans; y a los pocos meses pasó a mejor vida, presa de una enfermedad repentina, me parece que a los 70 años de edad, dejando una hija única casada al hijo del rey de Kent [Ehebert]. Por su testamento otorgó la libertad a muchos.

XXVII - El duque Amalon quien había enviado a su esposa a sus tierras a supervisar su rendimiento, se enamoró de una doncella de nacimiento libre. Y a favor de una noche, embebido de vino, ordenó raptarla y llevarla a su lecho. Ella se resistía y fue por la fuerza que los mozos la trajeron, mediando unas bofetadas, por lo que la sangre le escurría de las fosas nasales y el lecho terminó ensangrentado, el duque procuró someterla a golpes, más bofetadas y demás violencias, y cuando finalmente la mantenía quieta entre sus brazos, opreso por el sueño, se durmió. Ella estiró el brazo por encima de la cabeza de aquel hombre y encontró su espada, la desenvainó y le dio con ella en la cabeza, llena de coraje, igual que Judith a Holofernes. A los gritos acorrieron los sirvientes y habrían matado a la doncella, si él no se hubiera interpuesto diciendo: *Alto, les suplico, pues he pecado al intentar robarle por la fuerza su virginidad. Que no perezca quien no obró más que por castidad*. Y expiró. Mientras los familiares lloraban al difunto, la doncella con la ayuda de Dios lograba escaparse de la casa y llegar en la noche a la ciudad de Chalons, a casi 35 millas de su punto de partida xxxiii. Allí entró a la basílica de San Marcelo y se prosternó a los pies del rey, narrando todo lo acaecido. El rey muy mi-

sericordioso no sólo le otorgó la vida, sino que pidió se le extendiera una orden con lo que la tomaba bajo su protección, prohibiendo a los parientes del occiso molestarla. Sabemos que, Dios mediante, la castidad de esta joven no fue violada por su raptor.

XXVIII - La reina Brunegilda mandó fabricar un escudo enorme de oro y piedras preciosas, así como dos platos en madera vulgarmente llamados vasijas, unos cubiertos también de oro y yemas que envió al rey de España con Ebregisilo, quien había ido ya varias veces en embajada a ese país. Estaba en el camino, cuando fueron con la noticia al rey Gontrán diciéndole que la reina Brunegilda enviaba regalos a los hijos de Gundebaldo. Al oír esto, el rey ordenó vigilar los pasos de su reino a fin de que nadie transitara sin ser registrado. Esculcaban la ropa de los viajeros, su calzado y pertenencias en busca de cartas ocultas. A su llegada a París, Ebregisilo cargado como lo estaba con los regalos fue capturado por el duque Ebracario y conducido frente al rey Gontrán. El rey le dijo: *¡Ay, desgraciado! Veo que no te basta y ahora urdes proyectos impúdicos. Hete aquí que corres en busca de Balomer que ustedes llaman Gundebaldo, a quien mi ejército venció cuando pretendía apoderarse de mi reino. Hoy envían presentes a sus hijos para que regresen a las Galias y me maten. No irás a donde planeas, antes perecerás de muerte violenta, porque la misión de la que te encargas es contraria a nuestra nación.* Éste negó lo que se le imputaba, alegando que nada se aplicaba a él, que iba a llevar esos regalos a Recaredo quien desposaría Clodosinda, la hermana del rey Childeberto. El rey le creyó y lo soltó, prosiguiendo aquel su camino hacia donde lo mandaban.

XXIX - A raíz de la invitación de Sigeberto, obispo de la ciudad de Mouzon[17] xxxiv, el rey Childeberto decidió pasar las festividades de la Pascua en esa ciudad. Su hijo Teode-

berto yacía entonces enfermo de un tumor en la garganta que lo hacía sufrir mucho, aunque después sanó. El rey Childeberto se ocupaba en levantar un ejército para ir a combatir a la nación lombarda en Italia. Pero los lombardos habiéndose enterado, enviaron legados con presentes al rey diciendo: *Que la amistad sea entre nosotros para que no perezcamos. Te pagaremos tributo, y contarás con nuestra ayuda cada que sea necesaria frente al enemigo.* El rey Childeberto al oír esto, remitió mensajeros al rey Gontrán con la información de los ofrecimientos. Éste no se opuso al acuerdo y aconsejó la ratificación de la paz. El rey Childeberto mandó ordenes para que el ejército no se moviera de su lugar, mientras enviaba legados a los lombardos a fin de que si confirmaban sus promesas el ejército regresara a sus lares. Lo cual, empero, no se llevó a cabo.

XXX - Por cierto que a solicitud del obispo Meroveo, el rey Childeberto despachó a Poitiers a Florenciano, mayordomo de palacio, junto con Romulfo xxxv, conde de palacio, a realizar el censo de la población, cuya rectificación en las cargas de tributo le permitiría recibir lo que allí se recaudaba en tiempos de su padre. Muchos entre los tributarios habían muerto y su carga recaía en las viudas, los huérfanos y los débiles. Se hizo la revisión por ordenes[18], eximiéndose a los pobres y a los inválidos, e inscribiendo en el censo público a todos aquellos cuya condición sometía justamente a tributo. Luego vinieron a Tours, pero cuando pretendieron obligar al pueblo a pagar las cargas según los libros que traían en las manos y que correspondían a las de los reinos anteriores les respondimos: *Es manifiesto que los libros que traen son los realizados en tiempos del rey Clotario, de acuerdo a los registros de cargas y tributarios que se le entregaron, pero que el rey por temor a San Martín quemó. A la muerte del rey Clotario, el pueblo prestó juramento al rey Cariberto, quien juró no imponer leyes ni costumbres nuevas al pueblo, y*

mantenerlo en el estado en el que había vivido bajo el dominio de su difunto padre, y no aplicó, en efecto, ninguna nueva orden tendiente a despojarlo. En la época del conde Gaiso, en virtud, según dijimos, de antiguos censos empezaron a cobrar tributo, pero el obispo Eufrodo lo prohibió y fue a presentarse al rey con el fruto de esa exacción injusta, llevando consigo los libros de los contribuyentes, mas el rey, gimiendo y temeroso del poder de San Martín, quemó los censos y entregó a la basílica de San Martín las monedas extraídas, declarando que ningún vecino de Tours estaría sometido al tributo público. A su muerte, el rey Sigeberto tuvo bajo su dominio a esta ciudad y no la cargó con ningún tributo. Vivimos el décimo cuarto año del reinado de Childeberto, quien desde la muerte de su padre no nos había exigido nada ni la ciudad había gemido bajo el peso de los impuestos. Hoy está en su poder cobrarlos o no cobrarlos, pero tengan cuidado de no atraer el mal sobre el rey, violando su juramento. Me respondieron*: He aquí el registro en virtud del cual este pueblo está sometido a censo.* Y yo dije*: Esos libros no provienen del tesoro real, y no tiene autoridad desde hace buen número de años. No es de sorprenderse si por enemistad hacia sus conciudadanos algunos los conservan en sus casas. Dios juzgará a aquellos que tras un lapso tan largo los sacan para despojar a sus conciudadanos*. Mientras esto sucedía el hijo de Audin, el mismo que había presentado el libro, fue atacado por la fiebre y al tercer día falleció. A continuación enviamos mensajeros al rey para que, en conocimiento de causa, dictaminara; recibiendo de inmediato cartas que, por autoridad real y en reverencia a San Martín, declaraban libre de tributo al pueblo de Tours. Tan pronto como las recibieron nuestros hombres regresaron a su patria.

XXXI - El rey Gontrán hizo marchar un ejército sobre Septimania. A su llegada a Carcassonne, el duque Austrobaldo hizo prestar juramento al pueblo y lo sometió así al rey. El

rey envió enseguida a Boso acompañado por Antescio para subyugar el resto de las ciudades. Éste llegó soberbio, acusando a Austrobaldo por haber entrado sin él a Carcassonne. Avanzaba con las gentes de Saintes, Perigueux, Burdeos, Agen y Toulouse, muy arrogante por el camino, mientras los godos sobre el quién vive le preparaban lazos. Estableció su campamento al borde de un pequeño río cerca de la ciudad y se puso a festejar, y cuando ya briago empezaba a expectorar blasfemias e injurias en contra de los godos, éstos irrumpieron de improviso en medio de los convidados y las viandas. Los comensales se levantaron enseguida pegando alaridos de guerra. Los godos les opusieron poca resistencia y fingieron darse a la fuga, y los otros los persiguieron hasta el lugar de la emboscada, donde fueron repentinamente rodeados y fue una carnicería. Quienes lograron escapar montaron a caballo y huyeron, dejando sobre el terreno su mobiliario, sin salvar de sus pertenencias más que lo que traían encima, y dándose todavía por muy bien servidos con estar con vida. Los godos al perseguirlos recogieron todas sus cosas, cargaron con ellas e hicieron prisioneros a los peones. Mataron a cerca de cinco mil hombres, y se llevaron prisioneros a más de dos mil, si bien liberaron a muchos que luego volvieron a su país xxxvi.

XXXII - El rey azorado de cólera hizo cerrar todos los caminos de su reino, para que ninguno del reino de Childeberto pudiera pasar, diciendo: *Es por la perfidia de aliarse con el rey de España que mi ejército se perdió, y habrá enviado también mensajeros a las ciudades para que no se me sometieran*. A esta fuente de amargura se sumaba además el que Childeberto pensara enviar a Soissons a su hijo mayor Teodeberto, lo cual despertaba las sospechas del rey Gontrán que se decía: *Mi sobrino manda su hijo a Soissons para que tome París y despojarme así de mi reino.* Algo que nunca le pasó por la mente ni tan siquiera a Childeberto, si se me permite expre-

sarlo. Hablaba asimismo en términos injuriosos de la reina Brunegilda, decía que su hijo obraba aconsejado por ella, y añadía que había invitado al hijo de Gundebaldo a unírsele en matrimonio. Al grado que ordenó a los obispos reunirse para comienzos de noviembre en un sínodo. Muchos que se habían puesto en camino desde los confines de las Galias se volvieron en cuanto la reina Brunegilda se purgó por juramento de esa acusación, y Gontrán reabrió las vías de tránsito, dejando paso franco a quienes quisieran ir al rey Childeberto.

XXXIII Por esos días, Ingeltrudis que había establecido un monasterio en el recinto de San Martín se dirigió al rey para acusar a su hija. En ese monasterio vivía Bertafledis, hija del difunto rey Cariberto. Pero al salir Ingeltrudis, Bertafledis ingresó al de Mans. Era muy dada a la gula y al sueño sin ningún cuidado por el servicio de Dios. Quizá nos convenga remontarnos en el tiempo para la historia de Ingeltrudis y su hija. Años antes cuando, según dijimos, Ingeltrudis empezó a organizar un monasterio de religiosas en los patios de San Martín xxxvii, escribió a su hija diciéndole: *Abandona a tu marido y ven, que te haga abadesa de la grey que estoy reuniendo.* Y ésta siguió ese consejo tan frívolo y vino a Tours con su marido, y habiendo ingresado en el monasterio le dijo: *Ahora vete, administra nuestros bienes y gobierna a nuestros hijos, porque lo que es por mí, yo no regreso contigo, porque quien vive en matrimonio no verá el reino de Dios*. Él vino a buscarme y me contó cuanto le había dicho su mujer, por lo que fui al monasterio y le leí el canon del concilio de Nicea cuyo contenido reza: *Si una mujer abandona a su marido, y desprecia el lazo matrimonial en el cual ha vivido, sosteniendo que no tienen parte en la gloria de reino celeste quienes viven en matrimonio: que sea anatema.* xxxviii Bertagundis temerosa de que los obispos le negarán la comunión regresó esa vez con su marido. Sólo para tres o cuatro años

después, cuando su madre la mandó buscar, suplicándole de nueva cuenta que viniera, aprovecharse de la ausencia de su marido, cargar una nave tanto con sus pertenencias como con las de él, llevarse a sus hijos y desembarcar en Tours. Su madre, sin embargo, no la podía retener a causa de la maldad del yerno, y estaba además preocupada de que aquel fuera a proseguir con la acusación que le había falsamente levantado, así que la mandó con su hijo Bertrán, hermano de Bertagundis y obispo de Burdeos. Al esposo que la perseguía, éste le dijo: *La desposaste sin el consentimiento de sus padres, no es tu esposa.* Aunque hacia más de treinta años que estaban casados. El marido regresó varias veces a Burdeos, sin que el obispo se la devolviera. Pero durante la visita del rey Gontrán a la ciudad de Orleans, narrada en el libro anterior [libro 8, cap. 1 y II], este hombre empezó a dirigir palabras acres al obispo, diciendo: *Me quitaste a mi mujer y a sus sirvientes para dedicarte al adulterio con mis sirvientas, y mi mujer peca con los sirvientes tuyos. Algo que no es de un obispo,.* Él rey irritado hizo prometer al pontífice que la devolvería a su esposo diciendo: *Es mi pariente, si algo le pasa de malo en casa de su marido, tendré cuidado de vengarla, pero de otra manera ¿para qué librar este hombre al oprobio privándolo de su mujer?* El obispo Bertrán lo prometió y dijo: *Recibí a mi hermana habiendo transcurrido varios años de su matrimonio, es cierto, por amistad y por el deseo que tenía de quedarse conmigo; pero ya se fue: que la tome quien quiera, no me opondré.* Y calló, pero le remitió en secreto unos mensajeros previniéndola para que tomara el hábito y entrara en religión en la basílica de San Martín, lo cual hizo incontinente. Su esposo volvió a la carga seguido de mucha gente para arrancarla del lugar santo. Pero ella ya había tomado el hábito y se entregaba a la penitencia, según aseguraba, y rehusó seguir a su marido. Sin embargo, a la muerte del obispo Bertrán en la ciudad de Burdeos, pareció

por fin percatarse de sus actos y se exclamó: *Infeliz de mí, ¡por qué escuché los consejos de mi mala madre! Ahora que mi hermano ha muerto, y yo vivo separada de mis hijos, ¿a dónde puedo ir? Ay, infeliz de mí, y ¿para hacer qué?* Entonces determinó ir a Poitiers, no obstante todo lo que su madre pudiera decirle para retenerla, con el resultado de una cruel enemistad entre ellas. En efecto, a partir de entonces concurrieron ambas con frecuencia al rey, pues una quería conservar los bienes de su padre y la otra los de su marido. Bertagundis mostró la donación que le había hecho su hermano Bertrán diciendo: *Mi hermano me dio tal cosa.* Donación que la madre no reconocía y con la intención de apropiarse de todo, envió gentes que irrumpieron, quebrando la puerta, en casa de su hija, y se llevaron además de la donación, todo. Ella misma dio las pruebas al restituir, cuando se le obligó a la demanda de su hija, algunas de las prendas que se había llevado. Tanto mi colega Meroveo como yo, habíamos recibido cartas del rey pidiéndonos pacificar este asunto, por lo que Bertagondis vino a Tours. Examinamos, juzgamos y logramos que se conformara, al menos en cuanto nos fue posible, a la razón; pero nada pudo ablandar a la madre: iracunda fue a ver al rey, y en ausencia de su hija le presentó el caso, decidiéndose que restituiría un cuarto xxxix de lo que le quitó a su hija; conservando para ella y los nietos, hijos de un hijo y que estaban con ella, los tres cuartos restantes. El presbítero Teutario, antes canciller del rey Sigeberto, y que recientemente había entrado en el clero y recibido los honores del sacerdocio, fue nombrado para realizar la partición, pero como la hija no la aceptó, tampoco se llevó a cabo y la querella persistió.

XXXIV - Riguntis, hija de Chilperic, acusaba seguido a su madre, pretendía ser su señora a la que ésta debía servir, y no se ahorraba los insultos, acabando las dos con frecuencia por agarrarse a tortazos y trompadas. Un día su madre le

dijo: *¿Por qué me molestas, hija? He aquí los tesoros de tu padre cuya guarda tengo, tómalos y haz con ellos lo que gustes*, y se entró al gabinete del tesoro donde abrió un cofre repleto de collares y joyas que conforme iba sacando ponía en las manos de su hija hasta que le dijo: *Ya me cansé, ahora mete tú misma la mano y coge lo que encuentres.* Incontinente aquella metió el brazo en el cofre para seguir extrayendo los tesoros, pero su madre jaló entonces la cubierta del cofre dándole en la cabeza, y todavía reunió todas sus fuerzas para apretarla sobre el cuello de su hija al que hería con la tabla inferior, y bajo la presión casi le saltaron los ojos de las órbitas. Mas una sirvienta que estaba presente, se puso a gritar: *¡Acorran*, pidió,*miren que asesina su madre a mi ama!* E inmediatamente quienes se habían quedado en la puerta a la espera de ellas acudieron, rescatando así a Riguntis de un peligro inminente. Después de lo cual y, sobre todo a causa de los adulterios a los que era propensa Riguntis, prosiguieron entre ellas las riñas y los golpes.

XXXV - Bertrudis xl al morir, instituyó heredera a su hija, legando algunas cosas al monasterio de religiosas que había fundado y a las iglesias de los santos confesores. Pero Vadon de quien hablamos en un libro anterior [VI y VII], se quejó de que el yerno de Bertrudis le había quitado sus caballos, y quiso ir a una estancia heredada por la hija en el territorio de Poitiers, diciendo: *Él vino de otro reino y se llevó mis caballos, yo le quitaré su finca.* Envió ordenes al administrador para que previera lo necesario a su estancia y gastos. Al oír esto, el administrador xli juntó a los hombres de la casa y se preparó al combate, diciendo: *Sobre mi cadáver entrará Vadon a la casa de mis señores.* Cuando la mujer de Vadon escuchó que proyectaban combatir a su esposo, le dijo: *Querido conyugue no vayas, si vas te matarán, y yo me quedaré pobre y desdichada con tus hijos*, enseguida lo tomó de las manos aún con la esperanza de retenerlo, y su hijo también le

decía: *Si vas pereceremos los dos, y dejarás a mi madre viuda y huérfanos a mis hermanos*. Mas no hubo palabras que lo detuvieran, antes encendido de cólera contra su hijo al que llamaba vil y cobarde, le arrojó su hacha y le habría roto la cabeza, si él echándose a un lado no hubiera evitado el golpe. Montaron pues los dos a caballo, y despacharon al administrador nuevas órdenes para que se barriera la casa y dispusieran tapetes sobre los bancos. Pero aquel no hizo ningún caso de estos mandamientos, sino que colocó a todos los hombres y mujeres de la casa frente a la puerta de su amo, en espera de la llegada de Vadon. Al llegar, entró directo a la casa y dijo: *¿Por qué no se cubrieron estos bancos con tapetes? ¿Por qué no se barrió la casa?* Y levantando su hacha la dejó caer sobre la cabeza del administrador que cayó muerto. Tan pronto empero como el hijo del muerto vio esto, le tiró su lanza en pleno estómago traspasándolo de parte en parte; y con el hierro que le salía por la espalda, rodó a tierra. La multitud de gente reunida sobre la explanada empezaba por otro lado a apedrearlos. No obstante, algunos hombres de su compañía se abrieron paso a través la lluvia de piedras y cubrieron a Vadon con un manto; y su hijo tras apaciguar al pueblo lo colocó sobre un caballo. Llegó todavía con vida, aunque rindió rápido el alma en medio de las lágrimas de su mujer e hijos. Después de perecer de tan infeliz manera, su hijo fue al rey y obtuvo sus bienes xlii.

XXXVI - También durante este año de su reino, estaba Childeberto con su esposa y madre en el territorio que llaman Estrasburgo xliii cuando, de las ciudades de Soissons y de Melun, vinieron hombres fuertes y le dijeron: *Danos uno de tus hijos para que lo sirvamos y con el resguardo de alguien de tu progenie opongamos mejor resistencia al enemigo en la defensa de tus ciudades*. Feliz de lo que pedían, decidió darles a Teodoberto su hijo mayor, quien en el séptimo mes de este

año [agosto 589] se puso en marcha junto con condes, servidores, intendentes, gobernadores y, en fin, todos los indispensables al servicio real, para responder al deseo de quienes lo solicitaban. El pueblo lo recibió con júbilo y suplicó a la misericordia divina que le otorgara, igual que a su hermano, una vida más larga que la de su abuelo.

XXXVII Por esos días se hallaba en la ciudad de Soissons, Droctigisilo, el cual había perdido, a lo que se dice, la razón por el exceso de bebida desde hacia cuatro años. Como la locura lo atenazaba sobre todo dentro de los muros de la ciudad, muchos ciudadanos aseveraban, que la causa de su mal residía en la expulsión del archidiacre al que despojó de su dignidad. Y es verdad que en cuanto salía, actuaba con mayor comedimiento. La llegada de Teodoberto a la ciudad coincidió con un lapso en que Droctigisilo se encontraba bien, sin embargo, no se le permitió entrar. Aunque era un glotón y un bebedor desaforado mucho más allá de lo que conviene a la prudencia sacerdotal, jamás se pudo decir de él que hubiera caído en el adulterio. Y un sínodo de obispos que se reunió en la ciudad de Sorci xliv ordenó se le autorizara reingresar a su ciudad.

XXXVIII - Después de dar a luz a un niño muerto, la reina Faileuba yacía enferma y alcanzó a oír ciertas conversaciones según las cuales algunas personas intentaban actuar en contra de ella y de la reina Brunegilda. Tan pronto como se alivió, fue a ver al rey y les expuso a él y a su madre lo que sabía. Se había enterado de que Septimina, la nodriza de sus hijos pretendía convencer al rey de expulsar a su madre y abandonar a su esposa para casarse con otra que lo manejaría a su gusto u obtendría con súplicas cualquier cosa. Que si el rey no se plegaba a ese consejo, lo harían morir con maleficios, elevarían sus hijos al trono y, tras haber alejado cuidadosamente a su madre y abuela, gobernarían el reino

en su nombre. Mencionó como participantes a Sumnegesilo, el conde de las caballerizas; a Galomagno, el encargado de los referéndums; y a Droctulfo, recién otorgado a Septimina a fin de ayudarla con los hijos del rey. Septimina y Droctulfo fueron aprehendidos en el acto y amarrados a postes donde se les azotó. Entonces Septimina confesó que había sido por amor a Droctulfo, de quien era la prostituta, que hizo perecer a su marido Jovio por medio de maleficios. Contó también cuanto dijimos, y señaló como involucrados a todos aquellos que ya citamos. Yéndose enseguida tras ellos, pero ellos espantados por su conciencia, buscaron refugio en iglesias. El rey mismo fue a verlos y les dijo: *Salgan para que los juzguen y sepamos si las cosas de que se les acusan son verdaderas o falsas. Aunque pienso que no se hubieran resguardado en esta iglesia sin el acicate de su conciencia. Reciban, no obstante, la promesa de que tendrán la vida salva, incluso si se les halle culpables, porque somos cristianos y no nos es dado castigar a los criminales sacados de la iglesia.* Salieron de la iglesia y se les condujo para el juicio ante el rey. Durante el examen de la acusación , reclamaron diciendo: *Septimina y Droctulfo nos comunicaron es verdad su proyecto, pero nosotros lo execramos y nunca habríamos consentido a ese crimen.* Y el rey dijo: *¿Acaso no consintieron queriéndonos lo celar?* Se les hizo salir y ellos se acogieron otra vez a la iglesia. Pero Septimina igual que Droctulfo fueron violentamente golpeados. A ella le quemaron el rostro con hierros candentes y tras despojarla de sus mínimas pertenencias, se le llevó al pueblo de Marlheim xlv para girar la muela y preparar a diario el harina necesaria a la alimentación de las mujeres del gineceo. A Droctulfo le cortaron cabellos y orejas, y se le remitió para el cultivo de los viñedos, pero a los pocos días escapó. El administrador partió a su caza, llevándolo al rey y, de nuevo, a los viñedos de donde recién se había fugado. Privados de todos los bienes otorgados por el fisco, Sumne-

gisilo y a Galomagno partieron al exilio. Aunque merced a legados del rey Gontrán que suplicaron por ellos, y entre los cuales había obispos, se les levantó la pena de exilio, si bien no conservaron sino sus bienes propios xlvi.

XXXIX - En el monasterio de Poitiers, el diablo con sus mañas entró en el corazón de Clotilde que se decía hija del difunto rey Cariberto. Provocó un escándalo y fiada en su parentesco con los reyes, hizo prometer a las religiosas que una vez que ella acusara a la abadesa Leubovera, la nombrarían en su lugar. Salió pues del monasterio acompañada por cuarenta o más religiosas y por su prima Basina, hija de Chilperic xlvii diciendo: *Voy al encuentro de los reyes mis parientes a enterarlos de nuestras afrentas, porque se nos rebaja aquí como si fuéramos hijas no de reyes, sino nacidas de malas sirvientas*. Había olvidado, la pecadora infeliz, la humildad de la bienaventurada Radegunda, fundadora del monasterio. Al llegar a Tours nos vino a ver y tras darnos el saludo dijo: *Te suplico, santo obispo, dígnate abrigar y alimentar a estas mozas que humilla de forma intolerable la abadesa de Poitiers, voy ante los reyes mis parientes, les referiré lo que sufrimos y regreso, abrígalas hasta entonces*. Le dije: Si la abadesa falta en algo a la regla canónica, vayamos con nuestro colega el obispo Meroveo a admonestarla; pero ustedes retornen al monasterio y corrijan así su conducta, que el lujo no disperse a las que santa Radegunda reunió para el ayuno, las oraciones numerosas y las muchas limosnas. Ella respondió: *De ninguna manera. Iremos a ver los reyes*. Y yo le dije: *¿Porqué se niegan a la razón y cuál puede ser el motivo para que rechacen las admoniciones sacerdotales? Mucho me temo que la reunión de los obispos les prohíba la comunión*. Y en efecto, así lo dispusieron nuestros predecesores en la carta que escribieron a la bienaventurada Radegunda en los tiempos del establecimiento de su congregación. Creí deber aunar la carta.

A la bienaventurada doña Radegunda, hija de la Iglesia en Jesús Cristo. Eufronio, Pretextato, Germán, Félix, Domiciano, Victorio y Domnolo obispo xlviii*. Por el cuidado de Dios infinito que brinda incesantemente a los hombres los medios de su salvación, sin que ningún tiempo ni lugar estén privados de su socorro, el árbitro bienhechor siembra personas, aquí y allá dentro de la herencia entregada para el cultivo a la Iglesia, por cuyo medio su campo es labrado asiduamente por la fe, por el azadón de la fe y, gracias a la temperatura que le da el cielo, rinde por centuplicado los frutos de la cosecha del Señor. Su bondad por doquier dispensa favores y nunca niega aquello que conoce ir en beneficio de la mayoría, para poder coronar el día del Juicio a muchos, gracias al ejemplo santísimo de esas personas. Así fue durante el nacimiento de la religión católica, cuando los habitantes de las Galias vivían en la prisión de una fe primitiva, mientras el conocimiento de los misterios inefables de la Trinidad no era asequible sino a unos pocos; entonces el Señor, a fin de no ganar menos aquí de lo que con la predicación de los apóstoles ya ganaba en el mundo, se dignó en su misericordia enviar para esclarecer nuestra patria al bienaventurado Martín, nacido de estirpe extranjera* xlix*. Él, aunque no vino en los tiempos de los apóstoles, suplió la falta de primacía con la gracia del Señor, la gracia apostólica no le faltó, pues quien brilla por sus méritos no pierde nada por venir en segundo lugar. Nos alegramos, reverendísima hija, de ver revivir en usted por favor divino este ejemplo de dilección en que la fe, gracias al esfuerzo, renace de la decrepitud misma del mundo y del declinar de los siglos; y lo helado en el invierno de la vejez, se tibia al calor del fervor del alma suya. Pero como viniste aproximadamente al mismo lugar a donde llegó el bienaventurado Martín, no nos sorprende verte imitar en tus obras a aquel que pensamos te sirvió de guía en tu camino y que, siguiendo sus pasos y ejemplo, cumplas tu voto*

asociándote a ese bienaventurado tanto como rehúyes cualquier contacto social. Resplandeciente con la luz de sus doctrinas, llenas de una celeste claridad el corazón de tus escuchas al grado que atraídas por ti y ardiendo del fuego divino, las doncellas se apresuran a venir a tu seno para saciarse en el amor de Cristo, y abandonan a sus padres, dándote la preferencia por sobre sus madres, un efecto de la gracia no de la naturaleza. Al ver esos votos hechos por afección, damos gracias a la misericordia suprema que hace coincidir las voluntades de los hombres con la suya propia, y no dudamos que quiera conservar en su seno a quienes llamó para que se reunirlas a tu alrededor. Como supimos además que, por protección divina, algunas mozas de nuestras diócesis están deseosas de someterse a la regla que instituiste, y leímos la solicitud que nos presentas en tu epístola la cual recibimos con júbilo, por Jesús Cristo, nuestro autor y salvador, determinamos que cuantas se reunieron a tu alrededor permanezcan inviolablemente ligadas, en el amor de Dios, a la morada que según parece eligieron en el ejercicio de su plena voluntad. Porque frente al cielo, nada debe de mancillar la fe prometida a Cristo, y no es un pequeño crimen el contaminar, Dios no lo quiera, el templo del Señor sólo para que lo destruya en su ira luego. Disponemos, sin embargo, que ninguna habiendo entrado al monasterio de Poitiers para seguir las instituciones de monseñor Cesario, obispo de Arles de feliz memoria, y viviendo por la gracia de Dios, en los lugares bajo nuestra jurisdicción sacerdotal, que ninguna que de acuerdo a la regla haya entrado por su aparente propia voluntad podrá tomarse la licencia de salir, por el miedo de que la infamia de una sola manche de vergüenza aquello que ante todos relumbra con el brillo del honor. Y si, y Dios nos preserve, alguna impulsada por un espíritu insensato pretendiera cubrir de una tal ignominia su disciplina, gloria y corona; si alguna presta oído al consejo del enemigo del género humano e, igual que la Eva arrojada del

paraíso, consiente en salir del recinto de monasterio, o sea del cielo para sumirse y revolcarse en el vil fango de las calles; en ese caso que se le separe de la comunión y se le cubra de un anatema horrible, de suerte que si tras haber abandonado a Cristo, y ya en el poder del diablo quiere desposar a un hombre, no sólo la fugitiva sino también el concubino sean vistos como adúlteros infames, y el marido como un sacrilegio; y que quien quiera que la haya aconsejado en ese sentido, dándole veneno que no un consejo, sea, por juicio divino y con nuestra asistencia, condenado a una venganza semejante a la pronunciada contra ella; esto hasta que separada de su concubino haya vuelto al lugar que abandonó y realizada la penitencia por su crimen execrable, merezca ser recibida y reelegida. Agregamos también respecto a nuestros sucesores en el sacerdocio su obligación en la ejecución de estas decisiones; y si, aunque no lo creemos, alguno quisiera ir contra nuestras deliberaciones que sepa que lo apelaremos a juicio frente al Juez eterno, porque los preceptos comunes para la salvación y las promesas a Cristo tienen un carácter de observación inviolable. A este decreto creímos necesario proveerlo de nuestra firma a fin de darle más solidez y que, con la protección de Cristo, sea por siempre observado por nosotros.

Clotilde oyó la lectura que se le hizo de la carta y dijo: *Nada nos retendrá e iremos sin demora ante los reyes nuestros parientes.* Como no se les había provisto de caballos habían venido a pie de Poitiers y estaban exhaustas. Nadie tampoco les dio de comer sobre el camino, además habían llegado a nuestra ciudad el primer día del primer mes[1° de marzo], durante la temporada de fuertes lluvias y las rutas estaban anegada y todo bajo el agua.

XL - Se quejaron mucho del obispo alegando que su procedimiento doloso era la causa de su turbación y del consecuente abandono de su monasterio. Pero remontemos a los

orígenes de este escándalo. Durante el reino de Clotario, la bienaventurada Radegunda fundadora de este monasterio se mostró siempre al igual que su congregación obediente y sumisa a los obispos. En tiempos de Sigeberto, empero, y con el advenimiento al episcopado [de Poitiers] de Meroveo, a santa Radegunda por su fe y devoción se le permitió, mediante cartas patentes del rey Sigeberto, enviar clérigos a oriente en busca de astillas de la cruz de nuestro Señor además de reliquias de los santos apóstoles y de otros mártires. Los cuales fueron y tornaron con su encargol. A su llegada la reina le pidió al obispo venir a entregarlos al monasterio con el honor que se les debía y solemnes cantos. Pero él despreció la solicitud, montó a caballo y partió hacia su villa. La reina se dirigió entonces al rey pidiéndole se interpusiera para que un obispo cualquiera viniera al monasterio a entregar las reliquias con los honores correspondientes y de acuerdo a la promesa que ella había hecho. Para esto nombró al bienaventurado Eufronio, obispo de la ciudad de Tours, quien en la ausencia del obispo del lugar, condujo seguido por su clero, las reliquias al monasterio en medio de los cantos, los cirios resplandecientes y una gran pompa de incienso. Posteriormente la bienaventurada Radegunda intentó restablecer las relaciones con el obispo sin nunca lograrlo, al punto de tener que ir a Arlés en compañía de la abadesa que instituyó. Allí tomaron la regla de San Cesario y Santa Cesaria, y puesto que el pastor que debía defenderlas no lo hacía optaron por colocarse bajo la protección real. Ese fue el origen de disentimientos que día a día se agravaron hasta el tiempo del tránsito de este mundo al otro de Radegunda. Después de su muerte, la abadesa pidió ponerse de nuevo bajo la supervisión de su obispo, quien primero se rehusó, aunque luego se rindió al consejo de los suyos, prometiendo servirles de padre según era conveniente, y tomar su defensa siempre que ellas lo requirieran. Del rey

Childeberto, obtuvo un diploma para gobernar en regla ese monasterio a la par que sus otras parroquias, si bien no me cabe duda que un residuo de no sé que se le quedó en el alma y vino a ser la causa, como aseguran las religiosas, de nuevas discordias.

Ellas tenían la intención de ir a presentarse al rey, y nosotros les dimos nuestro consejo, les dijimos: *Su intención es en todo contrario a la razón, pero puesto que no hay forma de hacerles entender aquello que les evitaría ser censuradas, ya que desprecian la razón y cierran el entendimiento a un consejo saludable, consideren al menos que más vale dejar pasar el invierno, esperar la primavera con sus vientos clementes para ir a donde su voluntad las lleve.* Accedieron y en el verano siguiente Clotilde abandonó Tours, dejando a las religiosas con su prima, para dirigirse al rey Gontrán quien la recibió y colmó de regalos, volvió enseguida a Tours sin Constantina, la hija de Burgolino, que se quedó en el monasterio de Autun en espera de los obispos a quienes diera orden el rey de examinar la controversia con la abadesa. En su ausencia varias religiosas embaucadas por ciertas gentes contrajeron lazos matrimoniales, mientras que aquellas que aguardaban la llegada de los obispos no viéndolos venir, regresaron a Poitiers refugiándose en la basílica de San Hilario a cuyo alrededor se aglutinaron muy pronto ladrones, asesinos, adúlteros y criminales de toda calaña en la espera del combate al que se preparaban, diciendo: *Estamos degradadas, pero al monasterio no nos reintegraremos sino hasta la partida de la abadesa.*

Había en ese monasterio una reclusa que años antes se había precipitado desde lo alto de sus murallas, e ido a refugiar en la basílica de San Hilario, escupiendo cantidad de acusaciones, que reconocimos como falsas, en contra de la abadesa. Aunque posteriormente y con la ayuda de sogas, as-

cendió de nuevo al monasterio por el lugar mismo desde donde se había precipitado, y pidió a grandes voces que la encerraran en una célula secreta diciendo: *Porque he pecado contra Dios y doña Radegunda (que todavía vivía), quiero separarme por completo de la sociedad de esta congregación y hacer penitencia por el olvido que tuve de mis deberes. Sé que el Señor está lleno de misericordia y perdona los pecados a quienes los confiesan.* Y entró en su célula, pero cuando el escándalo estalló y Clotilde regresaba de visitar al rey Gontrán, esta reclusa forzó una noche la puerta de su cédula para salir del monasterio, prorrumpiendo igual que la primera vez, una avalancha de acusaciones en contra de la abadesa.

XLI - Mientras sucedían estas cosa, Gondegesilo, obispo de Burdeos, se adjuntó en su calidad de metropolitano de Poitiers a Nicasio, el obispo de Angulema; a Safario, el obispo de Perigueux, y a Meroveo, el obispo de Poitiers li, encaminándose todos a la basílica de San Hilario a fin de amonestar a las religiosas en un intento por que regresaran al monasterio; pero como ellas obstinadas se rehusaron, el obispo de Burdeos seguido por los demás pronunció la excomunicación que prescribía la epístola insertada con anterioridad, entonces empero el tropel brutal del que ya hablamos y que las acompañaba, se sublevó cubriendo a los clérigos de golpes, y es un hecho que de la basílica de San Hilario echaron a los obispos a la calle y al suelo de donde se levantaron a duras penas, mientras los diáconos y otros clérigos salían de la basílica ensangrentados y con las cabezas rotas. El diablo seguramente se inmiscuyó, tan ciego fue el pavor con el que todos salieron del santo lugar, sin detenerse a despedirse siquiera, huyendo como por su vida a pie por el primer camino que se les atravesó. Desiderio, el diácono de Siagrio, obispo de Autun, que se halló presente en el desastre se arrojó al Clain sin demorarse a buscar el vado por el que ha-

bía pasado, y cruzó así el río con su caballo a nado. Pasado este lance, Clotilde escogió encargados de negocios que invadieron las estancias del monasterio y pasaron a apropiarse de cuanto pudieron, haciéndose obedecer de los servidores del monasterio por la fuerza y los malos tratos; amenazaba también, si lograba entrar, con aventar a la abadesa desde lo alto de las murallas.

Esto se reportó al rey Childeberto, quien enseguida giró órdenes al conde Macon [conde de Poitiers] para que procediera a aplacar las discordias. Gondegesilo y los demás habían privado de la comunión a esas religiosas, éste escribió al rey Gontrán lii y a los obispos de su compañía, en su nombre y en el de sus colegas presentes, y recibió la siguiente respuesta:

Respuesta ejemplar

A nuestros señores y dignos poseedores de su sede apostólica, Gondegesilo, Nicasio, Safario, Heterio, Onacario, Esiclio, Agrícola, Urbico, Félix, Veran, al otro Félix y a Bertrán liii, *obispos. Recibimos las cartas de sus beatitudes y nos alegramos de saberlos en buena salud, si bien nos acongojamos no poco al enterarnos de los insultos que sufrieron, y como echando al olvido toda reverencia a la religión se transgrede la regla. Nos informaron que unas religiosas salieron, a la instigación del diablo, del monasterio fundado por Radegunda de virtuosa memoria, negándose a escuchar sus admoniciones y recogerse en el recinto del monasterio, y la manera en que se hicieron culpables de maltrato hacia ustedes y los suyos en la basílica de monseñor Hilario. Por lo que, creyeron necesario privarlas de la comunión, y solicitan el consejo de nuestra mediocridad. Reconocemos que consultaron con acierto los santos canones, donde la regla impone no sólo la excomunicación, sino la satisfacción por la penitencia para quienes se dejan llevar a esos extremos., Por eso nos declaramos de acuerdo con las medidas*

tomadas hasta que reunidos en un concilio sinodal, a principios de noviembre, deliberemos juntos la manera de poner un freno a tales temeridades, a fin de que nadie después ose insolencias similares, y al respeto que les tenemos, agregamos los sentimientos de una viva afección. No obstante, como vemos que el señor apóstol Pablo nos advierte en sus escritos que debemos incesantemente "a tiempo y contratiempo" [II, Epístola a Timoteo, 4,2] remediar las transgresiones con las predicaciones continuas, y puesto que asegura que "la piedad es útil para todo" [ibid., 4, 8], les pedimos imploren con oraciones asiduas a la misericordia de Dios, para que inflame en esas pecadoras el espíritu de compunción, y satisfagan dignamente por la penitencia a los delitos en los que cayeron, y a fin de que en virtud de sus solas predicaciones esas almas pérdidas retornen a su monasterio, y aquel que cargó sobre sus hombros a la oveja descarriada de vuelta al redil, se alegre de su retorno como de la adquisición de un rebaño entero. Les pedimos en particular que nos otorguen siempre el socorro de su intercesión. Yo su Heterio, pecador, me permito saludarlos; yo, cliente de usted, Esiclio, me atrevo a saludarlo; yo que lo aprecio, Siagrio, lo saludo con respeto; yo, su respetuoso servido, Urbico, lo saludo; yo, obispo Veran, lleno de veneración por usted lo saludo con respeto; yo, servidor suyo Félix, me permito saludarlo; yo, obispo Bertrán, su muy humilde y afectuoso servidor me permito saludarlo.

XLII - Por su parte, la abadesa leyó en voz alta una epístola dirigida por Radegunda a los obispos de su época, y mandó copias a los obispos de las ciudades vecinas. He aquí una copia:

Epístola ejemplar

A mis santos señores y dignísimos posesores de la sede apostólica, y mis padres en Jesús Cristo, a todos los obispos, Radegunda pecadora. Cuando se inician las cosas debemos tener la

esperanza de lograr proveer a su solidez y eficacia, como cuando el estado de la grey se comunica a los padres, médicos y pastores, a cuya prudencia se encomendó para que intervengan dentro de sus posibilidades con el ejercicio de la caridad, los consejos de su autoridad y el auxilio de sus oraciones. Ya antaño liberada de los lazos de la vida secular por las inspiraciones de la Providencia y de la misericordia divina, me puse libremente bajo el yugo de Cristo y de la regla religiosa, aplicándome con todas las fuerzas de mi espíritu a ser útil a los demás para que, por la voluntad de Dios, mis deseos se realizaran a su mayor ventaja. Levanté y erigí, mediante la institución y buenos oficios del excelentísimo rey señor Clotario, el monasterio de mujeres de la ciudad de Poitiers, que doté con lo que pudo acordarme la munificencia real. Establecí la regla de Santa Cesaria sobre esta congregación que reuní gracias a Cristo y a su auxilio, regla inspirada según conviene en los santos padres, por el cuidado del bienaventurado Cesario, el obispo de Arlés, y con el consentimiento de los bienaventurados obispos de otras ciudades. Por elección de nuestra congregación instituí abadesa a nuestra señora y hermana Agnes, la cual desde su más tierna edad instruí y crié como mi propia hija, aceptando a partir de este momento obedecerle conforme a la regla, y sometérmele después de Dios,. En estricta observancia de las formas apostólicas , yo y mis hermanas, pusimos en sus manos las actas de cuanto poseemos en este mundo, sin conservar a nuestra entrada en el monasterio nada para nosotras, por temor de incurrir en la suerte de Anania y Safira. Pero como la duración y el término de la vida humana son inciertos y el mundo corre a su fin, y muchos se complacen en servir su propia voluntad antes que la divina, llevada por el celo de Dios transcribo sobre este papel mis ruegos para aquellos entre ustedes que, por la voluntad de Cristo, me sobrevivan en su apostolado; y lo que no pude hacer en persona, lo hago por medio de esta epístola y me prosternó a sus pies en el

nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y del día temible del juicio, para que cuando éste venga no se levanté en tirano, sino que los corone con la benignidad de un rey legítimo. Los conjuro para que dado el caso, y Dios no lo quiera, en que después de mi muerte alguien por azar, cualesquiera que sea su persona, ya el obispo del lugar ya un delegado de la autoridad real ya otro el que fuera, intente introducir el desorden en la congregación con sugerencias malévolas o mediante procedimientos jurídicos para violar la regla o instituir abadesa a otra que a sor Agnes, consagrada por la bendición del bienaventurado Germán en presencia de sus colegas; o en que en el interior mismo de la comunidad se levanten murmuraciones con la finalidad de obtener cambios, lo cual es imposible; o si una persona cualquiera, incluyendo al pontífice del lugar, intenta ejercer su influencia sobre el monasterio y sus negocios sobrepasando la autoridad que, estando yo en vida, tuvieron los obispos sus predecesores; si se busca establecer un nuevo privilegio o bien alguien pretende quitarle al monasterio alguna de las cosas donadas por mi excelentísimo señor Clotario o mis excelentísimos señores los reyes sus hijos. Donaciones que, con la autorización del excelentísimo señor Clotario, transcribí en cartas patentes transfiriendo su propiedad al monasterio, no sin la confirmación de los excelentísimos señores reyes Cariberto, Gontrán, Chilperic y Sigeberto, que me la dieron por su autoridad bajo juramento y firma. Si un príncipe, pontífice o sor, u otra persona cualquiera en un deseo sacrílego se atreve a invadir, reclamar y apropiarse alguna de las donaciones otorgadas al monasterio para la salud de su alma por otros, o alguna de las que concedieron las sores sobre sus propios bienes: en nombre de la voluntad de Cristo y por mis ruegos pido a su santidad y a la de sus sucesores que intervengan según Dios, para que los espoliadores de los pobres y los secuestradores de sus bienes sean privados del favor suyo y que oponiéndose usted nadie pueda intrometerse a alterar la regla o

invadir los bienes del monasterio. Lo conjuro también para que, cuando Dios quiera retirar de este mundo a la dama y sor Agnes, nuestra congregación elija en su lugar a una abadesa que, por la voluntad de Dios y la suya, guarde nuestra regla y no le reste nada en el objetivo de santidad que nos propusimos, de manera que nunca perezca, ni por voluntad propia ni por la de nadie. En presencia de Dios y de los santos, también le suplico que si, y Dios no lo permita, alguno quisiera, contra el orden de Dios y la autoridad de los reyes, modificar en algo de las condiciones cuyo cumplimiento pido, o quiere despojar al monasterio de un bien o persona, o molesta de alguna manera a la mentada sor abadesa Agnes; que el culpable incurra el juicio de Dios, de la Santa Cruz y de la bienaventurada María y que los bienaventurados confesores Hilario y Martín, a los cuales remito después de Dios la defensa de mis hermanas, se encarguen de perseguir y pleitear contra él. A usted también bienaventurado pontífice y a sus sucesores, los requiero para que defiendan celosamente la causa de Dios y si, lo que no quiera Dios, hubiera quien maquine contra el monasterio, no duden en repeler y combatir al enemigo de Dios, ni a presentarse ante el rey que reine en ese momento sobre el país, o en ir a la ciudad de Poitiers a informarse de las cosas que se les encomendó ante Dios, y aplicar la justicia hacia los autores y defensores de la iniquidad, para que ningún rey católico permita acaezca nunca una indignidad tal y frene la destrucción de lo establecido por la voluntad divina, la mía y la de los mismos reyes. Conjuro también a los príncipes que Dios quiera instaurar o conservar a la cabeza de los pueblos después de mi muerte, en nombre de aquel cuyo reino no tiene fin y por cuya voluntad se consolidan los reinos, ése mismo que les dio corona y vida, les ruego ordenen que el monasterio, que instituí, sometí a la regla y doté con el permiso y socorro de los reyes, sus padres o abuelos, sea gobernado bajo su protección y las órdenes y bajo el acuerdo de la abadesa Agnes, sin que se

le autorice a nadie inquietar o molestar a la mentada abadesa ni a nadie perteneciente a nuestro monasterio, ni modificar o expoliarlo de lo que le pertenece. Por el amor de Dios y frente al Redentor de las naciones, los imploro para que lo defiendan y garanticen con el acuerdo de nuestros señores obispos y alcancen el reino eterno y vivan en compañía del defensor de los pobres y esposo de las vírgenes, en cuyo honor resguardaron a las siervas de Dios. Les suplico también muy santos pontífices y excelentísimos señores, por la fe católica en la que los bautizaron y por las iglesias bajo su guarda, que cuando Dios me separe de este mundo, mi cuerpo sea sepultado en la basílica que empezamos a erigir en honor de Santa María, madre del Señor en la cual ya reposan varias de nuestras hermanas, así se los pido, aun cuando la basílica no estuviera terminada. Y si alguien se opusiera, por la intercesión de la cruz de Cristo y de la bienaventurada María, que incurra en la venganza divina y, merced a la intercesión de ustedes, se me acorde un rincón en esta basílica donde se me entierre, en la vecindad de las hermanas de mi congregación. Los interpelo con lágrimas en los ojos para que esta súplica suscrita de mi mano sea conservada en los archivos de la catedral, para que si la necesidad lo exige mi hermana la abadesa Agnes o la congregación acorran a su auxilio contra los malos; y mediante los cuidados de su solicitud pastoral se les otorguen las consolaciones piadosas de su misericordia, y nunca puedan decirse abandonadas por mí que, primero Dios, busqué la benevolencia de ustedes hacia ellas. Entregó todas estas cosas ante la mirada de aquel, que desde lo alto de su cruz gloriosa encomendó la Virgen su madre al bienaventurado apóstol Juan, para que como él cumplió esa orden de Dios, ustedes también cumplan, señores míos, padres de la iglesia y varones apostólicos, cuanto yo humilde e indigna les encargo aquí. Al custodiar lo que se les confía, participarán del mérito de quien cumplió el mandato apostólico y reproducirán dignamente su ejemplo.

XLIII - Posteriormente el obispo Meroveo que sabía hablaban mal de él, envió hacia el obispo Gondegesilo y los obispos sufragantes, a Porcario, el abad de San Hilario, para intentar reintegrar las religiosas a la comunión, y le permitieran venir y ser escuchado; pero no lo logró. El rey Childeberto importunado de continuo por ambas partes, a saber por las religiosas y el monasterio, despachó al sacerdote Teutario con el objetivo de terminar la querella. Éste convocó a Clotilde y a las otras mujeres quienes dijeron: *No vamos porque se nos niega la comunión. Si obtuviéramos la reconciliación concurriríamos de inmediato a la audiencia*. Él fue en busca de los obispos y trató con ellos del caso, si bien de ninguna manera logró que las readmitieran a la comunión, por lo que se volvió a Poitiers. Todas esas mujeres estaban dispersas, unas con sus padres, otras en su propia casa, mientras otras habían regresado al monasterio ya que, a causa del rigor del invierno y la falta de leña, no podían permanecer juntas. Sólo un corto número se quedó con Clotilde y Basina, y entre ambas reinaba la discordia porque las dos querían mandar.

XLIV - Ese año hubo después del primer domingo de pascua liv un chubasco terrible mezclado con granizo que convirtió en el espacio de dos o tres horas a los valles en ríos. Los árboles florecieron en el otoño y dieron frutos parecidos a los que ya se habían recogido; rosas aparecieron en el noveno mes. La cruda de los ríos sobrepasó toda medida anterior, cubriendo con sus aguas sitios donde nunca habían llegado y dañando no poco las simientes.

i Ver libros 4 y 5. Gosuinda se alió posteriormente con el obispo arriano Uldila y tramó en contra de Recaredo. [Ruinart]

ii En la basílica de Santa María de Poitiers en donde se conservaron sus restos hasta 1562, cuando los protestantes los dispersaron a los cuatro vientos. [Ruinart]

iii Nótese esta antigua costumbre de la Iglesia de las Galias de no dar la comunión sino tras la celebración de la misa. [Ruinart]

iv Ver Fredegario en donde el nacimiento de ese hijo se data del año siguiente, 588.

vi Después de sus incursiones desde los picos de los Pirineos a la Novempopulania, los vascones o gascones lograron que los francos les cedieran esa provincia que tomó su nombre, Gascuña.

vii Llamado conde en el libro 8.

[1] Gontrán es el tío no el padre de Childeberto.

[2] Gregorio de Tours, libro 5, cap. III, *op. cit.* nota 4.

viii Se trata de una de las coaliciones entre principales leudes contra el poder real, más frecuentes en Austrasia que en Neustria. Perturbaron el gobierno de Brunegilda hasta acabarla. Montesquieu explicó, con su sagacidad habitual, la lucha de esta aristocracia naciente de grandes proprietarios contra la realeza y las causas de la caída de Brunegilda (Espíritu de las leyes, libro 31. cap. 1 y 2).

ix *Evectione publica.* Prácticamente todos los detentores de propiedades francos, tanto de alodios como de beneficios, tenían la obligación de facilitar transporte y comida ya a los enviados del rey ya a quienes iban a él en cumplimiento de algún servicio público. Esta obligación está formalmente consagrada por las leyes bárbaras, entre otras por la leyes ripuarias (Tit. 65, §3). Hay muchos ejemplos de su cumplimiento en los escritos de aquel tiempo y Marculfo (libro 2, cap. 2) nos brinda la frase con la cual los reyes establecían este tipo de contribuciones.

x El 25 de octubre. La mujer de Rauchingo había estado casada antes con Gadin (libro 5). [Ruinart]

xi *Vabreuse castrum*. La región de Woevre se extiende entre los ríos Mosa y Mosela, desde Monmedy y Longwy hasta Commercy; se desconoce la ubicación exacta de la fortaleza.

xii Quizá se trate de la construida por Walfredo (libro 8), cerca de Yvoy en la región de Woevre. [Ruinart]

xiii Fortunato, libro I, canto VI.

[3] Se trata de la esposa de rey Chilperic, marca la postura negadora de su dignidad, por parte de Gontrán o del obispo narrador.

xiv 1era Epístola de San Pablo a los Corintios, cap. 15, v. 50.

[4] Era arriano.

xv En 587.

xvi El suceso habría tenido lugar no en España bajo Leovigildo sino en África en tiempo de los vándalos según las notas a la edición de Guizot. [Para Henri Latouche se trata de dos supercherías diferentes. *Cf.* p. 200, nota 26 *in op. cit.* nota 25.]

xvii Rufino agregó dos libros a la Historia eclesiástica de Eusebio. Gregorio de Tours junto con los demás autores de esa época sólo conocían esta historia por la traducción latina de Rufino, citaban la obra como siendo de la autoría de Eusebio. La muerte de Arrio se narra en el libro 10, cap. XIV. [Ruinart]

xviii Pablo Diácono, *De vita petrum Emerit.*, cap. XIX.

[5] Princesa católica, hija de Sigeberto y Brunegilda, casada con Hermenegildo quien se convirtió al catolicismo y se rebeló contra su padre, quien habiéndolo vencido lo mandó ajusticiar. Ingunda o Ingundis murió en el viaje cuando intentaba huir a Roma.

[6] Gregorio de Tours, *op. cit.* nota 4, Libro 8, cap. XXVIII.

[7] Recaredo era el hermano de Hermenegildo y cuñado, por lo tanto, de Childeberto.

[8] Gregorio de Tours, *op cit.* nota 4, libro 7, cap. XLVII.

xix *Vosangensem pagum* en el actual departamento del Indre. *Mauriopes vicum.* Debe corresponder al *pagus* Mauripenais, Hurepoix (Rambouillet, Étampes, palaiseau, Corbeil) en cuyo extremo se encuentre Merobes (Loiret) acaso Mauriopes. [Ruinart]

xx *Mauriopes vicum.* Debe corresponder al *pagus* Mauripenais, Hurepoix (Rambouillet, Étampes, Palaiseau, Corbeil) en cuyo extremo se encuentra Merobes (Loiret) acaso Mauriopes. [Ruinart]

xxi Las opiniones varían respecto al lugar donde se concluyó este tratado. En la palabra Andelaüm, unos reconocen la ciudad de Andelys en Normandía, otros Anlaw en Vosges en los confines con Alsacia; y otros Andelot, en la diócesis de Langres y Naz sobre el Ornaian. Esta última oponión que adoptó Dom Bouquet nos parece la más verosimil, el burgo de Andelot ubicándose en la frontera aproximativa entre los reinos de Childeberto y Gontrán.

xxii El único vástago sobreviviente del rey Gontrán. Había tenido otra hija llamada Clotiburgis que al parecer ya había fallecido, pero a quien se cita en el segundo concilio de Valencia [584], en el que ambas hermanas son llamadas *religiosas.* [Dom Ruinart]

[9] […] *cuando llegó el rey Chilperic la recibió con grandes honores y la desposó. La amaba de un gran amor, pues le había aportado grandes tesoros; pero pronto hubo entre ellos motivos de escándalo a causa del amor que el rey todavía sentía por Fredegonda, una amante anterior … Como* [Golsvinta] *se quejaba de constantes ultrajes y aseguraba vivir sin el honor que merecía, solicitó a Chilperic que le permitiera regresar a su país, y que a cambio le dejaría todos los tesoros. Éste disimuló astutamente y la apaciguó con dulces palabras, al final dio orden a un doméstico para que la ahorcara, La hallaron muerta en su lecho* […] Gregorio de Tours, *op. cit.* 4, libro 4, cap. XXVIII.

xxiii *Morgengabe*, regalo que el marido daba a su esposa al día siguiente de las bodas en recompensa por la virginidad ofrecida. El uso así como el término existen en todos los pueblos de origen germánico.

xxiv Rosson-le-Long entre Soissons et Vie-sur-Aisne, o Rosson en la diócesis de Beauvais.

[10] Vasallos que tienen un líder.

[11] Se trata de mitigar la posible oposición de los grandes tras la muerte de Clotario (padre de Gontrán y abuelo de Childeberto), quien había dividido su reino entre sus cuatro hijos, garantizándoles la permanencia de las donaciones otorgadas por él o sus antecesores, e incluso las apropiaciones *de facto*.

[12] Uso de la figura retórica de la ironía que afirma negando, se explícita el verdadero sentido en la segunda parte de la frase.

xxv En ningún lugar se menciona este concilio, es posible que no se llevara a cabo. [Ruinart]

xxvi Cuyas manifestación eran unos bulbos ubicados, como su nombre lo indica, en las ingles.

[13] Tercera oleada de peste bubónica. La primera había sido en 543-544, la segunda en 571 [para Marsella], la tercera se extendería de 588 a 591, la cuarta de 599 a 600. Siguen las grandes vías comerciales, llegando a las Galias por el mar mediterráneo al puerto de Marsella desde donde remontan los ríos Saona y Ródano. Rouche, Michel, *Histoire du Moyen âge: VIIe-Xe siècle*, Paris, Armand Colin, 1982/ Ed. Complexe, 2005, p. 261, p. 162-197.

[14] Según Robert Latouche: Saint-Symphorien-d'Ozon, distrito de Vienne (Isère), la edición de Guizot no específica.

[15] Antecedente singular de lo que vendría a constituir el poder taumaturgo de los reyes franceses a partir del segundo representante de la dinastía de los Capetos.

xxvii La creencia en la santidad de ese rey y en sus milagros estaba bastante extendida en esa época. Ver Pablo Diácono, Historia de los Lombardos, libro 4, cap. XXXV. [Guadet et Taranne]

xxviii En Verdun en el oratorio que había erigido a San Martín y que tomó después el nombre de su fundador: Saint-Airy. Subsistía aún en el siglo XVII. Ver también Fortunato, III, pp. 27-28. [Ruinart]

xxix Algunos opinan que Virgilio no sucedió inmediatamente a Licerio sino a Pascasio cuyo episcopado habría sido brevísimo. [Ruinart]

xxx El texto del abad Odón da Vence en lugar de Verdún con la nota: la Provenza había sido por entonces cedida a los reyes francos por los ostrogodos. [Guadet et Taranne]

xxxi Autharis, que Gregorio de Tours [libro 9], llama Aptacarius. Se trata de Clodusuindis. [Ruinart]

xxxii Ver lo que dice respecto a esta embajada Gregorio, libro 6, cap. XLII y en el libro 10, cap. III; y Pablo Diácono, Historia de los Lombardos, libro III, cap. XXX. [Ruinart]

[16] Ejemplo de la habilidad política de Childeberto, puesta de manifiesto por Gregorio en sus relaciones exteriores, percibida como aceptable en este ámbito en tanto diplomacia. Hacia años había recibido 50 mil sous del emperador Mauricio por combatirlos y, contemplado simultaneamente la posibilidad de una alianza con los lombardos. Al final los ataca en el momento que cree conveniente y sin mucha convicción. Ver cap. XXIX.

xxxiii Quince millas según la lectura de algunos manuscritos, lo que es más probable.

[17] *Momociacense oppidum*. En la edición de Guizot aparece como Maguncia, Robert Latouche en su introducción lee también Maguncia. Mientras J. Guadet et Taranne dan Mouzon, ciudad sobre el río Mosa.

xxxiv Gregorio cita también [Gloria de los confesores, cap. LIII] a un Thaumastus, obispo de *Momociacensis urbis*. Mouzon, ciudad ubicada a las orillas del Mosa, recibe en los textos antiguos medievales el nombre de *Mommum*; hay también un *Mosomagus* cuyos soldados son llamados *Musmagenses* en la *Notitia imp. Rom.*; razones por las cuales se ha creído encontrar una analogía suficiente como para identificar Mouzon como la *Momociacense oppidum* de Gregorio. Otros lo consideran una mala lectura de los manuscritos, donde dan *Momociacense* en lugar de *Moguntiacense*; pero, Gregorio distingue perfectamente a Maguncia que llama *Mogontia*, ese error resulta por lo tanto inverosímil . Sigeberto y Thaumastus son nombres ausentes de la lista de obispos de las Galias a finales del siglo VI, por lo que este pasaje es problemático.

xxxv Ver Gregorio de Tours, Milagros de San Martín, libro 4, cap. VI, y Fortunato, libro X.

[18] Había tres órdenes en la antigüedad: senadores, caballeros y plebeyos.

xxxvi Isidoro de Sevilla habla de un ejército franco de 60 mil hombres, y afirma que jamás los godos alcanzaron una victoria tan completa como en esa ocasión. El ejército de Recaredo estaba al mando del duque Claudio de Lusitania. [Ruinart]

xxxvii Este monasterio sobrevivió en el inteior de los de San Martín bajo el nombre de Sante-Marie-d'Escrignole (de scrinolio), y se le transfirió a principios del siglo XI sobre una colina. [Ruinart]

xxxviii Esta decisión no se halla entre las del concilio de Nicea.

xxxix Un tercio según los manuscritos de Colbert y de Cluny.

xl Mujer del duque Launebod, que hizo construir la iglesia de San Saturnino en Tolosa. Ver Fortunat, libro 2, cap. 9. [Ruinart]

xli *Agenti.*

xlii *Resque ejus oblinnit.* Permiso para consevar los bienes concedidos a Vadon en beneficio, y por consecuencia a título de usufructo y que debían de regresar al dominio real. Respecto a los hijos de Vadon ver en el libro 10.

xliii *Straburgum* y en el libro 10, *Strateburgum.* Es con Gregorio que hay constancia por primera vez del nombre moderno de la anterior *Agentoratum*

xliv A orillas del río Aisne, departamento de Soissons.

xlv A 16km de Saverne, en el Bajo Rin.

xlvi El rey recuperó los bienes que les había concedido.

xlvii Hija de su primera mujer, Audovera. Chilperic la obligó a entrar al monasterio. Sus hermanos Meroveo y Clodoveo habían sido asesinados.

xlviii Obispos de Tours, Rouen, Paris, Nantes, Angers, Rennes y Mans. [Ruinart]

xlix Radegunda era la hija de Bertario, rey turingio, ver libro 3, cap. IV. San Martín había nacido en Panonia. [Ruinart]

l Depositadas primero en Tours, se les trasladó posteriormente a Poitiers. Fue para albergarlas que Gregorio elevó el oratorio dedicado a la Santa Cruz del que habla Fortunat, libro 2, cap. III. [Ruinart]

li Faltaban los obispos de Saintes y Agen para que estuviera completa la provincia eclesiástica de la Segunda Aquitania.

lii En Autun según Hadrien de Valois. [Ruinart]

liii Ni Onacario ni Agrícola aparecen entre los suscriptores del concilio.

liv *Post clausum pascha*. Se llama *clausum pascha* al primer domingo después de Pascua, conocido también a partir del siglo XVI como el domingo de *Quasimodo*.